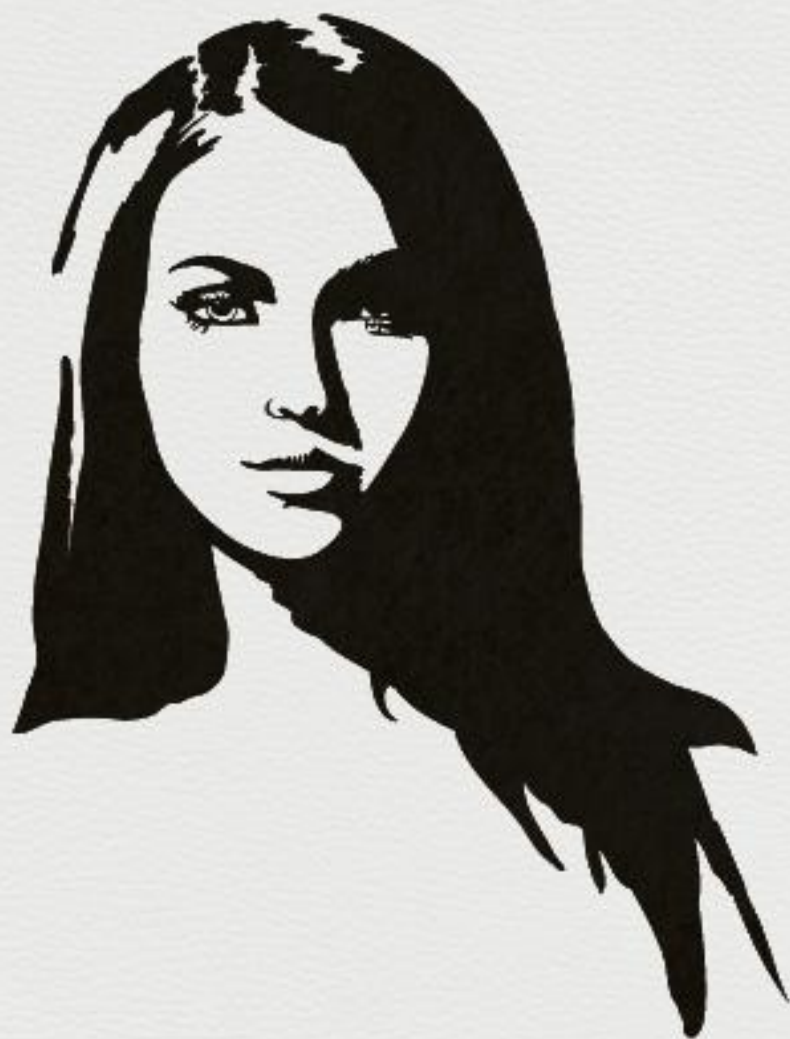


# GRETTA

Erskine Caldwell



Lectulandia

Juntamente con Norman Mailer, Vardis Fisher, William Faulkner y Frederic Wakeman, Erskine Caldwell es sin duda el novelista que ha aportado a la literatura de ficción estadounidense las obras de más envergadura, las más arrolladoras, obras siempre de una orientación netamente americana. Hace años, su *El camino del tabaco* y *Tumulto en Julio* conquistaron un lugar de primer orden en la novelística de vanguardia y hoy nos llega *Gretta*, que es la culminación de su arte narrativo tan peculiar. Esta vez, la acción se desarrolla en un ambiente de ciudad mediana, la clásica ciudad norteamericana ni grande ni pequeña donde han nacido los Babbits y tantos otros personajes inolvidables.

Gretta aspira a una vida hogareña normal: la casa, el marido, los hijos... Pero su alma está enferma de un hecho brutal que malogrará su vida. Cuando sólo tenía diez años, un hombre, un anormal, la inició en un determinado hábito que quedaría ya prendido en ella como un cáncer. Al llegar cada vez a la meta en que toda ella parecía estar a punto de florecer en aras del amor, el hábito trágico se levantaba como una barrera que sería ya imposible salvar.

**Lectulandia**

Erskine Caldwell

**Gretta**

ePub r1.0  
Titivillus 30.05.16

Título original: *Gretta*  
Erskine Caldwell, 1955  
Traducción: Estela Canto

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**PRIMERA PARTE**

**AL PRINCIPIO**

# 1

La primera nieve del invierno, como animado heraldo del cambio de estaciones, giraba en el crudo viento del norte cuando Gretta salió de la oficina y marchó hacia su casa en la oscuridad del atardecer.

El lúgubre obscurecimiento del cielo sobre la ciudad había empezado poco después de las cuatro de un día grisáceo y sin sol; al parecer, luego de las cinco y media, todos los que trabajaban en las oficinas o en las tiendas marchaban apresurados, por las calles ya cubiertas de nieve, hacia la promesa del calor y la alegría del hogar. Mezcladas entre la multitud, había mujeres con bultos y paquetes, después de una tarde de compras, abriéndose paso entre las calles repletas de gente, como si el súbito cambio de tiempo no fuera excusa suficiente para llegar tarde a sus casas, junto a sus maridos y sus hijos.

Durante el último año, a esa hora del día, Gretta había tomado el hábito de correr a la esquina, comprar el diario vespertino a un canillita y meterse en el ómnibus repleto de la calle Chestnut, que en veinte minutos la dejaba a media cuadra de la casa en que vivía. Esta vez, como si se tratara de algo que había planeado cuidadosamente todo el día y no de un brusco cambio de costumbres, pasó junto al ómnibus que esperaba en la esquina y, sin vacilar, continuó caminando por la calle Chestnut hacia el este, en medio de la nieve. Agradablemente excitada por lo que hacía, esperó por un instante que alguien la detuviera y le recordara que había olvidado comprar el periódico vespertino y que no había tomado el ómnibus para volver a su casa, como de costumbre.

Corría entre los remolinos de nieve, con las mejillas que ardían en el aire frío. Después de caminar una cuadra, las luces callejeras se iluminaron súbitamente a su alrededor, con deslumbrante brillo, como provocándola y recordándole la larga noche invernal que se avecinaba. Era otra vez viernes y, como siempre, la llegada del largo fin de semana fue como una premonición de la angustiosa soledad que conocía tan bien. Se estremeció en la noche fría.

Gretta trabajaba en las oficinas de la compañía eléctrica y de gas, desde hacía un año, como secretaria de uno de los gerentes, y siempre vivía sola en un apartamentito barato, de un cuarto y cocina, en la calle Cedar. Era un apartamento pobremente amueblado, en una casa de dos pisos que, como todas las otras en aquella vivienda sucia por los años y de maderas gastadas, parecía haber sido destinada diabólicamente a aquellos infelices que han sido sentenciados a una existencia sin alegría y sin piedad. Sin embargo, de alguna manera ella sentía que era afortunada, porque, a diferencia de la mayoría de los inquilinos del viejo edificio, tenía cuarto de baño propio. El cuarto de baño era pequeño y cerrado, con una improvisada ducha, sin luz, y donde apenas tenía espacio para darse vuelta cuando se bañaba. Pero el agua salía fría y caliente y no tenía que compartir la ducha con nadie más en el edificio.

Había venido a Unionville desde Morning Sun, un pueblito en la llanura chata, sin árboles, barrida por el viento y plantada de trigo, en el oeste del Estado, y había seguido un curso especial de secretaria en la escuela de comercio. Después de terminar el curso, Gretta había aceptado rápidamente el primer empleo que se presentó. Sus padres habían muerto y sus tres hermanos y sus dos hermanas mayores estaban casados y vivían siempre en la siniestra comunidad rural en que todos habían nacido.

Un tiempo después de graduarse en la universidad del Estado había vivido con una de sus hermanas, Alice, pero después de unas semanas sintió que su presencia molestaba la felicidad de aquélla y decidió ir a Unionville, una de las ciudades más grandes del Estado, para seguir un curso en la escuela comercial. Uno de sus hermanos, Steve, granjero, le había prestado el dinero para el curso y para mantenerse, y ahora ella pagaba el préstamo poco a poco, sacándolo cada semana de su escaso salario. Esperaba terminar de pagar el préstamo después de otro año; más tarde podría alquilar un apartamento mejor en otro barrio.

Durante el año que llevaba viviendo en Unionville, Gretta había llegado a conocer casualmente a muchas de las muchachas que trabajaban en la oficina, pero, pese a su deseo de encontrar compañía, no había intimado con ninguna. Desde la niñez había tenido pocos amigos íntimos. Su padre y su madre habían muerto en un accidente de automóvil cuando ella tenía ocho años y, después de todos estos años, ella no había podido vencer su soledad.

Había querido profundamente a sus padres y, tal vez por ser la hija menor, ellos habían concentrado mucho amor y ternura en ella. Cuando murieron, ella se sintió cada vez más sola y más desdichada, y, en algunas ocasiones, había llorado sin parar, con el desesperado sentimiento de que era inútil tener esperanzas de obtener un poco de dicha en la vida. Muchas veces, en los años anteriores, había buscado con todo su corazón, sin encontrar en ninguna parte similitud con el amor y la devoción que había conocido de niña; y, a medida que pasaban los años, debía luchar continuamente contra el miedo a no encontrarlos jamás. En las ocasiones en que el terror se apoderaba de ella, lloraba interminablemente, horas y horas.

Hacía varios minutos que Gretta caminaba entre los remolinos de nieve cuando un hombre, con la cabeza baja a causa del viento, avanzó directamente sobre ella. El choque la atontó por un instante. No cayó al suelo, pero hubiera caído si el desconocido no la hubiera sostenido a tiempo. Todo pasó tan rápidamente, el incidente fue tan breve, que ella no tuvo tiempo de verle la cara.

—Perdón, señorita —se disculpó brevemente el hombre; después se volvió y siguió caminando en la noche, sin volverse a mirarla.

—Pero yo tengo tanta culpa como usted —dijo ella, sin darse cuenta de que él ya no la oía—. Perdóneme, también...

De pie en medio de la nieve, mientras el hombre desaparecía en la noche, deseó que realmente la hubiera tirado al suelo, porque entonces seguramente le hubiera

dicho algo más, y probablemente tampoco se hubiera alejado rápidamente. Tal vez, pensó, era probable que se hubiera ofrecido a acompañarla hasta su casa y, de ser así, quizás aquello habría sido el comienzo de una amistad larga y duradera. Aunque deseaba ardientemente tener amistades masculinas, porque tenía necesidad de amar a alguien y de dedicar su vida a un hombre que la amara, pocas veces había tenido ocasión de conocer más hombres que los que trabajaban en la oficina, y casi todos ellos eran casados y con hijos.

Sin embargo, en tres oportunidades, durante los meses pasados, había tenido citas con uno de los pocos solteros de la oficina. Se llamaba Dan Ewall, y era un joven delgado, con escaso cabello pajizo y la tez muy pálida. Tenía el cargo de tasador en la sección de construcciones y vivía en una casita de los suburbios con su abuela y una hermana mayor, soltera.

Las tres veces que había salido con Dan Ewall, él la había invitado primero al cine y después habían estado un rato en el auto de él, en la obscuridad, en el parque que costaba el río; pero Dan no la había besado ni había manifestado deseos de abrazarla. En las dos primeras ocasiones ella había esperado que Dan la acariciara y que, antes de terminar la noche, habría de llevarla a hacer el amor en la obscuridad del parque; pero él ni siquiera le tomó la mano durante el tiempo que estuvieron juntos. Finalmente, desesperada, en la tercera cita, Gretta pidió a Dan que la llevara a su casa en seguida después del cine. Cuando llegaron al apartamento, ella abandonó toda contención y reserva. Lo abrazó con toda su fuerza, pensando que él no podría menos de desearla y dejar que ella lo poseyera, pero, después de un cuarto de hora, él seguía resistiéndose a ser besado. Sin aliento y fatigada, ella lamentó haber estado tan agresiva; pero en lugar de esto encendió la luz, lo hizo pasar a su habitación y procuró despertar el interés de él sentándose en el suelo y sacándose una media mientras él la miraba.

Finalmente, agotada, desdichada y desilusionada, aceptando el hecho de que él no quería hacer el amor como ella deseaba, le dijo, con toda la amargura de su corazón, que saliera del cuarto.

Cuando Dan llegó a la puerta, dijo:

—Había oído decir que existían muchachas como tú, pero nunca lo había creído.

—¿Y qué? —preguntó ella, furiosa—. ¿Qué hay de malo en ser como soy?

—Deberías tener vergüenza, eso es todo —dijo él con su vocecita.

Con toda su fuerza, Gretta le tiró ambas chinelas. Encontró un cenicero y se lo tiró también. El frágil cenicero se quebró contra la puerta.

—¡Yo, avergonzarme de mi misma! —gritó a voz en cuello—. ¡Tengo vergüenza por haber perdido el tiempo con un tipo como tú! ¡Estoy segura de que no eres un hombre... y espero que nunca lo seas!

Rápidamente, huyendo, Dan Ewall dió un portazo al irse. Aunque volvieron a verse frecuentemente en la oficina, él jamás volvió a pedirle una cita.

El único otro hombre con quien pudo haber tenido relaciones cuando trabajaba en



la compañía fue Grady Stanton. Ella había trabajado con él un mes como secretaria, cuando una tarde, a punto de dejar la oficina, Stanton le preguntó si quería salir con él un fin de semana, la próxima vez que se fuera de la ciudad por negocios de la compañía. Excitada, alarmada, ocultando torpemente su ansiedad, ella le dijo que le gustaría pasar un fin de semana con él, aunque estaba bien enterada que era hombre casado, con varios hijos adolescentes. Luego, al correr el tiempo, temió que él hubiera dicho todo en broma, que no tuviera intenciones de hacer aquello porque, después de un año, él sólo había comentado ligeramente la propuesta del fin de semana. Sin embargo, constantemente esperanzada, Gretta se compraba a veces un vestido nuevo y lo guardaba cuidadosamente, para tenerlo pronto si Grady Stanton decía algún viernes que quería llevarla a alguna parte el fin de semana.

Casi siempre Gretta estaba sola en su casa después de la oficina, por las noches y durante los fines de semana, y pasaba el tiempo oyendo la radio o leyendo. Una o dos veces a la semana iba sola al cine y, con las manos entrelazadas en el regazo, lloraba silenciosamente mirando la romántica historia de la pantalla. Siempre le era fácil ponerse en el lugar de la muchacha, tentadora y no demasiado esquiva, que al final se entregaba siempre a su amante. Además, creía que ella podía ofrecer mucho más amor, y soportar mucho más amor que una actriz que, probablemente, tendría un amante diferente la próxima vez que apareciera en una película.

Muchas veces, en su soledad, cerraba los ojos y se imaginaba estar enamorada y casada con el hombre más maravilloso del mundo. Era bondadoso, atento, cariñoso y hermoso, y ella se estremecía de deleite cada vez que él se le acercaba. En aquellos inefables momentos de ensueño diurno, momentos que siempre lograba prolongar y elaborar a voluntad, pensaba y planeaba las comidas que podrían gustar a su marido y sentía la excitación de besarlo fervorosamente cuando él regresaba a casa después del trabajo e imaginaba los hijos que pronto iban a tener. Después de los ensueños, al despertar a las realidades de su existencia solitaria, se echaba boca abajo en la cama y lloraba desesperadamente, hasta olvidar su miseria.

Gretta había caminado una media hora en la nieve, cuando comprendió que pronto llegaría a la sombría casa de la calle Cedar. Se estremeció en la noche helada. Allá, en su casa, hacía calor, pero eso no bastaba. Hubiera querido no tener que oír el crujir de la escalera u oler la comida rancia que saturaba todas las habitaciones y todos los corredores bajo aquel techo. No quería ver la casa ni a nadie de los que allí vivían. Dentro de lo posible, especialmente esta noche, quería evitar todo contacto con los demás inquilinos, en su mayoría empleados solteros como ella, por la sencilla razón de que verlos era deprimente, ya que ellos parecían vivir una vida tan solitaria y siniestra como la de ella.

Caminando rápidamente por la calle iluminada, entre la brillante nieve, se estremeció ante la idea de llegar a su casa y de permanecer allí, sola y desdichada por el resto de la noche. Y después de la noche vendrían todo el día y la noche siguientes, y el otro día y la otra noche. Sabía que, si iba a casa ahora, iba a echarse sobre la

cama insegura y crujiente y se pondría a llorar hasta quedarse dormida, y después iba a despertarse, en medio de la noche o al amanecer, más desdichada que nunca. Una y otra vez en las recientes semanas se había dicho que, si pudiera encontrar un hombre que la quisiera y se casara con ella, lloraría de felicidad el resto de su vida.

Atravesó la calle Cedar, con sus dos hileras de deprimentes casas de inquilinato, sin mirar hacia el apartamento donde vivía, por miedo a ir allí en aquel momento.

En lugar de esto, apretando fuertemente la cartera bajo el brazo, más decidida que nunca a encontrar escape, siguió caminando rápidamente entre los remolinos de nieve. Unas pocas cuadras más allá quedaba una taberna llamada *Roundabout*. Una vez había estado en el pequeño bar de la calle Woodbine, esperando poder olvidar un rato su desdicha, pero se había sentido inquieta y asustada frente a tantos hombres extraños y, dándose cuenta que ella era la única mujer presente, se había ido rápidamente, regresando a su cuarto en la calle Cedar. Al acercarse a la taberna, se dijo decididamente que esta vez no iba a asustarse y a huir espantada.

El *Roundabout* estaba en un barrio tranquilo, entre los hoteles suburbanos y el nuevo distrito residencial de Unionville. Casi todos los hombres que concurrían a la taberna estaban empleados, durante el día, en tiendas y oficinas y se detenían un rato por la tarde en el *Roundabout* antes de volver a sus casas. La gran Clínica Médica, que era un extenso edificio de ladrillos, con techo de pizarra, construido en el terreno de varias manzanas de la ciudad y frente a la calle Woodbine, quedaba a escasa distancia, y algunos médicos jóvenes iban a veces al *Roundabout* después de terminar las tareas del día. Ocasionalmente, aunque no con frecuencia, algunas de las jóvenes enfermeras de carácter más aventurero iban al bar y bebían rápidamente una cerveza, pero partían en seguida, sin detenerse jamás a hablar con nadie. La administración de la clínica prescribía especialmente que los médicos y las enfermeras debían divertirse en lugares que no fueran los bares o tabernas de Unionville.

Gretta entró en el *Roundabout* y se encaminó valerosa y decididamente hacia el bar. Esta vez estaba resuelta a no asustarse o inquietarse y a no huir aterrada como la vez anterior. Al atravesar la habitación sintió que su excitación aumentaba a cada paso, y oprimió aun más la cartera bajo el brazo.

El bar estaba repleto de hombres, tal como ella había esperado que estuviera, y en el primer momento no encontró dónde sentarse. Le parecía que hacían horas y no minutos que estaba allí de pie, cuando el mozo del bar, grueso, jovial y algo calvo, la vió de pie entre la muchedumbre. Le hizo señas de que se acercara e inclinándose sobre el bar le dijo que en unos minutos le encontraría asiento. Ella asintió con la cabeza, agradecida, y se quedó esperando en el extremo del bar.

Gretta tenía la sensación de que todos la miraban; bajó los ojos evitando cuidadosamente las miradas apreciativas y atrevidas de los hombres cercanos. Unos momentos después algunos hombres se fueron y el mozo le hizo señas, indicando un taburete vacío. Ella se sentó rápidamente y miró alrededor, excitada. Aun entonces le pareció que todos los hombres le lanzaban miradas interrogadoras, como si estuvieran a punto de preguntarle qué aventura buscaba.

—¿Qué desea tomar, señorita? —Oyó preguntar al mozo—. Espero que no la haya molestado esperar unos momentos para sentarse. A esta hora siempre hay gente de noche, pero cuando llega el momento de irse siempre hay lugar. ¿Qué dijo que quería tomar, señorita?

Gretta lo miró atónita. Era la primera vez en su vida que se sentaba sola en un bar, y no sabía qué decir. Sabía que podía pedir *whisky* o cerveza, pero ignoraba cómo pedir cualquiera de las dos cosas. Sacudió la cabeza como enloquecida.

El mozo, viendo que estaba aturdida, se inclinó pacientemente sobre el bar y sonrió.

—Veamos —dijo amistosamente—, a algunas señoras les agradan los copetines de *whisky sour*. Es una bebida moderada, y creo que le gustará —volvió a sonreír—.

Si no le gusta no la termine y le prepararé otra cosa. Estoy aquí para satisfacer a los clientes. ¿Qué le parece un *whisky sour*, señorita?

Gretta asintió comprensivamente, con un rápido movimiento de cabeza.

—Estoy más tranquilo cuando hay menos gente —dijo el sonriente mozo, con voz amable y amistosa, mientras preparaba el copetín. Ella se sintió agradecida de que la tratara tan bien.

—Durante una hora es siempre lo mismo todas las noches... Para aquí..., para allá..., para aquí..., para allá... Después, las corridas se terminan y todo se tranquiliza. Es la hora en que todos tienen que apurarse y volver a casa antes de que sus mujeres se pongan de mal humor y les tiren a la cabeza la cafetera y la sartén en cuanto los pobres diablos asoman en la puerta. Siempre es así, ¿sabe usted? Puede decirse que es una costumbre universal, porque ocurre en todo el mundo, no importa en qué país estemos o qué idioma hablamos. Pasa en Europa y pasa en Sudamérica, lo mismo que aquí, en nuestro país; todos los hombres son capaces de hacer cualquier cosa para que las mujeres no se pongan caprichosas y de mal humor, porque le aseguro que lo que a un hombre menos le gusta es una mujer malhumorada en la casa. Y así tiene que ser, ¿no le parece, señorita? ¿No está de acuerdo?

Sonrió a Gretta hasta que ella asintió.

—Mi nombre es Phil, señorita. La he visto a usted una vez aquí, antes... ¿No es así? Estoy seguro, porque soy buen fisonomista. Fue hace dos o tres semanas, ¿no es así? O tal vez un mes... De todos modos, recuerdo que usted sólo se quedó unos minutos, y no llegó a sentarse en el bar a tomar algo. Era el momento de los apurones, como ahora, y usted se fue sin darme tiempo a que yo le encontrara asiento. Estaba un poquito nerviosa entonces, ¿verdad? ¿Vive usted por acá cerca, señorita?

Ella asintió, no sintiéndose ya incómoda.

—Sí —dijo—, vivo a unas cuadras de aquí.

Él la miró curiosamente.

—¿Vive usted con su familia o con algunos parientes o amigos?

—No —contestó ella—, vivo sola.

—Completamente sola, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, a algunas muchachas les gusta —dijo él, haciendo un movimiento con la cabeza y mirándola pensativo—. Venga aquí cuando le dé la gana, que será bienvenida. Es una invitación formal, y le diré por qué. Prefiero ser sincero. Las cosas van mejor si tenemos al lado una muchacha bonita y, además, los negocios salen favorecidos.

Gretta comprendió por primera vez que el hombre la miraba apreciativamente, examinando francamente su pelo, sus vestidos y el contorno de sus pechos y de sus hombros. Aquella mirada penetrante la hizo sentirse como si la estuvieran juzgando en un concurso de belleza. Se irguió, sonriendo modestamente y esperando la aprobación de él. Después, aparentemente satisfecho del aspecto de ella, él se inclinó

otra vez sobre el mostrador.

—¿Es usted enfermera de la clínica? —preguntó, bajando la voz.

—No, no soy enfermera. Trabajo en una oficina en el centro.

—Muy bien —dijo él, sonriendo con aprobación—. Eso me gusta. En la clínica me han creado dificultades, porque de vez en cuando alguna enfermera viene a tomar una cerveza, y ese tipo de dificultades no me gustan —hizo una pausa—. ¿Sería usted tan amable de decirme su nombre, señorita?

—Gretta —dijo ella sin vacilar.

—¿Gretta? —repitió él, y su rostro jovial se abrió en amplia sonrisa—. Gretta es un lindo nombre para una linda chica. También es fácil de recordar. Encantado de conocerla, Gretta. No se olvide, yo me llamo Phil. Ya le he dicho: venga cuando se le dé la gana. Siempre será bienvenida. Mis clientes son gente bien. Me las arreglo para librarme de los otros. Así me gustan las cosas. La mayoría de los parroquianos que usted ve aquí son comerciantes, abogados, médicos..., gente muy bien. No es precisamente que me desagraden las muchachas que vienen aquí solas, porque opino que ellas tienen tanto derecho a la vida como los demás, pero soy un poco quisquilloso con las que invito a venir. Usted me entiende... Usted ha andado un poco. Cuando se habla de mujeres es lo mismo que cuando se habla de hombres. Hay mujeres de todas clases en el mundo, y yo quiero elegir y seleccionar las que vienen habitualmente al *Roundabout*. Siempre he querido tener un lugar bien para gente bien; por eso le digo que venga siempre que se le dé la gana. Me gusta su físico, y usted tiene estilo, si he de hablarle francamente, y no suelo equivocarme cuando se trata de mujeres. En cuanto usted entró aquí esta noche, me di cuenta de la diferencia entre usted y las otras. Si una muchacha quiere abrirse camino en la vida, debe tener una personalidad simpática, amistosa y el tipo físico que despierta el interés de los hombres. —Sonrió con suficiencia—. Bueno, ya sabe lo que pienso de usted, Gretta.

Ella sintió que se ruborizaba mientras Phil, con un guiño casi imperceptible, caminaba hasta el otro extremo del bar.

Mientras estaba sentada bebiendo el copetín que el mozo le había preparado, pudo ver en el amplio espejo de la pared detrás del bar que muchos hombres, algunos con miradas deliberadamente atrevidas, otras tímidamente promisorias, todos con la misma intención fija, pensaban indudablemente en convencerla de participar con ellos en alguna experiencia agradable. Los hombres estaban bien vestidos y su aspecto era próspero, y muchos parecían tener veintitantos o treinta y tantos años. Aunque los hombres seguían mirándola con interés, ninguno le había hablado todavía. Gretta se preguntaba qué haría si un desconocido se le sentaba al lado y empezaba a hablarle intimidades. Apretaba con fuerza su cartera sobre las rodillas.

Sabía que era atractiva para la mayoría de los hombres porque, aunque su cara no fuera extraordinariamente hermosa, sabía que tenía la habilidad de convertir sus vestidos baratos en ropa elegante cuando se los ponía. No parecía tener más edad que sus veintitrés años, y generalmente se sentía segura y confiada en presencia de los

demás. Su sonrisa, que revelaba unos dientes brillantes, inmaculados, era encantadora y femenina, y su cuerpo era juvenil y bien proporcionado. Tenía piernas largas y esbeltas, unas nalgas atrevidamente erguidas, ágiles pechos que no parecían oprimidos y sí firmemente modelados. Su espeso cabello oscuro estaba cortado en la forma que ella consideraba más sentadora y sus facciones eran suaves y agradables. Frecuentemente le habían dicho, cuando sonreía —cosa infrecuente en el último año—, que su boca grande, de labios gruesos, era sensual y provocadora. Había estado seriamente enamorada una vez en su vida, y la experiencia, aunque desastrosa, le había dado un conocimiento de los hombres que no hubiera podido obtener de otra manera.

Aquel trágico episodio de su vida sucedió cuando estaba enamorada de un estudiante de su misma edad, con quien había esperado casarse cuando ambos dejaran la universidad. Pero él no estaba enamorado de ella, aunque mantuvieron relaciones íntimas durante varios meses, y cuando Gretta se enteró que él cortejaba a su compañera de cuarto, se asustó y pidió a su novio que se casara en seguida. Él dejó casi inmediatamente la universidad y ella no volvió a verlo ni a tener noticias de él. Gretta creyó haber quedado embarazada y, durante un mes, estuvo loca de terror. Sin embargo descubrió con gran alivio, después de este tiempo, que no estaba encinta. Todavía ahora se despertaba a veces en medio de la noche preguntándose qué habría hecho en caso de estar embarazada.

Cuanto más tiempo permanecía en el bar, menos inclinada se sentía Gretta a dejar la atmósfera excitante del *Roundabout* para regresar a la sordidez de su cuarto. Eran ya cerca de las siete y ella no había comido desde el mediodía, pero más importante que la comida era el hecho de estar entre hombres, aunque todos fueran desconocidos, y no tenía ganas de volver sola a la deprimente casa de la calle Cedar.

Como para asegurarse que no tenía que volver hasta que se le diera la gana, llamó a Phil y le pidió otro *whisky sour*.

—¿Le gustó el copetín, Gretta? —preguntó él.

Ella asintió y le dijo que le había gustado mucho.

—Eso pensaba —comentó él—; después de veinte años en el negocio puedo decir lo que suele gustar a las damas... —Hizo una pausa y meneó la cabeza a uno y a otro lado, entre seria y tímidamente—. Pero no se equivoque, ¿eh? No pretendo tener experiencia en nada cuando se trata de gustos de mujeres. Nada más que en las bebidas. Eso es todo.

El *whisky sour* fue preparado, puesto en el bar frente a ella, y Gretta lo bebió más rápidamente que el primero. Una grata ligereza desconocida se apoderaba gradualmente de ella, y se preguntó cómo sería estar completamente borracha y sin que nada importara. Quedó mirando el vaso vacío hasta que Phil regresó. Él se dió cuenta en seguida que el vaso estaba vacío.

—No tan rápido, Gretta —la previno—. Tómese su tiempo y todo marchará bien.

—¿Quiénes son esos hombres que hay aquí, Phil? —preguntó ella ligeramente,

sin prestar atención al consejo de él. Se inclinó y se apoyó de codos en el bar—. ¿Qué hacen aquí esos hombres?

Phil sonrió un poco, sin contestar.

—Están ahí sentados y miran —dijo ella excitada—. ¿Qué esperan? ¿Qué quieren?

—Bueno, eso es difícil de decir. Unos esperan una cosa, otros esperan otra. Nunca se sabe qué pasa por la cabeza de los hombres que están en los bares. Alguno quizá espera un trago gratis, o encontrar una mujer, o planea asesinar a su mujer esta noche, o mañana temprano, o dejarla vivir más tiempo. Cuando un hombre está frente a una botella de cerveza o un vaso de *whisky*, no se puede saber qué le pasa por la cabeza.

—Si piensan esas cosas, ¿por qué no hacen algo, en lugar de quedarse así sentados todo el tiempo?

—Gretta, ¿no le gustaría un rico sándwich? —dijo él rápidamente—. Tengo unos buenos sándwiches de carne. ¿Prefiere pan negro o pan blanco? ¿Cuál le gusta más?

—Claro —dijo ella en seguida—, eso es lo que quiero. Yo no soy como esos hombres..., yo sé lo que quiero. Y deme también otro *whisky sour*. No se olvide del *whisky sour*, Phil.

Phil preparó otro copetín y trajo el sándwich de carne. Ella se sentía ya un poco mareada y se apoyó firmemente en el bar para sostenerse. Phil se alejó y fue al otro extremo del bar.

Después de comer la mitad del sándwich, sintiéndose cómoda en aquella atmósfera, Gretta miró alrededor con total descaro. Por primera vez en su vida se encontró mirando provocativamente a un desconocido sin bajar los ojos cuando el hombre respondió a su mirada provocadora. Quedaba sólo una media docena de hombres en el bar, y ella era la única mujer. Los hombres estaban sentados a su derecha y a su izquierda, todos ellos inclinados sobre botellas de cerveza o vasos de *whisky*.

Mirando directamente al hombre que estaba más cerca, Gretta dijo:

—Espero que usted no sea como Dan Ewall. Si lo es, váyase. Si se parece a él, váyase. Si llega a ser pariente remoto de Dan Ewall, ¡fuera de aquí!

Su voz resonó ante ella como si hubiera gritado, pero el hombre a quien se había dirigido, evidentemente sin oírla, siguió mirando, pensativo, su cerveza.

### 3

Otro hombre del bar, uno de los muchos que la habían estado mirando desde el espejo, dejó su asiento y ocupó el taburete más cercano a ella. Un estremecimiento se apoderó de Gretta cuando sintió que la rodilla del desconocido oprimía su pierna. Todo el tiempo que había permanecido allí había esperado que sucediera algo semejante, y ahora que uno de los hombres se había sentado junto a ella y deliberadamente le oprimía la pierna con la rodilla, ella no sabía qué hacer o qué decir. Con el rabllo del ojo lo vió poner unas monedas en el bar y hacer señas a Phil. Al hacer esto indicó con un gesto de la mano que sus dos vasos debían llenarse otra vez.

—¿Qué tal? —dijo el desconocido con naturalidad—. ¿Quieres saber lo que estaba pensando cuando me senté aquí, a tu lado?

Gretta miró al frente, sin contestar.

—¿No te da curiosidad saberlo?

Ella sonrió un poco para sí.

—Te lo diré, de todos modos —dijo él, acercándose más—. Pensaba que dos personas como nosotros tienen que juntarse, en lugar de estar solas todo el tiempo. No es el momento ni el lugar para ser poco sociales, ¿verdad?

Gretta, sintiéndose levemente excitada, permaneció inmóvil, tiesa.

—Mira —dijo el hombre, tomándola del brazo—: ¿necesitas compañía tanto como yo?

Ello se volvió y lo miró de frente, largamente. Él sonrió y ella sintió que su corazón estaba raramente excitado. Era un hombre joven, de nariz y mentón fuertes. Estaba segura de que nunca lo había visto antes.

—Deja que te cuente todo desde el principio —dijo él, siempre hablando en aquella forma íntima—. Te vi comer uno de los sándwiches de carne de Phil, y yo hacía exactamente lo mismo. —Señaló el espejo—. Te veía ahí... Siendo quien soy, pensé en seguida que dos personas como nosotros, comiendo sándwiches solos en un bar, a esta hora de la noche, estábamos locos o debíamos reunirnos. Y yo no estoy loco. Tú, ¿lo estás?

Se inclinó aun más, volviendo la cara hacia ella, para obligarla a mirarlo.

—¿Siempre comes sándwiches cuando estás sola? —prosiguió—. Yo siempre lo hago. No sirve de nada, pero el tiempo pasa más rápido o algo por el estilo. Además, eso hace engordar y después hay que seguir una dieta para perder peso. Por otra parte, creo que la mejor manera de encontrar compañía es pedir un sándwich. Se habla y se pide. Siempre hay alguien que también necesita compañía. ¿No lo sabías? Es así: tomas dos rodajas de pan..., una rodaja eres tú, la otra soy yo..., y se pone algo en el medio..., la compañía. ¿Te das cuenta qué fácil es todo? —Se apoyó contra ella y sonrió—. ¿Has visto nunca algo más simple?

Ella lo miró nuevamente, sonriendo apenas, pero siguió sin hablar. Al mirarlo esta



vez vió que era un joven hermoso, de ojos azules, de unos veintiocho o treinta años, con cuerpo musculoso y rubio cabello corto. Su sonrisa era rápida y amistosa y parecía ser uno de esos enérgicos hombres de negocios que ella veía con frecuencia en el ascensor de la oficina. Muchas veces deseó tener ocasión de conocer a alguien así. Hicieran lo que hicieran esos jóvenes, ya fuera vender seguros, o cobrar rentas, o buscar compradores de terrenos, todos parecían vivir vidas interesantes y ricas.

—Mira —dijo él frunciendo el ceño—, dime una cosa: ¿eres casada?

—No —dijo ella sin vacilar—, no soy casada.

Después de hablar se sorprendió de haber contestado tan rápidamente esa pregunta.

—Fue una tontería preguntarte eso —dijo él, meneando la cabeza.

—¿Por qué una tontería?

—Porque si estuvieras casada no andarías perdiendo el tiempo en un lugar como éste, y yo tampoco.

—¿No es usted casado?

—No —contestó él con juvenil entusiasmo—. Pensé, no hace mucho, en casarme, pero los tiempos han cambiado. Creo que tú sabes muy bien que los tiempos han cambiado, ¿no es así?

—No sé qué quiere usted decir —dijo ella, meneando la cabeza—. Tendrá que explicarme.

—Eso es fácil —dijo él, riendo un poco—. Mi novia me dejó y se casó con otro. Están ahora pasando la luna de piel en alguna parte. Es lo que yo pensé que iba a hacer..., y mira dónde estoy. De todos modos la cosa fue buena para él y mala para mí. ¿Qué piensas de una muchacha que deja a un tipo cuando él está contando los centavos y preparándose para casarse y quedarse tranquilo? —La miraba, frunciendo un poco el ceño ante el recuerdo de su desdicha, y lentamente meneó la cabeza—. Eso no te parece bien, ¿verdad?

—Nunca he pensado en eso —dijo ella, sabiendo bien que mentía, porque inmediatamente había recordado su compromiso matrimonial roto, cuando era estudiante. Después añadió rápidamente—: Quiero decir que nunca he pensado exactamente en algo parecido.

—Se mire como se mire, es infernal —dijo él tristemente.

Ella asintió, comprensiva.

—Mira —dijo él seriamente—. Piensa un poco en el asunto y dime qué te parece. Sé que no eres el tipo de muchacha capaz de aprobar una cosa así o de hacerla. —Movié la cabeza a uno y otro lado—. No, tú no serías capaz de hacerlo.

Sentada allí junto a él, en el bar confusamente iluminado, Gretta sintió que hacía tiempo que conocía a aquel hombre íntimamente; él ya no era un desconocido cuyo nombre ignoraba. Cuando él se inclinó y le encendió el cigarrillo, ella sintió una oleada de tristeza en el corazón, por no haberlo conocido antes.

—¿Qué tipo de muchacha crees que soy? —preguntó, sintiéndose más y más

cómoda con él—. ¡Por favor, sé sincero! Quisiera saberlo.

Él contestó en seguida.

—El tipo de muchacha que será siempre fiel a un hombre. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro de que soy así?

—Es fácil estar seguro contigo: me doy cuenta.

Ella lo miró en los ojos, sonriendo comprensivamente.

—Bueno, ¡a la salud de las muchachas como tú, que son fieles..., y al diablo con las demás! —dijo él, levantando su vaso, y tocando el borde del vaso de ella—: Y especialmente... ¡a tu salud!

Cuando los vasos estuvieron vacíos, él hizo señas a Phil. Inclínados sobre el bar, rozándose los codos, vieron a Phil preparar los copetines. No dijeron nada hasta que los vasos estuvieron otra vez llenos y frente a ellos.

—Me llamo Mike Follett —dijo él naturalmente—. Soy gerente en una compañía lechera. Vendemos leche y helados.

—Me llamo Gretta. Soy secretaria.

—¿Qué vende tu jefe?

—Gas y electricidad.

—Eso es lo que el mundo necesita..., más calor y más luz. Es un lugar muy deprimente cuando nuestra novia nos deja y se casa con otro.

Ella se apoyó contra el hombro de él.

—¿Estás muy afligido por eso, verdad? —preguntó cariñosamente.

—Naturalmente. ¿Qué harías si..., quiero decir, qué sentirías si estuvieras comprometida para casarte y tu novio te dejara plantada?

—Me sentiría muy desdichada —dijo ella suavemente.

—¿Has sido alguna vez desdichada... por un motivo parecido?

—Sí.

—¿Más de una vez?

—Sólo una vez.

—Una vez basta, ¿verdad?

Ella asintió.

Guardaron silencio unos minutos.

—¿Te sientes sola? —preguntó él después.

Ella se volvió hacia él; sus ojos se encontraron, pero ella no respondió a la pregunta. Se preguntó por qué vacilaba en decirle que se había sentido muy sola hasta que él se había sentado a su lado.

—Créeme, yo me siento solo —dijo él— y sé que a ti te pasa lo mismo, porque pareces tan solitaria como yo. Ambos estamos solos. Dejemos de llorar nuestras miserias y construyamos algo. ¿Recuerdas lo que dije hace un rato, de agarrar dos rodajas de pan y poner algo en el medio? ¿Qué te parece? ¿Quieres? Afuera tengo el coche.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella en seguida.

—Poner algo entre las tajadas de pan, ¡claro está! Ven a mi coche y vayamos a alguna parte... juntos.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó ella, dudando.

—Quiero ir contigo a casa, naturalmente.

—Pero...

Había empezado a decir que no lo conocía suficientemente como para llevarlo a su casa cuando se detuvo, preguntándose porqué había estado a punto de decir aquello. Sabía que deseaba que él fuera con ella a su casa, porque iba a sentirse desdichada e infeliz si él desaparecía ahora de su vida, como había desaparecido de la vida de él la muchacha con quien iba a casarse.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—No sé... —dijo ella suavemente.

Él puso su mano sobre la mano de ella.

—¿Eres capaz de contestar sinceramente a una pregunta sincera, Gretta?

—Sí.

—¿Hay algún motivo por el que yo no deba ir a tu casa?

Volviendo los ojos, ella meneó la cabeza.

—Vamos entonces, Gretta —dijo él decidido, poniéndose de pie y agarrándola con fuerza del brazo—. Ni tú ni yo tenemos ganas de seguir aquí. Es hora de irse y poner algo entre las tajadas de pan.

Voluntariamente, y excitada por un delicioso sentimiento de anticipación, Gretta salió a la calle con Mike Follett y subió al auto. Cuando él se sentó a su lado, le tomó una mano y se la apretó afectuosamente. No la besó. Permanecieron un rato sentados en silencio, muy arrebuados en sus tapados, en el frío de la noche; después él le preguntó dónde vivía. Gretta le dió la dirección y el auto marchó por la calle Woodbine, entre los remolinos de nieve.

—Parece que va a nevar toda la noche —dijo él mirando cuidadosamente el pavimento resbaladizo—. Es lo que siempre sucede cuando la primera nevada ocurre en esta época del año.

—Quisiera que nevara toda la noche —dijo ella—. Parece siempre tan tranquilo y tan lleno de paz cuando sabemos que nieva afuera...

—De acuerdo... si es que vamos a estar calientes y cómodos bajo techo.

Ella lo miró rápidamente, pero él miraba al frente, concentrado en el manejo del auto, y no pudo ver la expresión de silenciosa aprobación de ella.

Cuando el automóvil dió vuelta en la calle de Cedar, Gretta se preguntó por qué no tenía el menor temor de dejar que un desconocido fuera a su departamento a esas horas de la noche. El único hombre que había estado allí antes era Dan Ewall, y ella había conocido a Dan durante varios meses antes de llevarlo a su casa. Miró rápidamente a Mike Follett en la semiobscuridad y, probablemente porque él sintió su mirada interrogante, tomó la mano de ella y la apretó para tranquilizarla.

Cuando llegaron a su apartamento, Gretta encendió la luz y se quitó el abrigo. Ante el brillo de la luz su primera idea fue disculparse de alguna manera por el aspecto del cuarto pobremente amueblado, por la cama pobre que necesitaba una colcha nueva, pero pensó después que era mejor no decir nada. Mike Follett, que seguía con la mirada todos sus movimientos, permaneció de pie, silencioso, en medio del cuarto, hasta que ella se sentó en la cama.

—¿Vives aquí sola? —preguntó él.

Ella le dijo que así era.

—No es difícil sentirse abandonado... —su brazo se movió en un gesto que comprendía toda la deprimente atmósfera de la habitación— aquí.

Esta vez, mordiéndose los labios, Gretta no contestó.

Él miró alrededor, el papel descolorido de las paredes, la alfombrilla sobre el gastado suelo de madera, el roto sillón junto a la lámpara de lectura, la oprimente apariencia del único hogar que ella había conocido en el mundo. Ella comprendió que él se preguntaba cómo ella no podía pagar un departamento nuevo y mejorar muebles. Gretta pensó decir que iba a mudarse a un departamento mejor cuando terminara de pagar a su hermano el dinero que él le había prestado cuando vino a Unionville a inscribirse en la escuela comercial, pero luego pensó que aquello era demasiado personal para contárselo a un desconocido. Lo miró y vió que él la

observaba con expresión solemne.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—Quiero saber una cosa —dijo él lentamente—. Dime la verdad: ¿tienes costumbre de traer hombres aquí siempre?

—No —contestó ella con voz muy firme. Sintió que un cálido rubor enrojecía sus mejillas—. Claro que no.

—¿Qué hacías entonces en el *Roundabout*?

Ella sintió que se le oprimía la garganta.

—¿Qué quieres decir?

—El mozo del bar se ocupa de que siempre haya alguna muchacha que espera ser recogida. Eso lleva clientes al bar... como yo, supongo.

—Estoy segura de que te equivocas —dijo ella, con firme incredulidad—. Te equivocas totalmente.

—Tal vez sí, tal vez no. De todos modos las muchachas que van ahí solas...

Ella sintió que el quemante rubor de sus mejillas se extendía por toda su cara.

—Fui allí porque..., porque tenía que ir a alguna parte. No podía resignarme a... a volver a esto.

Ella vió que él miraba nuevamente el cuarto pobremente amueblado. Permaneció sentada frente a él, tensa, esperando que él comprendiera y la creyera.

Sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo él le ofreció uno. Ambos fumaron un rato en silencio.

—¿Por qué me has dejado venir aquí esta noche? —preguntó él, volviéndose y mirándola directamente a la cara.

—Dijiste que querías venir.

—Ya sé que lo dije.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—¿Fue ese el verdadero motivo... el único motivo? ¿Nada más que porque yo dije que quería venir?

—No lo sé —contestó ella, después de un momento.

—¿Fue porque te sientes tan sola como yo creí que lo estabas?

—Sí.

—Entonces me alegro —dijo él—. Porque, si no te hubieras sentido sola...

Abrazándola, él apretó su cuerpo contra el cuerpo de ella. Casi inmediatamente ella sintió que la tensión de su cuerpo cedía ante la fuerza de él, y Gretta se abandonó agradecida al abrazo. Después, cuando él la besó por primera vez, Gretta no intentó resistir, y ansiosamente ofreció su boca, con todo el deseo que había guardado dentro de ella. Con un estremecimiento de felicidad le echó los brazos al cuello y se aferró desesperadamente al cuerpo de él.

—No sabía nada de ti cuando te vi en el bar —le oyó decir—, todavía sé muy poco, fuera de que te llamas Gretta y que vives en una casa en la calle Cedar. Es todo lo que quiero saber por ahora. Soy egoísta, porque lo más importante es que ya no

estoy solo.

—Sé egoísta, por favor —murmuró ella—, porque yo también voy a ser egoísta en esa forma.

—¿Crees que nos gustamos únicamente porque estamos solos, y porque estando juntos en esta forma desaparece la soledad?

—No lo sé —dijo ella dichosa— y no me importa. Lo único que sé es que ahora no estoy sola.

Lo miró a la cara y entonces sintió que la invadía una deliciosa oleada de felicidad. Apretando su brazo oprimió su boca ansiosamente contra la boca de él. Al besarlo sintió un deseo ardiente, urgente, que surgía desde las profundidades de su cuerpo. Pensó que, pasara lo que pasara, tenía que impedir que él la dejase ahora. No importaba que no volviera a verlo nunca más; lo único importante en la vida en ese momento era que él se quedara allí unas horas, para que ella no estuviese sola en el mundo. Aferrándose a él sintió que su cuerpo temblaba con el urgente deseo de agradarlo y de hacer que él deseara poseerla.

Hacía rato que ninguno de los dos hablaba cuando ella se levantó de la cama, y lo dejó allí a él, con la débil luz iluminando su cabello rubio; Gretta se sentó en el suelo frente a él. Sin hablar, pero sonriendo dichosa, y con un claro recuerdo del pasado, como si estuviera reviviendo su adolescencia, ella empezó a sacarse las medias. Mientras él la miraba fascinado y hechizado, ella se levantó la falda y soltó los broches de las ligas. Volvió la cabeza levemente a un lado, evitando con cuidado la mirada de él. No se atrevía a mirarlo porque tenía miedo de quebrar el hechizo que los había acercado.

—Gretta... nunca he visto una muchacha que se quite las medias como lo haces tú —le oyó decir—. Hay algo en la manera en que lo haces... ¡no sé qué! ¡Es tan delicioso!..., ¡tan hermoso! ¿Siempre te sientas así en el suelo cuando te quitas las medias..., o lo haces sólo en ocasiones especiales?

Entonces ella lo miró, sonriendo, dichosa. Ya no había miedo que él se fuera y la dejara.

—Es maravilloso, Gretta —dijo él, mientras miraba los movimientos de sus manos, y el movimiento infantil de su cabeza, y su sonrisa—. Es mágico. Quizás no lo sepas, pero alguien va a querer casarse contigo... o pagar tu precio... cuando te vea sentada en el suelo de esa manera, quitándote las medias como lo haces. Sé lo que digo. Va a suceder. Alguien va a casarse contigo o a pagar tu precio... cualquier precio que pidas. ¿Me pregunto qué elegirás? ¿Lo sabes tú?

Gretta lo miró con sonrisa sorprendida. La expresión de su cara era atónita.

Terminó de sacarse una media y la colgó delicadamente en una silla. Después levantó la falda y empezó a quitarse la otra media.

—Gretta, sería una pena que no te casaras con alguien —dijo él torvamente— y que hicieras eso para muchos hombres... por dinero. Eso sería... una terrible vergüenza.

Cuando ella terminó, se acercó a Mike con los labios entreabiertos en un murmullo de deseo, y se arrodilló en el suelo junto a él.

## **SEGUNDA PARTE**

# **EL TIEMPO INTERMEDIO**



# 1

Glenn Kenworthy no tenía remordimientos.

Después de cerrar cuidadosamente la puerta permaneció allí apoyado de espaldas, y miró a Gretta en el otro extremo del cuarto; ella estaba sentada en la amplia cama, con las piernas provocativamente cruzadas. Ambos se miraron cariñosamente, en contemplativo silencio.

Todavía había bastante luz en el crepúsculo como para que él pudiera verla bien, y él deseó verla siempre como la veía ahora..., encantadora, bonita, muy deseable. Estaba seguro que el recuerdo de ella en aquel momento duraría mientras viviera.

Gretta, cómodamente descansada, radiante de felicidad y totalmente despreocupada, ahora que estaban en el cuarto del hotel, del descuido de su postura, lo miraba con sonrisa expresiva. Era la clase de sonrisa que significaba todo para él..., era la expresión indudable de que ella estaba ansiosa de amor, era la promesa de su compañía, del calor de su corazón, de la pasión de su cuerpo, de la devoción de su alma. Los largos años de soledad se borraron de la memoria de él como una frágil bocanada de humo en el aire.

Mientras la miraba ansiosamente, Glenn pensaba que ella era la mujer más excitante que había conocido y que encontrarla había sido el acontecimiento más dichoso de su vida. Gretta, completamente consciente de la mirada de adoración de él, deliberadamente, permaneció inmóvil un rato.

Todavía llevaba el apretado sombrerito blanco y los largos guantes del mismo color. Su vestido resplandeciente y bien cortado, después de aquellas atropelladas horas desde el principio de la tarde, seguía intacto e inmaculado. Momento tras momento, totalmente enamorado, la mente y el cuerpo de él estaban absortos en la contemplación de ella..., en la juvenil animación de su sonrisa, en el espeso cabello oscuro que enmarcaba el delicado óvalo de su cara, en la curva pronunciada de la cintura y de las caderas, en el nacimiento de las piernas bajo la reveladora falda levantada, en los firmes contornos de sus brazos y sus pechos, en las comisuras de los labios, levemente levantadas cuando sonreía, en el chispear de sus ojos a la luz que se desvanecía lentamente.

—Gretta —exclamó él—. ¿Cómo ha podido sucederme a mí? ¡Debe de haber algún motivo para ello!

Gretta estaba ruborizada de felicidad.

—¡Oh, Glenn, querido! —lo llamó desde el extremo del cuarto—. No sé el motivo... y no me importa, porque yo también siento lo mismo. Lo único que importa es que me sucede a mí también.

—Sólo Dios sabe lo contento que estoy de haberte encontrado, Gretta —dijo él—. Si mi vida dependiera de ello, ni siquiera podría empezar a decirte cuánto me alegro. Nunca me ha pasado nada como esto antes.

—¡Oh, Glenn querido! —exclamó ella provocativamente. Sus ojos parpadeaban,

húmedos, y sus manos oprimían con fuerza sus mejillas enrojecidas. Sentía que en cualquier momento podía llorar de felicidad—. ¡Si supieras qué feliz soy! ¡Estoy en el cielo! No dejes nunca de mirarme como me miras ahora. ¡No dejes nunca de hacerlo, por favor! ¡Es lo que más he deseado en el mundo!

—¿Estás segura, Gretta? —preguntó él con expresión solemne—. Quiero que sepas muy bien lo que haces.

Ella asintió con sonrisa ansiosa.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida, querido.

—Me alegro, Gretta —dijo él.

Dejó de apoyarse contra la puerta, atravesó la habitación, recogiendo una de las sillas en el camino, y se sentó frente a ella, que seguía en la cama. Silenciosamente se miraron a los ojos por largo rato, mientras la habitación alrededor de ellos iba quedando envuelta en una cómoda oscuridad. Después, agachándose hasta los pies de ella, él le sacó los zapatos y tiró las sandalias blancas por encima del hombro, una a la vez; después abrazó los pies y piernas de ella. Suspirando con deleite, Gretta arrojó a un lado su sombrero blanco de encaje y rápidamente se quitó los largos guantes blancos.

—Querido, esperaba que iba a ser así..., deseaba tanto que fuera así —dijo casi sin aliento—. Apenas puedo creer que sea verdad.

—¿Cómo sabías que iba a sacarte los zapatos y acariciarte de esta manera? Imagina que hubiera hecho otra cosa.

—¿Qué cosa, por ejemplo? —preguntó ella con sonrisa provocativa.

—¡Oh, no sé! Tal vez sacar las cosas de tu valija, tal vez calentar las tijeras de rizar. Cosas de ese tipo.

—Claro que no sabía exactamente qué ibas a hacer, pero sabía que, fuera lo que fuera, iba a ser algo maravilloso, excitante, cariñoso. Y lo es... ¡lo es!

Gretta se inclinó hacia adelante y tiernamente colocó las cálidas palmas de sus manos contra el rostro de él.

—Querido, quiero decir que sabía que cualquier cosa que hicieras iba a ser maravillosa, aunque temía que no lo fuera... Temía que las cosas no fueran tan simples. Pero ¡lo son, querido! ¡Lo son! ¡Es más maravilloso que lo que nunca soñé! ¡Es tan hermoso y excitante que temo que en este mismo minuto podamos despertar y descubrir que no es verdad! Querido, ¡no dejes que ocurra una cosa así! Por favor, ¡no dejes que suceda!

Él la abrazó y besó cariñosamente su rostro.

—Siempre será así, Gretta —dijo después de un momento, asintiendo lentamente, mientras ella seguía los movimientos de su cabeza con expresión de aguda atención en los ojos—. Gretta. Nada podrá cambiarlo nunca. Espera y verás.

Ella le acarició la frente y las mejillas con la punta de los dedos.

—¿Estás seguro, querido... muy seguro?

—Estoy muy seguro, Gretta.

—¿Que yo soy tuya y tú eres mío? ¿Que nos pertenecemos, querido?

—Ahora no podemos dudarlo. Nos pertenecemos... y siempre nos perteneceremos.

—Pero ¿es verdad? Tú eres acaso verdadero... y ¿lo soy yo? Dímelo, querido, ¡tengo que saberlo!

—Sí, Gretta. Es verdadero.

—Pero ¿cómo ha podido suceder todo esto?... ¿Cómo ha podido sucederme a mí?

—Porque te encontré, eso es todo.

—Dime la verdad —dijo ella, levantando las comisuras de los labios en una sonrisa provocativa—. ¿Realmente me buscabas, querido?

—No —dijo él, meneando la cabeza y frunciendo el ceño con seriedad—, no sabía que existías hasta que te vi. Hasta entonces, tú eras una unidad estadística, un número más en la población... claro que, siempre eras un hermoso número.

Ella se separó bruscamente de él, fingiendo estar ofendida y herida.

—Yo no era un número... ¡era yo!

—Bueno, si yo hubiera sido empleado del censo probablemente no te hubiera puesto como una estadística; te habría llamado otra cosa.

—¿Qué?

—Hermosa.

—De todos modos, no me buscabas realmente. Probablemente buscabas a otra y, como no pudiste encontrar a esa criatura despreciable, has fingido que me buscabas a mí y no a ella. Soy la sustituta de otra, ¿no es así? ¡Dime la verdad!

—Basta, Gretta —dijo él riendo— bien sabes que estás haciendo una comedia.

—Y ¿no estás secretamente enamorado de esa otra..., de esa criatura despreciable?

—No lo estoy. Además no conozco a ninguna criatura despreciable. Y la única criatura que me interesa es una criatura maravillosa... tú.

—Querido —murmuró ella, acercándose más y poniendo su mejilla contra la mejilla de él—. Querido...

Por largo rato, permanecieron abrazados. Finalmente, cuando Glenn abrió los ojos, la tarde había desaparecido y ya estaban en el crepúsculo. Él encendió la lámpara junto a la cama. Gretta se irguió, muy tiesa frente a él.

—¿Y no estás nada arrepentido, querido? —preguntó solemnemente. Estaba más seria que nunca—. ¿No te arrepientes de haberme encontrado? Nada de lo sucedido en el pasado..., quiero decir... ¿aquella primera vez?

Se detuvo, temblando levemente. Él se acercó más e instantáneamente pudo sentir que el cuerpo de ella se ponía rígido entre sus brazos. Los ojos de ella se cerraron momentáneamente, y después se abrieron amplios, como asustados. Glenn la apretó más contra él.

—¿Qué te pasa, Gretta? —preguntó, preocupado.

—Querido: ¿no hay nada en el pasado que alguna vez te haga arrepentir de haberte casado conmigo? ¿Absolutamente nada? ¿Estás seguro de eso, querido? ¡Es muy importante! Debes decírmelo. ¡Tengo que saberlo!

Él sabía a qué se refería ella. Ambos lo sabían demasiado bien. Aunque no hablaran nunca más de eso en toda la vida, la cosa siempre iba a estar grabada en la memoria. Era imposible arrancar aquel recuerdo de sus mentes.

—Estoy seguro, Gretta... totalmente seguro —dijo él con vivacidad. Mientras hablaba apretaba con fuerza las manos de ella—. No tienes que preocuparte ni un segundo más por eso.

—Pero no puedo evitarlo...

—Gretta, si las cosas no hubieran pasado como pasaron, yo jamás te habría conocido..., nunca nos habiéramos encontrado... yo no te hubiera descubierto. Eso lo sabes muy bien. Y no estaríamos ahora como estamos. ¿Comprendes, Gretta? A una persona hay que decirle que otra persona existe, o tiene que verla, antes de conocer su existencia. Hay miles de maneras de encontrarse, y nosotros nos encontramos así. Tal vez no te hubiera encontrado en el resto de mi vida, si no hubiera existido aquella primera vez. ¿Entiendes, ahora? Tenemos que estar contentos. Sabes que estoy contento de que las cosas pasaran como pasaron... y quiero que tú también estés contenta. Ahora estamos juntos, y vamos a estar juntos, y eso es lo único que importa.

—Pero no puedo dejar de pensar... de preocuparme por eso —dijo ella, con mirada ansiosa, mientras un estremecimiento de ansiedad recorría su cuerpo—. Procuero no preocuparme, pero me preocupo. No puedo evitarlo.

—Deja que yo me preocupe, Gretta —suplicó él—. ¿Quieres?

—Pero tampoco quiero que tú te preocupes. Eso es lo que temo..., ¡que termines por preocuparte!

Gretta estaba a la vez triste y alegre... y ninguno de los dos podía hacer nada para cambiar sus sentimientos. Ella se preguntaba si llegaría un momento en el cual sería totalmente dichosa o totalmente desdichada. Algo muy profundo en su mente forzaba a decirse una y otra vez, silenciosa e insistentemente, que iba a ser imposible ser feliz hasta que el miedo fuera desterrado de su corazón. Sin embargo, se repetía, si no lo hubiera conocido de la manera que lo conoció, era evidente que nunca hubiesen llegado a estar juntos como lo estaban ahora. Pero, si hubiera habido otra manera...

—Gretta —le oyó decir—, no quiero que nada te haga desdichada. Soy bastante fuerte como para preocuparme por los dos. No sigas con esto.

—Procuero no seguir, pero...

—Entonces, adelante, y dilo, Gretta. Apúrate y dilo. Es lo mejor.

—Sí, querido, procuraré decirlo...

Se cubrió la cara con las manos.

—Adelante, dilo, Gretta.

—Querido, tú no crees que yo sea realmente mala, ¿verdad? Tú sabes cuán desesperadamente sola estaba y cuán desdichada era... ¿Nunca pensarás mal de mí?

Sus ojos estaban llenos de lágrimas cuando retiró las manos de la cara y lo miró.

—No —dijo él con firmeza—, no creo que hayas sido mala.

—¿Estás seguro, querido?

—Estoy absolutamente seguro, Gretta.

Una sonrisa agradecida de alivio surgió en la cara de ella, y rápidamente se secó las lágrimas de los ojos.

—Necesito tanto estar segura... muy segura —dijo ella.

—Ahora puedes estarlo, porque te lo he dicho.

—Entonces, dilo todavía otra vez, querido.

—Estoy absolutamente seguro.

—¿Y nunca habrá en el pasado nada que te haga arrepentir?

—Nunca.

Ella se apretujó contra él, aferrándose desesperadamente.

—Dios mío, permite que sea así..., siempre —murmuró con voz quebrada—. ¡Por favor, Dios mío, por favor!...

El crepúsculo invernal había ya concluido, y estaban casados desde mediodía. Afuera, la nieve, que había empezado a caer al principio de la tarde, era ahora más abundante y ya las calles estaban cubiertas por una nieve nueva y resplandeciente, que cubría también los techos. Glenn se levantó, recogió los zapatos, los guantes y el pequeño sombrero blanco de Gretta y los acomodó cuidadosamente sobre la cómoda. Gretta, otra vez con las piernas cruzadas, esperaba ansiosamente en el amplio lecho, mientras lo miraba con expresión intrigada. Había cientos de cosas que hubiera querido decir, todas las cosas del mundo de que hablar, pero lo más importante era que estaban solos y que su vida en común comenzaba. Sabiendo esto, observaba a Glenn como si estuviera en medio de un trance, temerosa de romper el mágico hechizo que los rodeaba.

En algún momento de la noche nevada, las campanas sonoras de un reloj dieron la hora.

—Gretta, ¿has oído eso? —dijo él casualmente. Se había vuelto hacia ella y la miraba—. Afuera ya es de noche. Y aquí también es de noche. Por fin hemos llegado a la noche. Si piensas un momento, verás que la gente como nosotros siempre encuentra la noche.

—¿Qué clase de gente somos nosotros, querido? —preguntó ella, con una inflexión de voz alegre, provocativa.

—Gente tonta que debía haberse casado hace diez años en lugar de hace cuatro horas... ¿o hacen ya cinco?

—No, querido, no —dijo ella sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Hace diez años yo tenía doce años... ¿o trece? De todos modos, tú no eras mucho mayor. Estoy segura que ni siquiera te habías afeitado por primera vez. Y que no habías fumado tu primer cigarrillo a escondidas. ¿Qué otras cosas hacen los

muchachos por primera vez?

Él sonrió y no dijo nada.

—Querido, ¿hubieras sido capaz de domesticar a una niña novia si nos hubiéramos conocido entonces, y nos hubiéramos casado?

—Naturalmente.

—¿Cómo lo hubieras hecho?

—Hubiera planeado todo un sistema.

—Cuéntame cómo, querido.

—¿Cómo podría hacerlo? No he tenido motivos para planear el sistema.

—Entonces, imagina que hay motivos para planear uno.

—¿Cuando tú tenías doce años?

—O trece.

—Entonces, ya sabías leer, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces, hubieras podido leer un libro de cocina y aprender a cocinar.

—¿Es tu manera de decirme que tienes hambre?

—Estoy muerto de hambre.

—¡Glenn Kenworthy! ¿Por eso te has casado conmigo...; para que yo cocine para ti?

—Si me amas, querida, tendrás que alimentarme.

—¿Tienes idea de cuál de las dos cosas te importa más?

—Dadas las circunstancias, confío en tu buen juicio.

Ella se rió encantada.

—Voy a hacer ambas cosas, querido..., y ambas al mismo tiempo.

—Eso parece muy interesante para el futuro —dijo él—, pero ahora estamos en este hotel y creo que será conveniente llamar al mozo. No creo que el gerente nos permita cocinar en este cuarto.

Gretta sonrió radiante.

—¿No es digno de mí?... He olvidado traer un libro de cocina para la luna de miel.

Glenn se sentó en la cama junto a ella.

—¿Qué querrías comer? —preguntó seriamente—. ¿Y dónde? Todo el día hemos dejado de lado las comidas. ¿Quieres ir a un restaurante, a algún *dancing*, dónde?

Gretta meneó la cabeza.

—¿Cómo podría comer nada, querido? Estoy tan excitada que no sé lo que hago. Nunca más volveré a comer. Lo único que quiero es estar contigo.

—De todos modos, un sándwich no te vendría mal —dijo él, de la misma manera que hubiera hablado a uno de sus pacientes. Inmediatamente, recordó a sus enfermos de la clínica. ¿Preguntarían a los otros médicos por qué él se había ido una semana de vacaciones? ¿Las enfermeras y los médicos harían bromas sobre su conducta durante la luna de miel? ¿Le prepararían alguna broma pesada cuando regresase? Rió un poco

para sus adentros. Después, volviéndose a Gretta, dijo:

—Es mejor comer algo después de un día tan excitado. Órdenes del médico, Gretta.

Sin darle ocasión de protestar más, fue al teléfono y ordenó café y varios sándwiches. Después abrió su valija y sacó una botella de *whisky*. Había varios cubos de hielo en una palanganita; puso el hielo en dos vasos y los llenó casi hasta la mitad de *whisky*.

Atravesó la habitación con los vasos y se sentó en la cama junto a Gretta.

—Siento que no sea champaña —dijo, disculpándose mientras le tendía uno de los vasos— pero si fuera champaña, tendríamos que esperar a que se enfriara, y esa sería una terrible pérdida de tiempo. De todos modos, esta medicina es buena, dadas las circunstancias. Siempre receto una moderada cantidad de *whisky* para los novios nerviosos y las novias exaltadas, y para las mordeduras de perro. Y, para demostrarte qué clase de médico soy, voy a tomar mi propia medicina.

Gretta meneó la cabeza.

—Bebe tú, querido —dijo, tendiendo el vaso—. Yo estoy tan excitada que temo que no me haga bien. La cabeza ya me da vueltas.

Él sostuvo los dos vasos, mirándola pensativo un momento.

—Bueno, aunque no lo hubiera recetado un médico —dijo meneando la cabeza—, creo que no debemos dejar pasar una ocasión memorable y rara como ésta sin brindar por nuestra felicidad —sonrió un poco—. Además, cuando bebo solo, llego a creer que soy un borracho consuetudinario.

Inmediatamente, Gretta tomó uno de los vasos.

—Tenemos que brindar por nuestra felicidad —dijo excitada—. No podría dejarte solo en una ocasión como ésta. Yo también, querido... ¡yo también!...

—Después de todo me parece que no seré un borracho consuetudinario —dijo él.

—Serás el marido más maravilloso del mundo, eso es todo —dijo ella—. Y yo procuraré ser la esposa más maravillosa.

Bebió algo del *whisky* de su vaso y después lo tendió a Glenn.

Él bebió el resto.

Reclinándose sobre la cama, él sonrió hasta que ella lo miró, con ojos interrogadores.

—Bueno, Gretta, la noche ha llegado hasta nosotros... el hambre ha llegado hasta nosotros... y ahora hay también otra cosa que ha llegado hasta nosotros.

—¿Qué otra cosa ha llegado hasta nosotros? —preguntó ella, con una expresión provocadora en sus ojos parpadeantes—. ¿Qué puede ser esa cosa?

—¿Quieres adivinar, o prefieres que te lo diga?

—Dímelo, querido.

—El tiempo ha llegado hasta nosotros —dijo él, abrazándola y desabrochándole los botones de la espalda del vestido— en una situación como ésta, el tiempo tiene que llegar hasta nosotros tarde o temprano, y ahora ha llegado. —Cuando terminó de

desabrocharle el vestido la besó en la boca, y después se recostó y la miró—. ¿Quieres desafiar al tiempo y esperar a que el mozo traiga el café y los sándwiches?

—No me importa, querido —dijo Gretta cariñosamente. Movi6 la cabeza con abandono, y se pas6 los dedos por su abrumada cabellera negra—. Ahora estoy en manos de un m6dico, y har6 exactamente lo que 6l me diga. Soy una enferma muy d6cil. ¿No ser6a una tonter6a haber llamado el m6dico y despu6s no seguir sus instrucciones?

Frunciendo el ce6o, 6l la apart6 con el brazo.

—No me gusta esa 6ltima frase, Gretta.

—¿Por qu6 no te gusta, querido?

—Porque t6 no mandaste llamar al m6dico... el m6dico vi6 a una enferma que necesitaba tratamiento inmediato y cumpli6 con su deber, como habr6a hecho cualquier m6dico serio y responsable en las mismas circunstancias. Es una cuesti6n de 6tica profesional.

Gretta apoy6 las manos contra el pecho de 6l y lo apart6.

—¡Yo te mand6 llamar!

—¡No es verdad!

—¿Qui6n se atreve a decir eso?

—¡Yo me atrevo!

—No me gustan los enfermos que discuten con el m6dico.

Con un movimiento juguet6n 6l la ech6 sobre la cama. Ella busc6 una almohada para tir6rsela, pero 6l puso ambas almohadas en el suelo antes de que ella pudiera agarrarlas.

—¿Qu6 dir6a la gente si nos oyera hablar as6? —dijo 6l con expresi6n grave.

—Estoy seguro que dir6an que deb6amos haber pedido un examen mental, en lugar de una licencia de matrimonio.

—¿Quieres sugerir que un examen mental hubiera sido m6s conveniente para m6 que una licencia matrimonial?

6l sonri6 ampliamente.

—¿Piensas seguir jugando toda la noche?

—No, querido —dijo ella en seguida, acerc6ndose a 6l y sonriendo t6midamente—. Pero, de todas maneras, tengo al m6dico conmigo.

—Tal vez, pero yo he salido ganando en el trato: yo tengo a la novia.

—Entonces yo he ganado la discusi6n, ¿no? —dijo ella, con sonrisa provocativa.

—Ganar6s siempre, si siempre eres tan maravillosa como en este momento.

La bes6 en la frente, en las mejillas, en el cuello.

—Naturalmente no es as6 —dijo ella con exagerada seriedad—, pero finjamos que yo mand6 buscar al m6dico. ¿Qu6 dir6a 6l ahora?

—El m6dico dir6a que est6 bastante cansado de que la enferma no muestre esp6ritu de cooperaci6n. En primer lugar, le duelen los pies, y quiere descalzarse y desentumecer la punta de los pies. No sab6a que casarse hiciera tanto da6o a los pies.



Tomaré nota de eso mañana, y tal vez utilice el tema la próxima vez que tenga que pronunciar un discurso en una convención médica. Después de esta experiencia, puedo hablar con verdadera autoridad sobre el asunto.

Gretta se deslizó rápidamente fuera de la cama, se puso de rodillas, le desató los zapatos, se los sacó y con fuerza los arrojó bajo la cama. Después se irguió y le desabrochó la corbata y el cuello.

Cuando terminó, retrocedió un paso y lo miró, moviendo la cabeza a uno y a otro lado, en actitud contemplativamente seria.

—Bueno —dijo con una brillante sonrisa—. ¿Esto demuestra más espíritu de cooperación, querido?

—Es prometedor, es digno de alabanza, y estoy seguro de que es sincero, pero a este paso estaremos toda la noche quitándonos la ropa de boda. Y seremos realmente tontos si no hacemos más progresos antes del alba, mañana por la mañana. Imagina si el hotel se incendia y tenemos que salir a la calle en medio de la noche. Seguramente que algún periodista curioso se preguntaría cómo nosotros éramos las dos únicas personas en el hotel que...

Riendo, animada, Gretta se sentó en el suelo y empezó a sacarse las medias. Trayendo una silla, Glenn se sentó y la miró, totalmente fascinado. Ya sabía que era una costumbre infantil de ella sentarse en el suelo para sacarse o ponerse las medias, y recordó cuán fascinado había quedado la primera vez que la vió quitarse las medias. Tal como había sido entonces, sus movimientos eran ahora los de una niña prolija, que está encantada de llevar ropas de persona mayor por primera vez en su vida.

En el silencio del cuarto, Gretta, con el rostro radiante de felicidad, miró tímidamente y después volvió a mirar rápidamente.

Él sintió exactamente la misma fascinación que había sentido un mes atrás, cuando contempló los movimientos infantiles de los brazos y de las manos de ella, y el movimiento de su cabeza cuando se levantó la pollera y desabrochó las ligas, y cuidadosamente fue enrollando las medias en la pierna. Allí sentado y mirándola, Glenn comprendió que, mientras viviera, nunca olvidaría la ansiedad intensa que se había apoderado de él un mes atrás. Fue entonces cuando sintió algo duradero y profundo, algo como una sorprendente revelación, y comprendió que, pasara lo que pasara, estaba indudablemente enamorado por primera vez en su vida. Mucho antes de dejarla aquella noche, él había sabido que nunca podría ser feliz con otra y, sobre todo, comprendió que deseaba casarse con ella lo antes posible.

Gretta terminó de sacarse las medias y las colgó prolijamente en una silla. Estaba ahora sentada esperando frente a él, con las rodillas abrazadas, con el rostro iluminado por su sonrisa característica, cuando llamaron a la puerta. Cuando Glenn se levantó para abrir la puerta al mozo, Gretta, con un alegre salto, se apoderó rápidamente de una de sus valijitas y corrió hacia el cuarto de baño.

El mozo trajo los sándwiches, café y unos vasos de agua. Después de poner los platos sobre la mesita, Glenn firmó el cheque y dió una propina al mozo.

Agradeciendo, dando las buenas noches y mirando al mismo tiempo con interés el desorden femenino de la habitación, el mozo se fue.

Glenn cerró la puerta una vez más y se quitó el saco. Colgó cuidadosamente en el armario la prenda nueva, y desempaquetó el otro traje que había traído consigo. Después sirvió otra vuelta de *whisky* y se sentó a beber, esperando a Gretta.

Gretta permaneció largo rato en el cuarto de baño, y después de esperar sentado todo el tiempo que pudo soportar, Glenn se levantó y caminó inquieto por el cuarto, vaciando los ceniceros y colocando las sillas en posiciones distintas. La habitación quedaba en el piso octavo, el más alto del hotel, y no había edificios tan altos en los alrededores; sin embargo, Glenn fue hasta las ventanas y cerró perfectamente las celosías. Siempre inquieto, volvió a la silla y se sentó a beber el *whisky* que quedaba en el vaso.

Después se abrió levemente la puerta del cuarto de baño, y Glenn vió que Gretta espiaba tímidamente por la estrecha abertura. Dejando de lado el vaso y sonriendo esperanzado, él esperó que ella entrara en el cuarto. Pasaron los minutos y ella todavía vacilaba ante la puerta abierta. Permaneció allí tanto tiempo que él no pudo aguardar más. Le hizo señas para que viniera.

—¿Qué debo hacer ahora, querido? —preguntó ella, con timidez infantil, abriendo un poco más la puerta—. Estoy tan asustada que no sé qué hacer.

—Si vienes aquí podremos averiguarlo —dijo él, haciéndole otra vez señas—. Pero se necesitan dos personas para poder saberlo.

—Querido ¿siempre ocurre así cuando dos personas se casan? —preguntó ella con excitación.

—Esa es una pregunta inteligente, muy apropiada —dijo él, riendo un poco— y yo también quisiera conocer la respuesta. Pero, ya que ninguno de nosotros la sabe, creo que tendremos que averiguarlo juntos.

—¿Estamos completamente solos ahora?

—El mozo se ha ido y la puerta está cerrada.

—¿Estás seguro de que está cerrada, querido?

—Absolutamente seguro.

—¿Y el mozo no volverá a buscar los platos?

—No. Le di bastante propina como para que no vuelva.

Gretta abrió la puerta del cuarto de baño y permaneció allí un momento, iluminada por la luz que caía sobre ella. Después corrió hacia él; estaba descalza y llevaba un camisón de seda blanca; se sentó en el suelo junto a él y lo miró a la cara. No dijeron una palabra. Glenn se inclinó sobre ella y aspiró el delicioso perfume de su pelo.

En el silencio de la habitación, él se decía una y otra vez que todavía era más dichoso por haberse casado con ella. Se inclinó y le apretó cariñosamente las manos. Nada, se dijo, nada lo haría arrepentirse de haberla encontrado aquella noche, hacía un mes, y de haberse casado ahora con ella.

Gretta lo estaba mirando en forma seria, ansiosa y, cuando él la contempló, pudo ver que la preocupación ensombrecía la cara. Estaba rígida, tensa y respiraba profundamente.

—¿Qué te pasa, Gretta? —preguntó él.

Ella no contestó. En el largo silencio siguió mirándolo interrogativamente a los ojos. Él esperó pacientemente todo lo posible.

—Deja de mirarme así, Gretta —dijo sacudiéndola suavemente— te diré todo lo que quieras saber.

—¡Quiero saber... no puedo evitarlo! —dijo ella con voz tensa y agitada—. Y por favor, no te enojas conmigo...

—¿Qué quieres saber?

—Ya sabes qué... ¿estás seguro... absolutamente seguro... de que nunca te arrepentirás de haberte casado conmigo? ¿Que nada de lo que haya pasado antes... quiero decir, en el pasado?...

—Te he dicho ya que no te preocupes por eso, Gretta —dijo él con vehemencia.

Ella cerró fuertemente los ojos.

—Ya sé que lo has dicho..., pero no puedo evitarlo ahora... ¡tengo que estar segura! —Temblaba totalmente, como un niño asustado—. ¡Es tan importante! Por favor, dime, dime...

Él le tomó la cara entre las manos hasta que ella abrió los ojos y lo miró.

—Gretta, no lamento haberme casado contigo, y nunca lo lamentaré. Te lo diré siempre que quieras oírlo, y no debes preocuparte más por eso. No sólo no lo lamento... estoy contento. ¿Damos la cosa por terminada?

—Sí, querido —sonrió nuevamente—, así es, querido.

—¿Y qué es la otra cosa que quieres saber?

La tomó entre sus brazos y la estrechó contra él.

—Deseas saber si te quiero. Y yo te quiero, Gretta, te quiero mucho mucho.

—¡Y yo también te quiero, querido! —dijo ella con voz vibrante—. ¡Oh, te quiero tanto!

Él buscó los sándwiches y le tendió uno. Ella dió un mordisco y después rechazó el sándwich con un movimiento de cabeza.

—Gretta, no sigues los consejos del médico —dijo con gravedad—; si quieres seguir siendo cliente mía...

Rápidamente, ella se inclinó y dió otro mordisco al sándwich.

—Bueno, ya está —dijo, riendo alegremente—. Esto demuestra que haré todo lo que el médico me diga, ¿no es así, querido? ¿Me dejará él que siga siendo su paciente?

Asintiendo, dichoso, él la miró largo rato.

—Quizás mañana tendré tanta hambre que comeré todo lo que tenga a la vista —dijo ella, acercándose y poniéndole la cabeza sobre las rodillas—. Pero ¡ahora soy demasiado dichosa..., estoy demasiado excitada..., demasiado de todo!...

## 2

Abriendo los ojos en la tranquila oscuridad del cuarto, Glenn despertó y se preguntó cuánto tiempo había dormido. Con la agradable sensación de estar totalmente descansado, sin ninguna preocupación, comprendió que había dormido varias horas y se preguntó si también Gretta habría dormido todo aquel tiempo. Se alegró de haber despertado en aquel momento, de no haber seguido durmiendo hasta la mañana.

El cuarto estaba un poco frío, aunque las celosías todavía estaban cerradas, y Gretta se había acurrucado junto a él. Pudo sentir el leve movimiento de su pecho, que subía y bajaba en el sueño profundo y permaneció inmóvil, para no molestarla. Poco antes de medianoche, de mala gana, pero exhaustos, se echaron a dormir sin cubrirse siquiera con una manta. La colcha había caído al suelo, al pie de la cama y, temeroso de despertar a Gretta, él no hizo ningún gesto para levantarla. Siguió inmóvil pensando en lo feliz que era, y preguntándose si él y Gretta estarían siempre tan enamorados como lo estaban ahora. Unos instantes después, como deseando confirmar su amor, Gretta, en sueños, se acurrucó más contra él. Él la besó suavemente en el pelo.

Una media hora después, inquieto por estar en vela, Glenn buscó su reloj, que estaba sobre la mesita de noche. En la oscuridad no podía ver la hora, pero, después de encender un fósforo, y se apagara encendió un cigarrillo y volvió a acostarse. Había casi terminado de fumar cuando Gretta, despertando lentamente, se acercó más y le puso la cabeza sobre el hombro, con un suspiro de deleite y satisfacción. Él empezó a acariciarle el pelo revuelto.

—Querido, ¿dónde estamos? —preguntó ella soñolienta.

Bromeando, él dijo:

—Me sorprendes, Gretta. No lo has olvidado tan pronto, ¿verdad?

—¿Olvidado qué, querido?

—¿Quieres que te lo diga, después de todo?

—Sí, querido, quiero oírtelo decir.

—Que encontré a una muchacha que se llama Gretta y le pedí que se casara conmigo. Por sorprendente que parezca, ella me aceptó, pero sólo porque luché mucho para convencerla, y ayer por la tarde vinimos a este hotel, y ahora nos despertamos en medio de la noche.

—¿Quiénes se despiertan?

—Gretta y yo.

—¡Ah!, entonces todo está bien. Pensé que tal vez habías equivocado los nombres, y pensabas que esa despreciable criatura se había metido contigo en la cama. Si estás seguro, todo anda bien.

—Estoy seguro de Gretta —dijo él, pasando cariñosamente los dedos entre la espesa cabellera de ella—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—Sí —dijo ella con la inflexión de voz aguda y vibrante que a él le gustaba tanto

—. Hay algo más.

—¿Qué?

—¿Estamos real y verdaderamente casados, querido?

—Bueno, recuerdo que fuimos al juzgado y que llenamos todos los papeles necesarios, y que una señora de pelo gris nos entregó la licencia matrimonial y nos dió también un folleto impreso en tinta azul llamado *Lo que todos los recién casados deben saber*, que perdiste en el camino... el folleto, quiero decir, no la licencia; después de eso pasaron tantas cosas y con tal rapidez que realmente no puedo acordarme de haber hecho todo lo que debíamos hacer. Con todo, si a algún tipo molesto se le ocurre presentarse y decir que nuestro matrimonio no está consumado...

—¿No crees que es mejor dar por supuesto que hemos hecho todo lo necesario y que estamos real y verdaderamente casados?

—Si tú te arriesgas, yo también me arriesgaré...

—Entonces yo también me arriesgo, porque no concibo que hagas nada sin mí... ¡Nunca... a partir de ahora!

Glenn le dió un beso prolongado, sintiendo el cálido palpitar del cuerpo de ella entre sus brazos. Mientras estaban allí, acostados en la oscuridad, oyeron las melodiosas campanadas de un reloj en la noche nevada. Cuando el sonido se apagó, sintieron el silencio de la ciudad, y la noche invernal se cerró sobre ellos. Otra vez estaban solos en el mundo.

—Es la mitad de la noche, ¿verdad? —dijo Gretta con excitación—. Es tan maravilloso despertar así, en medio de la noche, cuando todos los demás duermen y el mundo es nuestro. Es como estar juntos en otro planeta. Me da el maravilloso sentimiento de saber que estoy casada contigo. El sentimiento más maravilloso que he tenido en mi vida.

—¿Aun en la oscuridad? —preguntó él bromeando.

—Sí, aun en la oscuridad..., en la negra oscuridad..., también cuando estoy con los ojos cerrados.

—Tal vez sea mejor que prendamos la luz, para que puedas ver con quién estás casada. Me sentiría horriblemente herido si pudieras sentir lo mismo por otra persona.

—No, no lo hagas. Sigamos un rato así. Sé que eres tú, querido. No podría ser nadie más en el mundo.

Acercándola aun más, él la acarició tiernamente, mientras yacían en silencio, en una dicha contemplativa. Cálida, ansiosa, entregada, Gretta suspiraba de felicidad.

—Querido, ¿qué ha pasado desde anoche? —murmuró—. Por favor, dime todo. Quiero saber todo.

—Bueno, te pusiste a dormir —dijo él con precisión.

—¿Y no me hiciste el amor mientras dormía?

—¿Cómo hubiera podido hacerlo? Yo también dormía.

—Yo no pensaba dormir..., no quería dormir. Quería seguir despierta, y hacer el

amor y no perder un solo minuto en toda la noche.

—No son más que las tres —dijo él—. Todavía nos queda buena parte de la noche. Y ahora estamos ya despiertos.

—Ahora no nos dormiremos hasta el alba, ¿verdad, querido? —dijo ella.

Él pudo sentir el roce delicado y delicioso de las manos de ella, que lo acariciaban.

—Si me pongo a dormir, tendré ganas de suicidarme mañana —dijo él.

Ella lo acarició con ternura amorosa, hasta que la sensación del contacto se extendió a todo el cuerpo de él. El movimiento de sus caderas y la suave presión de sus pechos se volvió insistente, persistente. Sin decir palabra, comprendieron que iban a volver a hacer el amor; después, buscándose ansiosamente, se unieron rápidamente en la forma íntima que preferían. Como había ocurrido desde su primer encuentro, el deseo parecía eterno, interminable, inagotable. Sin embargo, al final, arrebatados de excitación, descubrieron que el deseo se transformaba milagrosamente en dicha tranquila y feliz. Aunque el paso del tiempo hubiera sido breve o largo en sus conciencias, estaba siempre la realización, la satisfacción dichosa que seguía al amor.

Gretta, turbada por sus pensamientos, se movía inquieta en la cama.

—¿Qué te pasa? —preguntó Glenn.

—Quisiera haber ido a alguna parte a pasar la luna de miel —contestó ella, con voz atormentada y triste—. Siento que nos hayamos quedado en la ciudad en lugar de ir a otra parte. Me pediste que nos fuéramos y yo no te hice caso. No sé en qué pensaba. Quisiera que me hubieras tomado en brazos y me hubieras llevado lejos. También es culpa mía.

—¿Qué importa ahora? —preguntó él, procurando asegurarle era feliz donde se encontraba—. Yo estoy muy contento. No me importa donde esté con tal de estar contigo.

—Pero yo quisiera estar en otra parte —dijo Gretta abrazándolo y aferrándose a él, como asustada—. También es culpa mía. Nada más que mía.

—¿Por qué dices eso, Gretta? —preguntó él ansiosamente—. No te entiendo.

—Porque si nos hubiéramos ido, estaríamos ahora en otra parte y yo no habría tenido un mal sueño. Sé que no lo hubiera tenido... Lo he tenido porque no hemos ido a otra parte a pasar la luna de miel. ¡Oh, por qué no dejé que me llevaras lejos!

Él le acarició el pelo, tiernamente.

—Cuéntame, Gretta... ¿Qué clase de pesadilla has tenido?

—¡Oh, un sueño horrible, una pesadilla atroz!

—¿Cuándo sucedió eso?

—Ahora. No sé cuánto tiempo dormí, pero fue el suficiente para tener ese sueño horrible.

—Cuéntame cómo fue esa atroz pesadilla —dijo él ligeramente, procurando que ella no tomara la cosa en serio—. Tal vez yo pueda interpretarlo para ti y explicártelo

de manera científica, porque probablemente haya sido un buen sueño. Los sueños son una cosa muy curiosa. A veces los sueños significan lo opuesto de lo que ocurre en ellos. De todos modos, ¿cómo es posible que una hermosa recién casada como tú tenga un mal sueño? No parece lógico.

—No digas eso. No es necesario interpretarlo. Yo sé lo que quiere decir, porque era tan real, tan vívido... tan terrible. Tenía miedo de...

—¿Tenías miedo de qué? —preguntó él seriamente.

—No te lo quiero decir.

—¿Por qué no?

Ella guardó silencio un rato antes de contestar.

—Porque era un sueño tan atroz... Era horrible. Parecía tan real que todavía tengo miedo de que sea verdad... de que sea algo más que un sueño.

Glenn esperó pacientemente, esperando que ella contara sin necesidad de que él insistiera. Mientras yacía junto a ella, pudo sentir los movimientos nerviosos de sus dedos.

—Gretta, ¿soñaste conmigo? —preguntó finalmente—. ¿No estaba yo allí para protegerte?

—Sí, sí, tú estabas allí al principio... pero te fuiste... eso fue lo más horrible. Me dejaste.

—¿Por qué motivo te dejé? —preguntó él, más preocupado—. ¿Por qué me fui?

Gretta se aferró a él desesperadamente, apretando su cuerpo contra el cuerpo de él, como si sólo en esa forma pudiera saber realmente que él estaba allí, que no se había ido. Las manos de ella, agarradas del pelo de él, fueron dolorosas, pero él lo soportó.

—¿Por qué me fui? —insistió.

—Querido, nunca me dejarás, ¿verdad? —imploró ella. Él comprendió por el tono de voz que ella estaba atormentada por terribles pensamientos conscientes o inconscientes—. Nada de lo que haya pasado antes te hará hacer eso, ¿verdad? Nada de lo que ya sabes... nada de lo que no sabes... nada hará que me dejes, ¿no es así? Dime la verdad, por favor... ¡tienes que decirme la verdad! Tengo que saber... tengo que estar segura. No puedo vivir sin saberlo.

Él la sacudió suave y firmemente y la besó con ternura en la cara y en la frente. Gretta fue aflojando lentamente los dedos que se aferraban dolorosamente a la cabellera de él.

—Óyeme, Gretta —dijo él, con seriedad—. Creía que habíamos arreglado eso hacía tiempo. Te he dicho que nada podrá cambiar el cariño que te tengo. Tienes que creerme y no preocuparte más. No es bueno para ti..., no es bueno para nosotros. Si quieres, lo repetiré una y otra vez, tantas veces como sea necesario, pero tienes que dejar de preocuparte de esa manera y de inquietarte por algo que no puede pasar. Por favor, no sigas ya con eso. Estamos en luna de miel y no podemos permitir que nada nos haga desdichados.

—Ya lo sé —dijo ella—, pero, por favor, dilo una y otra vez. Quiero creerte, pero tengo que estar segura... y no puedo estar segura hasta que no lo crea profundamente. Aunque lo intente de todos modos, no puedo menos de tener miedo... y tengo miedo porque el sueño era tan real y tan aterrador.

—¿Cómo era el sueño?

—No te lo puedo decir.

—Sí, puedes, Gretta.

—Pero es tan difícil decírtelo...

—Gretta, hace poco más de doce horas que estamos casados, y creo que es hora de que empecemos a confiar el uno en el otro.

—Ya lo sé, querido, y quiero contártelo, pero...

—Gretta, adelante, cuéntame —interrumpió él.

Ella lo besó con pasión.

—Me dejabas..., decías que no querías verme nunca más en la vida. Esas eran tus palabras... ¡era horrible! Estábamos todavía en luna de miel. Estábamos aquí, en este hotel... en este mismo cuarto.

—Eso es una tontería. Bien sabes que estoy aquí.

—Pero en el sueño no..., en el sueño te habías ido.

—¿Por qué hice yo eso... en el sueño? —preguntó él—. Debe haber habido alguna razón. ¿Qué era?

—Porque yo hice algo..., una cosa..., algo que no debería haber hecho..., pero que no pude evitar. —Se revolvió nerviosamente entre los brazos de él, hasta que él la soltó. Después ella se incorporó y quedó muy tiesa, sentada en la cama—. Había otro hombre..., alguien que no eras tú. Y yo no pude evitarlo, esa es la verdad. Esa es la terrible verdad. —Su voz estaba estremecida—. ¡Dios sabe que no pude evitarlo!

Glenn permaneció allí, mirando la confusa silueta de la cabeza y de los hombros de ella, y preguntándose por qué se inquietaba tanto. Gretta estaba tan cerca que él podía haber tendido la mano y tocarla, para tranquilizarla y, sin embargo, a causa de la ansiedad que la embargaba, Gretta parecía estar muy lejos. Él esperó, perplejo y turbado, la explicación de lo que le costaba tanto trabajo decir.

—¿Entiendes? —exclamó ella con voz excitada, tensa—. ¿Entiendes?

—No, Gretta, no entiendo.

—No puedo evitarlo. Sé que no puedo evitarlo, ¡porque he querido tantas veces no hacerlo!... Docenas y docenas de veces. Pero siempre lo hago... una y otra vez. Empecé cuando era chica. Esa fue la primera vez. Es como un color que nos gusta..., azul, o amarillo, o rosado. Se convierte en una parte de ti y nunca podrá gustarte ningún color como tu color favorito.

—Sigue, Gretta —dijo él—, todavía no entiendo.

—Te he preguntado si el pasado contará alguna vez entre nosotros, si no hará que alguna vez dejes de quererme. Eso es muy importante, porque significa tanto para mí..., representa toda mi vida, significa que seré feliz o desdichada mientras viva.



Pero eso no es todo. Es una parte de todo. Por eso tengo tanto miedo...

—Pero ¿de qué tienes miedo?

—Lo que realmente temo es seguir..., haciendo lo que hacía, aun ahora que estoy casada y que te quiero tanto. Esa era la pesadilla..., yo seguía... y tú me dejabas. No es algo nuevo... ahora es parte de mí. Todo empezó hace mucho tiempo. Fue aquel hombre de quien te hablé..., cuando yo tenía diez años... él fue el primero. Pero no fue su culpa. Realmente no puedo culparlo. No me buscó, no me pidió nada, pero yo lo quise desde la primera vez que estuve a solas con él. Entonces empezó..., empezó de esa manera. Era en el verano... Lo recuerdo muy bien. Había habido una tormenta y el camino estaba lleno de charquitos. Yo llevaba el único vestido bonito que tenía. Era un vestido rosado, vaporoso, y yo lo llevaba con un gran moño blanco que se ataba a la espalda. Yo había estado en las clases religiosas dominicales de la iglesia del pueblo, y regresaba a casa sola. Mis padres habían muerto ya y yo estaba muy sola y quería encontrar a alguien que me quisiera y fuera cariñoso conmigo... Él dijo que yo tenía un vestido muy bonito y que yo era muy linda, y me convidó a comer sandía... No recuerdo mucho de él, fuera de que era muy bueno y parecía muy alto y sonreía, y dijo que en su casa tenía una sandía madura y fría, que sería muy lindo comer en aquel momento. Fuimos a su casa, y él se sentó a la mesa de la cocina, y comimos la sandía y reímos y bromeamos sobre todas las cosas. Nos ensuciamos los dedos de sandía y los frotamos en la cocina, contra todo lo que veíamos, y después los frotamos el uno contra el otro, hasta que quedaron limpios. Nos divertimos tanto, y él era tan simpático, que yo no tuve ganas de volver a casa, y me pregunté qué harían mis hermanos y mis hermanas si yo me quedaba allí y nunca más volvía a casa. Tomé la escoba y barrí todas las semillas de sandía que quedaban por el piso y después envolvimos las semillas y las cáscaras en un diario y las sacamos y enterramos todo en el jardín... Después volvimos a la casa y pasamos a otro cuarto. Él cerró las puertas y bajó las persianas y se sentó en la cama. Yo permanecí en el medio del cuarto sin saber qué hacer, y entonces él me dijo que me daría una moneda si me sentaba en el suelo y me sacaba las medias. Eran unas medias largas de algodón blanco y yo las tenía sujetas a la ropa interior con alfileres de gancho. Yo no sabía por qué él quería que me sacara las medias, pero era tan simpático y había sido tan bueno conmigo que yo quería hacer todo lo que él me pidiera. Me senté en la alfombra, como él me dijo que lo hiciera, y me quité los zapatos. Después, cuando me quité las medias, él me dió la moneda que me había prometido, y después me dijo que me daría otra moneda si me sacaba toda la ropa...

Glenn le apretó la mano, para socorrerla. Ella seguía sentada, tiesa y tensa, rehusando acercarse a él.

—Ya me has contado eso, Gretta —le recordó—; no es necesario que me lo cuentes de nuevo, o que te preocupes por eso. Yo entiendo. Ahora estamos casados y todo eso está en el pasado..., en un pasado lejano y distante. Dejémoslo allí quieto. No es necesario que te preocupes por algo que sucedió hace tanto tiempo. Además ya

me has contado todo lo que hay que contar. Olvidémoslo de ahora en adelante. ¿No quieres intentar olvidar?

—Pero no te he dicho todo —protestó ella rápidamente. Él sintió el temblor de la mano de ella, que tenía agarrada—. ¿No entiendes... que eso es lo malo? Todavía no te he dicho todo.

—Ya me has dicho bastante.

—No, tampoco es así. Yo te he hablado de otras cosas..., de otros hombres..., te he hablado de algunas de las cosas que he hecho, pero no de ésta. Por eso es tan horrible. Es lo que tú no sabes. Y tengo que decírtelo. Por eso tengo miedo que me dejes...

—No sé de qué estás hablando —dijo él, sorprendido.

—Ya sé que no lo sabes. Porque nunca te lo he dicho antes. Si lo hubiera hecho, las cosas no serían ahora como son, y no soñaría con eso como he soñado. Y, si te lo digo ahora, es posible que me dejes. Por eso tengo tanto miedo.

—Puedo decirte una cosa, Gretta —dijo él riendo un poco y esperando disipar el miedo de ella—. Es muy poco probable que yo quiera dejarte, pase lo que pase. Es una posibilidad tan remota que no creo valga la pena preocuparse en la primera noche de nuestra luna de miel. Digamos que es una imposibilidad y dejemos así las cosas. Yo estoy dispuesto a hacerlo, si tú también lo estás. ¿De acuerdo, Gretta?

Gretta empezó a llorar.

—No sé qué hacer. Alguna vez tendré que decírtelo, y tal vez sea mejor hacerlo ahora y terminar de una vez. Si espero, quizás más adelante sea peor. Pero tengo mucho miedo.

Sentándose junto a ella, Glenn la abrazó y la apretó, con cariño y ternura. Ella siguió tensa y distante.

—Gretta, arreglemos todo, desatemos los nudos, limemos las asperezas de una vez por todas —suplicó él—. No quiero que te sientas tan desdichada. No quiero que seas infeliz, por nada del mundo, en nuestra luna de miel. No está de acuerdo con la tradición. No es así cómo deben pasarse las lunas de miel. Y tampoco es el momento de llorar. Bueno, cuéntame todo. Háblame de esa cosa misteriosa que te preocupa. ¿Qué es?

Bruscamente, ella cesó de llorar.

—Querido... si te lo digo... ¿me prometes?...

—Prometo seguir queriéndote como siempre, y sabes cuánto te quiero. Tengo hacia ti todo el amor y toda la comprensión del mundo.

Glenn buscó los cigarrillos sobre la mesa de noche y encendió uno para cada uno. Ambos permanecieron silenciosos y meditabundos por largo rato, sentados en la oscuridad, fumando y mirando el rojo resplandor del tabaco que ardía.

—Tú eres médico y sabes mucho más que yo sobre ciertas cosas —dijo Gretta después de un rato, con voz deliberadamente tranquila—, pero creo que muy pocas mujeres han hecho lo que he hecho yo casi toda mi vida. —Se detuvo, como si

pensara cuidadosamente lo que iba a decir después—. De todos modos, algunas mujeres no lo hacen; eso es lo que me han dicho, y creo que es verdad. Yo soy una de las otras..., una mujer del otro tipo.

Él le apretó la mano, alentándola. Comprendió que ella respiraba rápidamente y que su cuerpo estaba ahora más rígido que antes.

—No me refiero únicamente a estar con un desconocido y sentarme en el suelo, y sacarme las medias y acostarme con él. Y pedirle después dinero..., monedas o dólares. Si eso fuera todo, la cosa sería distinta, o, por lo menos, yo creo que sería distinta. De todos modos, tú ya sabes esto, desde el principio hasta el fin, porque es lo que sucedió la primera vez que nos encontramos. Y además de ti hubo otros hombres. Todo eso ya lo sabes. Tú dijiste que todo eso era el pasado, y que lo dejaríamos en el pasado. Dijiste que podías perdonarme todo eso. Y yo te creo. Creo que es así, y quiero creerte, además. Eso no me preocupa ahora. Pero me preocupa algo especial que he hecho, y tengo que decirte qué es. Es la forma en que te he besado. La forma en que me puse de rodillas. Recuerdo que dijiste que era la primera vez que te besaban así... y de alguna manera pensaste que era la primera vez que yo besaba a un hombre de esa manera. Te dejé creerlo, porque tú quisiste creerlo, y porque tuve miedo de decirte que no era la primera vez. Y no lo era. Nadie sabe cuántas veces... yo...

Hubo un silencio eterno en el cuarto oscuro. Ninguno de los dos se movió por largo tiempo. Por la primera vez se sintieron como extraños, a pesar de estar juntos, y cada uno esperó que el otro diera alguna señal de reconocimiento.

—Gretta —dijo él bruscamente, y su voz parecía la voz de otra persona en la oscuridad—, sigue.

—¿Qué más puedo decirte? —exclamó ella, desesperada—. Ahora ya lo sabes todo. Ya te lo he dicho. No hay nada más que decir. Es algo que he hecho toda mi vida... desde que tenía diez años... con ese hombre que te dije...; ése fue el principio. Y no ha habido fin. Te digo que no hay fin. Desde aquella primera vez ha sucedido cada vez que estoy con un hombre..., con cualquier hombre. No puedo evitarlo. Es como tener sed y querer agua..., es como tener hambre y ansiar comer. Y por eso tengo miedo que suceda de nuevo... y sé que sucederá..., tiene que suceder..., no sé cuántas veces..., cuántos hombres... ¡y tú lo sabrás algún día y me dejarás! Oh, ¿por qué soy así? ¿Por qué tenía que sucederme a mí?

Glenn encendió la luz. No miró a Gretta, pero comprendió que la cara de ella estaba llena de lágrimas y que ella lo miraba con temor, preguntándose si él iba a vestirse y a salir del cuarto. Por largo tiempo permaneció junto a la cama, mirando sin expresión el suelo.

—¿Y eso fue lo que soñaste? —preguntó después, siempre sin mirarla.

—Sí —murmuró ella llorando—, esa fue la pesadilla.

—¿Fue realmente un sueño..., un sueño real, verdadero, o fue la manera que tuviste de decirme algo que no te atrevías a decirme en otra forma?

—¡Ambas cosas! —Gretta estalló en sollozos entrecortados—. ¡Por eso era tan horrible..., porque el sueño no era distinto de la verdad que yo sabía!

Levantándose de la cama, Glenn atravesó la habitación y tomó la botella de *whisky*, en parte llena. Sirvió un poco de *whisky* en uno de los vasos. Permaneció allí de pie y oyó a Gretta sollozar desesperadamente, echada de bruces contra la cama. En lugar de acercarse a ella e intentar consolarla de alguna manera, se dejó caer pesadamente en un sillón y empezó a beber el *whisky* a sorbos ávidos y nerviosos.

### 3

Dos semanas después, Gretta y Glenn se mudaron a un departamento de tres habitaciones que habían alquilado en la calle Laurel, y, cuando terminaron de decorarlo y amueblarlo, dieron una primera fiesta. Tal como lo habían planeado, la noche de la fiesta fue exactamente tres semanas después del casamiento.

Aunque Gretta no tenía intenciones de invitar a Dan Ewall, a Grady Stanton o a cualesquiera de los hombres que había conocido en la oficina, esperaba invitar a alguna futura fiesta, a varias de las muchachas que había conocido allí. De todos modos, había dicho a Glenn que a la primera fiesta invitarían únicamente a los amigos de él y a sus camaradas de la Clínica Médica. Aunque ella hubiera tenido amigos íntimos en Unionville, y hubiese querido invitarlos, el pequeño apartamento de tres habitaciones habría estado repleto con tanta gente, y, sobre todo, ella estaba ansiosa de conocer y hacerse amiga de los otros médicos y sus esposas. Mandaron invitaciones a dieciséis personas, y todas aceptaron rápidamente. Glenn llegó de la clínica a media tarde, para ayudar en los preparativos, y todo estuvo listo a eso de las cinco. Después sólo les quedó tiempo para cambiarse de ropa y prepararse a recibir a los primeros invitados.

Los primeros invitados llegaron poco después de las cinco y media, en aquella tarde helada, mientras un viento frío descendía del norte, desde las colinas nevadas, y media hora después estaban ya todos reunidos en la sala recientemente decorada, con su alfombra verde pálido, su sofá rojo enmohecido y sus sillones recién tapizados. Era la primera fiesta que Gretta había planeado, y estaba tan excitada y feliz que le era imposible quedarse quieta un momento. Tan excitada estaba que apenas oía, y mucho menos recordaba, los nombres de la mitad de los invitados que le presentó Glenn.

Como había mucha gente, algunos invitados estaban de pie, otros se sentaban en el suelo y unos pocos habían ocupado el sofá y los sillones. Pero todos hablaban alegremente y parecían divertidos.

Todos los médicos presentes estaban de una u otra manera asociados a la clínica, y el único soltero era Royd Fillmore, un clínico. Royd era un hombre alto y anguloso, de poco más de cuarenta años, con tupido cabello oscuro y una sonrisa habitualmente torpe. Estaba vestido como de costumbre, con un usado traje de franela, y llevaba una corbata marrón anudada al descuido. Con él había venido la enfermera supervisora, Norma Tanner.

Norma era una mujer grande, alegre, de voz grave, ya madura, que había visto ir y venir a muchos médicos, y que trataba a todos por igual. La mayoría de los médicos que permanecían cierto tiempo en la clínica, ya fuera como internos o formando parte del personal, aprendían bien pronto que Norma era alguien a quien no se podía tomar a la ligera dentro de la organización. Sus breves informes a la oficina gubernamental habían hecho que muchos buscaran trabajo en otros hospitales, donde la inspección

era menos estricta y precisa. Norma, que tenía cuarenta y tantos años, nunca se había casado, y no tenía intenciones de hacerlo.

Después de ser presentada a todos los invitados y de ayudar a Glenn a servir los copetines, y de servir ella los sándwiches que había preparado esa tarde, Gretta empezó a hablar con Royd Fillmore. Después procuró recordar si era él quien la había buscado, o si el incidente había sido casual, pero la excitación de la fiesta había sido tan intensa y se había distraído tanto que le era imposible recordar lo que había pasado exactamente. Tampoco podía recordar lo que se habían dicho al principio.

Pronto todos se dieron cuenta que Royd Fillmore había estado antes en otra fiesta, o que se había detenido un buen rato en el bar antes de venir, porque, poco después de su llegada, se puso notablemente comunicativo y apenas se sostenía sobre los pies. Norma Tanner trató de convencerlo que se sentara con ella en el suelo, pero él la empujó con rudeza, y dijo que tenía algo mejor que hacer. Fue en ese momento cuando tomó a Gretta del brazo y la apartó de los demás. Ella misma se sorprendió cuando se vió arrinconada y sin poder separarse de Royd.

—Esta fiesta marcha ahora por sí sola, Gretta —dijo él, tomándola por los brazos con fuerza—. Quiero que te sientes en el suelo a mi lado y que me acompañes. Estoy desolado y tú eres lo que necesito. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Nos ha presentado formalmente nada menos que ese dermatólogo de pelo parado con quien te casaste hace tres semanas. Pero, aunque no nos hubieran presentado formalmente, como corresponde, de todos modos me conoces lo bastante como para hablarme, ¿verdad? Recuerda hace dos meses, nena. Royd Fillmore. Médico. Soltero. Borracho. Hipocondríaco. Ambivalente. Electricista. ¿Te acuerdas de mí, nena?

Gretta miró la torpe sonrisa de la cara de él, recordando vagamente que lo había visto antes en alguna parte. Cuanto más lo miraba más segura estaba de que no era ésta la primera vez que se encontraban. Las insinuaciones de él eran demasiado familiares para que pudiera olvidarlas.

—Estoy segura de que usted es un médico muy brillante —dijo inquieta, procurando recordar dónde lo había visto antes.

—Esa charla fingida no me engaña —dijo él riendo—. No finjas, nena.

Se dejó caer pesadamente en el suelo y la arrastró junto a él. En cuanto ella se sentó junto a él, él se apoyó pesadamente contra su cuerpo y empezó a besarle el cuello y el brazo desnudo. Gretta, con decisión, lo apartó lo mejor que pudo.

—¿Te acuerdas de mí ahora, verdad, nena? —dijo él con tono de intimidación—. Si quieres que te refresque un poco la memoria, podría quedarme aquí, hablándote de muchas cosas. Y puedo hacerlo porque yo no me he olvidado. ¿Te acuerdas ahora un poco mejor, o quieres que siga?

—No, no es necesario —dijo ella inquieta—. Creo que nos hemos visto antes en alguna parte. —Trató de apartarse de él pero, brutalmente, él la tomó del brazo y la acercó.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en Unionville, doctor Fillmore? —dijo

Gretta, esperando que él cambiara de conversación.

—Hace unos tres años... y conviene que me tutees y me llames Royd. Tres años en una ciudad a la que no debía de haber venido. Es mucho tiempo para estar en una ciudad que no nos corresponde...; equivale a pasar el mismo tiempo con una mujer que tampoco es para nosotros. —Volvió a besarle el hombro—. La ciudad que no nos conviene es aquella en que la gente no simpatiza con nosotros y quiere que nos vayamos. Yo no me he equivocado todavía de mujer... ¿Sabes?

—Estoy segura que mucha gente simpatiza con usted.

Él le apretó el brazo con fuerza.

—Conocí a alguien que simpatizaba conmigo. Tú... ¿recuerdas?

—Seguramente nos hemos visto antes —dijo ella rápidamente, volviendo la cabeza para evitar la mirada de él.

—Muy bien. Y no hace tanto tiempo, ¿no es así, nena? —Le puso la mano en la mejilla y la forzó a volver el rostro hasta que no pudo menos de mirarlo. Él le guiñó entonces un ojo y ella vió que su torpe sonrisa aumentaba, insinuante.

—¿Recuerdas ahora? —dijo—. Fue hace unas seis semanas... ¿o quizás dos meses? Una noche de lluvia. Tomamos unos *whisky sours*. La cama estaba caliente. Realmente nos entendimos bien.

Gretta sintió que su cuerpo se ponía tenso.

—No entiendo de qué habla usted, doctor Fillmore. Creo que usted está equivocado.

—Diablos, no estoy equivocado, nena... estoy seguro —dijo él, haciendo una mueca y apoyándose pesadamente contra ella. Le pasó la mano por la pierna y sus dedos buscaron después el muslo y lo apretaron con confianza. Ella le hizo retirar la mano, esperando que los otros invitados no hubieran visto nada. Royd la miraba ahora atentamente, listo para sujetarla del brazo si ella quería irse.

—Nena, tú no puedes haberte olvidado del *Roundabout* tan rápidamente porque te has casado, ¿verdad?

Ella sintió de pronto un miedo terrible. En el *Roundabout* era donde había conocido a Glenn. Un mes antes de casarse. Miró rápidamente a través de la habitación para ver si Glenn la miraba. Toda la habitación parecía repleta de desconocidos que la miraban acusadoramente. Gretta en seguida volvió la cabeza para no ver.

—¿Te acuerdas ahora? —oyó preguntar a Royd.

—¿Te conocí allí? —preguntó ella con voz tensa.

—¿Recuerdas? —contestó él, frotando su codo contra el cuerpo de ella—. Nos encontramos en el *Roundabout*. Te convidé a tomar unas copas. Pasé la noche contigo. Te arreglé el cordón de la plancha eléctrica. ¿Es ya bastante o quieres que te recuerde algunas otras cosas que pasaron?

—No, no —contestó ella.

—Bueno, de todos modos yo no he olvidado. Te das cuenta que no me he

olvidado. Tal vez tú procuras olvidar. ¿Es así, verdad?

—Debes de estar equivocado —dijo ella rápidamente—; debes de estar totalmente equivocado.

—Nadie está equivocado aquí, nena. Ni siquiera tú.

—No quiero hablar más de eso —dijo ella bruscamente.

—Bien. Quedémonos aquí y recordemos... ¿eh?

Gretta intentó levantarse e irse, pero Royd la agarró del brazo y la sostuvo con firmeza. Ella estaba ahora segura de haberlo visto antes; más aún: aunque deseaba olvidar, recordaba exactamente todos los detalles de esa noche. Pocos momentos en su vida recordaba con más nitidez, con más claridad que aquel incidente. Había olvidado hasta ahora, pero a partir de este momento iba a quemar para siempre su memoria.

—Sigue pensando, nena —oyó decir a Royd—, y recordarás todo...

Había sido una noche fría y ventosa de invierno, cuando ella se sentía tan miserablemente desolada que hubiera preferido morir antes que quedarse en su cuarto, deseando la compañía íntima de alguien más que nada en el mundo. Como había ya hecho muchas veces, aquella noche, en lugar de regresar a su habitación en la calle Cedar, después de salir de la oficina, había ido al *Roundabout* y se había sentado en el bar esperando que alguien le hablara. Siempre había encontrado a un hombre que le dirigiera la palabra, desde la primera vez que fue allí, cuando encontró a un hombre llamado Mike Follett; y, aquella noche, habló con uno que dijo ser médico de la clínica: el doctor Royd Fillmore. Bebieron varios *whisky sours* en el bar y después él la había acompañado hasta su casa. Cuando llegaron al departamento, él había sacado el cortaplumas y había arreglado cuidadosamente el alambre de la plancha eléctrica. Ella le había agradecido que le compusiera la plancha, y él había dicho que estaba contento de tener oportunidad de arreglarla, porque desarmar y volver a armar instrumentos eléctricos había sido una manía suya por muchos años.

—Creo que ahora recuerdas perfectamente, ¿verdad, nena? —decía Roy ahora, bajando la voz e inclinándose hacia ella—. Probablemente recuerdas mejor que yo. Pero no hay por qué inquietarse. Te doy mi palabra. Sé guardar un secreto, nena, si se me da la gana. Este es el secreto de guardar secretos... querer guardarlos. Que esto quede en secreto... entre tú y yo. Lo único que ahora deseo es renovar nuestra amistad. La amistad es algo maravilloso. Nunca dejes de lado a un amigo. Nunca dejes que se vaya. Los amigos son difíciles de encontrar.

—¿Por qué has venido aquí esta noche? —dijo ella desesperada—. No debías haber venido.

—Me invitaron, nena. Naturalmente entendí que se deseaba mi presencia aquí.

—Naturalmente, fue un error, y si yo hubiera sabido...

—Ahora es demasiado tarde para retirar la invitación, nena.

—Podrías irte en seguida —dijo ella.

—Podría hacerlo, pero no lo haré.



—Por favor, vete —suplicó ella.

—Diablos, no me da la gana —dijo él, meneando la cabeza con decisión—. Me divierto aquí y pienso quedarme, nena.

Gretta miró enloquecida a los invitados que llenaban la habitación, preguntándose si sospechaban algo. No podía ver a Glenn entre tantas personas.

—Realmente, tengo que irme y ayudar a Glenn a servir más copetines —dijo ella ansiosamente—. Él me necesita. Por favor, déjame ir.

Royd la agarró del brazo.

—Un momento, nena. Tratemos este asunto como viejos amigos. Yo haré de mi parte todo lo posible. Es lo más decente. Ya sabes que no quiero crearte dificultades. Podemos arreglar la cosa para no hacer mal a nadie. Si hacemos eso no tendremos que preocuparnos. ¿Sabes por qué? Porque yo no tendré que hablar, quiero hacerlo. La cosa quedará entre tú y yo. ¿Qué tal, nena? ¿Hacemos trato?

—No sé qué quieres decir, déjame ir, por favor —suplicó ella—. Por favor.

—Bien, pero nos veremos. «Se encontraron una vez y se amaron para siempre», como quien dice. Así ocurre contigo, nena. No lo olvides.

Gretta se acercó a Glenn lo más rápidamente posible, y después fue a la cocina a buscar más hielo. Cuando estaba sacando el hielo del recipiente, Royd entró en la cocina. Permaneció de pie en la pequeña habitación, sonriendo. Ella se dió cuenta de que estaba allí y se enojó consigo misma por no haber hecho algo para impedir que la siguiera; fingió no verlo.

—¿Me engañaste, eh? —dijo Royd—. Creíste que ibas a esconderte de mí. Pero no te ha servido de nada. No te he quitado los ojos de encima en todo el tiempo.

Ruidosamente, ella hizo salir los cubitos de hielo del recipiente.

—¿Qué hay de nuestro trato, nena? —dijo él—. ¿Estás dispuesta a aceptarlo?

Ella procuró aún fingir que no lo veía: no lo miró y no le contestó.

Royd se acercó más y se apoyó sobre la mesa.

—Somos antiguos amigos, nena —dijo familiarmente—, tal vez no quieras reconocerlo, pero de todos modos es un hecho. Y, ¿por qué no podemos ser amigos? Lo bueno en los viejos amigos es que siempre se puede recomenzar en el punto en que se dejó, ¿no es así?

Ella esperaba poder salir de la cocinita antes de que él se le acercara, pero, bruscamente, él tendió los brazos y la estrechó con fuerza contra sí. Ella deseó que Glenn viniera en aquel mismo instante, y tuvo ganas de llamarlo, pero comprendió que su voz no iba a ser oída sobre el estruendo de voces de la sala.

—Quiero decirte algo, nena —empezó él, sujetándola firmemente. Ella sintió que las manos de él recorrían su cuerpo, que sus dedos oprimían la carne de sus caderas y la punta de sus pezones—. Toda muchacha que tiene algo de sangre en las venas tiene un pasado. Es una de las cosas de la vida que he descubierto aquí y allá, en mi juventud, y te aseguro que se trata de una investigación muy interesante.

Ella luchó desesperadamente para librarse de él. Royd, con la torpe sonrisa fija en

el rostro, esperó hasta que ella volvió a quedarse quieta.

—Tú bien sabes que toda muchacha con sangre en las venas tiene algo en su pasado, y sé que lo más atractivo para una muchacha es tener sangre en las venas. ¿Qué clase de pasado? No importa eso. Un pasado de uno u otro tipo. Es tan natural como el agua de la lluvia.

—No sé por qué hablas de esa manera —dijo Gretta, cerrando los ojos y meneando la cabeza—. No sé de qué estás hablando.

—¿Por qué tratas de hacerme creer que te confundo con otra persona? No estoy tan borracho. Además, recuerdo mejor cuando estoy borracho. Me ayuda a concentrarme. De las muchachas que tienen un pasado. Tú recuerdas todo tan bien como yo. El bar *Roundabout*. Una noche de lluvia. Tu apartamento. La cama caliente. Realmente, llegamos a conocernos bien. No puedes olvidar eso; no podrías olvidarlo, nena.

—Por favor —suplicó ella, luchando con toda su fuerza para librarse de él y de aquellos fascinantes recuerdos—. Por favor, déjame ir. Tengo que llevar el hielo a Glenn. Me está esperando.

—Vamos a hacer un trato, nena —sugirió él—. Ve y lleva el hielo. Después tendremos mucho tiempo para hablar del pasado y para preparar algo en el futuro. Te esperaré.

Royd, tambaleándose un poco, la vió salir de la cocina y acercarse a Glenn con el recipiente con cubos de hielo. Glenn, un poco fastidiado y en tono rezongón, le dijo que se había demorado mucho con el hielo, y ella, besándolo en la mejilla, dijo que lamentaba haber tardado tanto tiempo. Glenn la palmeó cariñosamente cuando ella se alejó.

Comprendiendo que Royd Fillmore la miraba con insolente persistencia, Gretta evitó cuidadosamente mirar en dirección a él y pasó de uno a otro invitado recogiendo los vasos vacíos y llevándolos a Glenn para que volviera a llenarlos. Royd se sentó en el sofá y siguió todos los movimientos de ella con su torpe sonrisa. Norma Tanner se sentó junto a él e intentó hacerlo hablar, pero él pareció no notar siquiera su presencia.

—Quisiera irme —dijo Norma al poco rato—. ¿Quieres acompañarme a casa?

Royd meneó la cabeza.

—No —dijo, apartándola con un gesto impaciente del brazo—, pienso quedarme aquí. No pienso irme justamente ahora, que empiezo a divertirme. Que te acompañe otro.

—Si quieres seguir un consejo —dijo Norma—, es mejor que te vayas ahora.

—No necesito tus consejos, ni los consejos de nadie.

Gretta se acercó a un grupo de invitados en el extremo del salón y empezó a hablarles. Se había acercado a ellos deliberadamente, para estar lo más lejos posible de Royd Fillmore. Después de unos minutos sintió que alguien estaba de pie detrás de ella, oprimiéndole su cuerpo de manera íntima. Gretta se volvió rápidamente y vió la amplia mueca sonriente de Royd. Antes de que ella pudiera apartarse él la agarró posesivamente del brazo y la atrajo hacia él.

—Tengo que hablar todavía contigo, nena —dijo, con un movimiento insinuante de cabeza—. Esa conversación que tuvimos hace un rato no es bastante. En primer lugar fue casi un monólogo. Pido perdón por eso. Esta vez te daré ocasión de hablar.

—Perdón, doctor Fillmore —protestó ella meneando la cabeza con rapidez—, pero estoy muy ocupada. Tengo que atender a los otros invitados...

—Nunca estarías demasiado ocupada para atenderme a mí, nena. Eso es lo que me dijiste una vez... ¿Recuerdas?

Temerosa de que él la comprometiera delante de todos los invitados si rehusaba acompañarlo, Gretta dejó que Fillmore la condujera al otro extremo de la habitación.

Inmediatamente, Royd la arrinconó contra la pared y, apretando su cuerpo contra el de ella, la obligó a mantenerse en aquella posición. Gretta vió que algunas personas miraban con curiosidad hacia aquel rincón, y comprendió que se preguntaban por qué ella permitía que Royd Fillmore hiciera una cosa semejante. Ella sabía que él había bebido de más, y deseaba, sobre todo, no provocar una escena molesta en la fiesta. Miró alrededor desesperadamente, esperando ver a Glenn, pero él no estaba a la vista.

—Hay una cosa que quiero saber —empezó Royd—. ¿Glenn está enterado?

—¿Enterado de qué? —preguntó ella enojada—. ¿De qué hablas? ¿Qué tiene él que saber?

Royd rió con sarcasmo.

—No puedes engañarme así —dijo—, sabes bien de qué hablo, nena. Pero no te

asustes tanto. Parece que temieras que se presentara un antiguo conocido y te hablara del pasado. Pero puedes dejar de preocuparte... No crees que yo soy capaz de andar por ahí, comentando tu pasado, ¿verdad?

—No estoy segura —dijo ella fríamente—. No sé qué clase de persona eres, ni siquiera sé si eres realmente médico de la clínica. Sin embargo, espero que seas un caballero.

—Un tema muy interesante. ¿Qué opinas tú? ¿Soy un caballero o no lo soy?

—En verdad, no podría contestarlo.

—Tú sabes muy bien qué clase de persona soy, médico o no, caballero o no caballero. Una muchacha inteligente, que pasa la noche con un hombre, generalmente llega a saber mucho sobre él. Tal vez llega a saber todo, si es bastante inteligente. ¿No es así? Pero no estuvimos toda la noche, ¿verdad? ¿Recuerdas? Me fui a eso de las tres de la mañana. Me pediste que me quedara toda la noche, porque no querías estar sola, pero yo te expliqué que no podía porque tenía que entrar a las seis en la clínica. Pero te compuse la plancha eléctrica antes de irme, ¿no es así? Y también hubo otra cosa. Te dejé un regalito sobre la mesa de noche, porque así me lo pediste. ¿Recuerdas eso?

Gretta lo abofeteó en la cara con toda su fuerza. Después lo empujó con ambas manos y se alejó de él antes de que pudiera detenerla. Furiosa, casi llorando, se acercó a Glenn.

Ignoraba cuantos invitados la habían visto abofetear a Royd Fillmore, pero sabía que algunos la habían visto, y, en unos pocos momentos, todos se dieron cuenta de lo ocurrido.

Súbitamente habían cesado todas las conversaciones. Los ojos de todo el mundo estaban fijos en ella.

Gretta, temblando y procurando contener las lágrimas, estaba de pie frente a Glenn, y él le preguntó qué había pasado. Con voz que era poco más que un murmullo, ella dijo que había abofeteado a uno de los invitados. Se apoyó contra su marido, buscando sostenerse.

—¿A quién? —preguntó Glenn en el silencio de la habitación.

—Al doctor Fillmore.

—¿Por qué? —preguntó entonces Glenn.

Ella meneó la cabeza, desesperada.

—Dime por qué, Gretta —insistió él.

—Por favor, no me hagas hablar de eso —suplicó ella.

Glenn la rodeó con su brazo.

—Debes de haber tenido buenos motivos para hacerlo —dijo tranquilamente.

—Sí —murmuró ella.

Royd se abrió paso en la habitación, empujando y codeando groseramente a todos sin disculparse, y sin hablar con nadie hasta que llegó a la mesa donde estaban Gretta y Glenn. Se apoyó en la mesa para conservar el equilibrio.

—Su mujer me ha abofeteado, doctor —dijo a Glenn en voz alta. La torpe sonrisa de su cara se había acentuado—. ¿Sabe usted lo que pienso hacer? Me iré de aquí. Siempre es necesario que me abofeteen para que me vaya. Es una sugerencia, ¿no es así, doctor? Imagine que le pasara a usted... ¿qué haría usted, doctor?

Glenn no contestó.

—Seamos bien educados y contestemos a las preguntas, doctor —dijo Royd bruscamente.

Glenn siguió guardando silencio.

—Parece que estuviera usted furioso conmigo, doctor.

Gretta había retrocedido y estaba de pie detrás de Glenn, cubriéndose la cara con las manos. Había murmullo de voces en la habitación.

—Vamos, Norma —llamó Royd en voz alta— vámonos de aquí. No nos quieren. Alguien está furioso contra mí por una u otra causa.

Guardando silencio, pero lanzando una mirada llameante a Royd, Norma Tanner recogió su tapado, su cartera, y se dirigió a la puerta. Royd había llegado ya hasta el centro de la sala cuando se detuvo y, manteniéndose en pie con dificultad, miró hoscamente alrededor.

—Gracias por la fiestita, doctor —dijo arrogantemente a Glenn—. Ya nos veremos.

Glenn, con el rostro inexpresivo, asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué pasa con Gretta? —gritó Royd con fuerza—. ¿De qué se queja? ¡Miren como esconde la cara! Y a ella no la han abofeteado, me han abofeteado a mí.

Uno de los otros médicos, Howard Winton, se acercó a Royd, lo tomó del brazo e intentó sacarlo de la habitación. Royd echó lejos a Howard con un movimiento del brazo.

—Royd —dijo tranquilamente Howard Winton—, tienes que irte ahora. No estás en condiciones de seguir aquí.

—¡Eh, cálese, doctor! —dijo Royd decidido—. No permito que me manden en esa forma. Todos somos de la misma profesión.

—Pero algunos de nosotros no nos comportamos como deberíamos hacerlo —dijo Winton.

Royd volvió a apartarlo.

—Doctor —gritó a Glenn—, ¿es que la dueña de casa no me permitirá que le dé las gracias por la fiesta? A usted no le agrada que ella sea grosera con uno de los invitados, ¿verdad? Pero ¿qué clase de reunión social es ésta? Ya está muy mal abofetear a un invitado, pero todavía está peor no dejar que un invitado agradezca por haber pasado una noche maravillosa... ahora o en el pasado.

Gretta no retiró las manos de la cara. Estaba tan turbada que hubiera querido desaparecer en el aire y no ser vista nunca más.

—Bueno, adiós de todos modos, Gretta —exclamó Royd, saludando con una mano hacia ella—, y también volveremos a vernos. Tal vez te encuentre una de estas

noches en el *Roundabout*.

Gretta ocultó la cara, apretándose contra Glenn.

—Adiós, amigo —dijo a Glenn en voz alta—. Porque somos amigos, ¿verdad, doctor?

—Sí, somos amigos, Royd —contestó Glenn—. Adiós.

—Eh, no quieras librarte de mí tan rápidamente. Así no se trata a un amigo. Me iré cuando se me dé la gana.

Esta vez Glenn guardó silencio.

—Bueno, ahora está mejor, amigo —dijo Royd—. Así hay que tratarse entre camaradas. Gente como tú y yo, que conocemos bien a Gretta, podemos ser los mejores camaradas. Ella nos ha convertido en amigos eternos, ¿verdad, doctor? Eso se lo debemos reconocer. Quiero agradecerérselo como merece. Y quiero también que tenga todo el dinero que desee. Cuando yo dormí con ella le di diez dólares. ¿Cuánto le diste tú cuando te acostaste con ella la primera vez?... ¿Diez dólares? Pero no me interpretes mal. No saques conclusiones. Hay que explicar algunas cosas. Ella es una muchacha muy bien. Es más que bien. ¿Cómo lo sé? Porque me dijo que lo que importaba no era el dinero sino la cosa en sí. Eso es muy importante, doctor. Es la clase de cosas que nos hacen detener y meditar. Las muchachas con principios me vuelven loco... ¿a ti, también? Las muchachas como Gretta. Ella es el mejor ejemplo que conozco. Es de mi tipo favorito... muchachas con principios y... ya sabes a que me refiero... con bastante sangre en las venas.

Glenn, con la cara roja de furia, casi se precipitó sobre Royd, pero varios hombres se interpusieron. Norma Tanner arrastró a Royd hacia la puerta, y entre Howard Winton y Pat Ramsey rápidamente lo sacaron del departamento. Los tres pelearon brevemente en el pasillo antes de que Royd fuera sacado a la calle.

Corriendo hacia el dormitorio, Gretta procuró no llorar hasta que estuvo lejos de todos. Tres de las esposas de los médicos la siguieron a la habitación y cerraron la puerta.

En la sala nadie dijo una palabra, hasta que regresaron Howard Winton y Pat Ramsey. Habían esperado a que Norma se alejara llevando a Royd en su auto.

—Realmente, es la cosa más vulgar y grosera que he visto hacer a un médico —comentó alguien—. Estoy sorprendido de que Royd Fillmore haya perdido el control de esa manera. No me parece que eso le sirva mucho para el futuro. En realidad, me parece que acaba de cerrarse el futuro. Por lo menos en la clínica. Lo lamento por él, pero lo que hizo aquí esta noche es inexcusable. Por brillante que sea un médico, una cosa así basta para arruinar una carrera.

—En este mismo momento puede decirse que Royd ha salido de la clínica —comentó otro de los médicos—. Lo sucedido aquí esta noche ha sido el toque final. Está terminado. Completamente terminado. ¿Se fijaron en Norma Tanner mientras ocurría la escena? Yo la miré. Me di cuenta perfectamente de lo que pensaba. Esperemos el próximo informe que dará a la oficina gubernamental.

Glenn estaba más preocupado por Gretta que por el futuro de Royd Fillmore, y por eso salió de la sala y se encaminó al dormitorio. Las tres mujeres trataban de consolar a Gretta, pero nada de lo que podían decir o hacer producía efecto tranquilizador en ella. Estaba echada de bruces en la cama y sollozaba desesperadamente, como si nada pudiera consolarla. Las mujeres esperaron hasta que Glenn les hizo una seña, entonces recogieron rápidamente sus abrigos y sus carteras y salieron a la sala.

Por un rato, Glenn pudo oír voces apagadas en la otra habitación, después en unos minutos, oyó que se cerraba la puerta de la calle. Reinó entonces un silencio total, y él se sentó en el borde de la cama y atrajo a Gretta a sus brazos. Como un niño asustado, ella le echó los brazos al cuello y se aferró a él desesperadamente.

—Gretta —dijo él después de un tiempo, hablando con ternura—, dime algo, por favor. Eso te hará bien.

Ella sacudió la cabeza, como enloquecida.

—Por favor, Gretta —dijo él—, ¿no quieres oírme?

—No puedo —exclamó ella con desesperación—, no puedo dejar que me hables. Ni siquiera me atrevo a mirarte de nuevo.

—Pero no puedes seguir así —dijo él pacientemente—, quiero ayudarte. Soy tu marido, Gretta.

Ella meneó una y otra vez la cabeza.

—Mírame, Gretta.

—No puedo, no puedo.

—Pero debes mirarme, porque yo te lo pido. No ha pasado nada grave. No debes prestar atención a lo que dijo aquí ese imbécil borracho. Por favor, no lo tomes así. La cosa no merece que se la tome tan en cuenta. Además, nadie creerá una palabra.

—Alguno creerá... siempre hay alguien que cree esas cosas.

—Yo no lo creo —dijo él con vehemencia—. ¿Me oyes, Gretta? Yo no lo creo.

Ella se acurrucó agradecida entre sus brazos, aferrándose a él con toda su fuerza.

—Pero es verdad —sollozó, mientras su cuerpo temblaba con violencia—, es verdad. Todo lo que dijo es verdad. Absolutamente todo. Por eso es tan horrible. Quisiera estar muerta.

Él apoyó la cara contra la cabellera de ella y besó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—No debes decir eso —ordenó.

—Pero es verdad... es verdad...

—No me importa que sea o no sea verdad —dijo él cariñosamente—, eres mi mujer y te quiero. ¿Quieres mirarme, por favor, Gretta?

Oprimiendo contra él su cara empapada en lágrimas, ella sollozó:

—No puedo, no puedo... soy mala... mala...

Glenn, estrechándola entre sus brazos mientras ella lloraba, no dijo nada durante largo rato.

Después, como si hablara consigo misma, ella dijo:

—¿Por qué soy mala? No quiero serlo. —Un estremecimiento convulsivo sacudió su cuerpo—. Nunca he querido ser mala. Oh, ¿por qué lo soy?

—Yo conozco toda tu vida, Gretta —murmuró él—, y te entiendo. Por favor, sigue hablándome... no te detengas ahora. Ya sabes que te quiero.

—Pero ¿cómo es posible... cómo puedes...?

—Porque te he querido desde el primer momento y porque quiero quererte ahora y porque pienso seguir queriéndote. Para mí ese es el sentido de mi amor por ti.

—Aunque lo que él ha dicho sea verdad... ¿aunque sepas que lo que él dijo es verdad?

—No me importa lo que dijo. Únicamente me importas tú... porque eres mi mujer.

—Entonces no puedo decir nada... porque lo que él dijo es verdad.

—Hay algo que puedes decir, Gretta.

—¿Qué?

—Puedes decir si me quieres.

—Todavía deseas que... ¿aun después de lo que él dijo?

—Naturalmente que lo deseo.

—¿Real y verdaderamente dices eso, querido?

—Real y verdaderamente, Gretta.

Ella se oprimió más contra él y lo acarició desesperadamente por largo rato. Glenn le besó el pelo y la nuca, y ella se ruborizó, bajo las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—¡Querido, te quiero... te quiero! —exclamó con fervor—. De verdad... de verdad.

—Entonces no llores más, Gretta —murmuró él, acariciándole el cabello—. Todos se han ido ya. Estamos solos. Ya no hay nadie.

—Eso es lo único que deseo de ahora en adelante... estar sola contigo, querido. No quiero ver nunca más a nadie... no quiero ir nunca más a una fiesta... no quiero que nadie venga aquí. —Le miró la cara, con aire interrogativo—. Querido, ¿podrá ser así? Por favor, dime que puede ser así.

—Todo será como lo deseas, Gretta. Ahora, lo que ambos deseamos es estar solos y juntos, y lo estamos. Olvida todo lo demás.

Él sintió que ella temblaba.

—Pero, y... ¿y lo que él dijo... todas esas cosas horribles?

Glenn la sacudió levemente.

—No me importa lo que haya dicho. Royd Fillmore estaba borracho. Nadie presta atención a lo que dice un hombre que está tan borracho como lo estaba él.

Como incapaz de liberar su mente del recuerdo, ella se sentó tiesa, sacudiendo la cabeza, como en un trance. Estaba pálida y tenía la cara llena de lágrimas.

—Pero lo que dijo es verdad. ¿No entiendes? Todo lo que dijo es verdad. Y no



puedo evitarlo. Oh, Dios, no puedo evitarlo... no puedo...

—Tal vez entonces haya sido verdad, pero ahora no lo es —dijo Glenn con calma—. Y ahora todo es diferente, Gretta.

—Y tú no vas a... tú no vas a dejarme...

—Claro que no voy a dejarte, Gretta. Sácate eso de la cabeza. Puedes contar con eso. Y también puedes estar segura de que te quiero.

—Pero ¿las cosas que dirá la gente... los comentarios de todos los médicos de la clínica... y de todas las mujeres... sus esposas?

—No tiene importancia, eso es todo. No me importa lo que diga nadie. Únicamente me importas tú... y lo que tú dices.

Ella se acercó a él con una suave exclamación de agradecimiento y dicha.

—Querido, ¿quieres que te diga algo?

—Sí —dijo él—, pronto, dilo.

—Te quiero, querido... ¡te quiero!

Tres días después de la fiesta del sábado en casa de Gretta y Glenn Kenworthy, cuando los invitados todavía comentaban y murmuraban, Royd Fillmore presentó su renuncia indeclinable a los jefes de la Clínica Médica. Tal como esperaba, su renuncia fue aceptada en seguida. Además, los jefes de la clínica sugirieron que se retirara de inmediato. Royd limpió su escritorio, empaquetó sus libros de medicina y salió del edificio poco antes de mediodía.

Aun antes de que esto ocurriera, todos los empleados de la clínica, enfermeras, técnicos y médicos por igual, sabían que la comisión directiva había decidido unánimemente reunirse la tarde anterior, principalmente en base a un claro informe de Norma Tanner, para pedir a Royd que renunciara, inmediatamente, en caso de que él no hiciera el gesto por su propia cuenta. Él había renunciado a la mañana siguiente, enviando una amarga nota de recriminación, echando la culpa de su comportamiento a algunos miembros no nombrados de la institución. Además, en conversaciones privadas con algunas enfermeras, Royd había afirmado abiertamente que algunos miembros de la clínica, entre los que se incluían Glenn Kenworthy y Norma Tanner, estaban envidiosos de su capacidad, y que habían utilizado el incidente de la fiesta para obligarlo a renunciar.

En los tres días previos a la renuncia, Royd había evitado a sus colegas, y había cumplido silenciosamente con sus deberes en la clínica, con aire sombrío y preocupado. Todos notaron que hasta su grosera sonrisa había desaparecido. Casi todos sabían que aquella era la tercera vez en diez años que Fillmore se veía obligado a renunciar a su cargo en una institución médica. La primera vez ocurrió cuando era interno en un gran hospital de Filadelfia; la segunda vez cuando era asistente de un conocido cirujano de Boston. Los tres incidentes provenían del hecho, del cual él era absolutamente consciente, pero incapaz de dominar, de que era vacilante, poco seguro y malo en su profesión. A causa de su soledad, debida en gran parte a su incapacidad para tener amigos, Royd se refugiaba en fugaces aventuras amorosas y en prolongadas borracheras.

—Gracias a Dios —exclamó una de las enfermeras de más edad, cuando corrió por la clínica la noticia de la renuncia de Royd—. Si hubiera vuelto a pedirme que me acostara con él, habría olvidado que es un médico y lo hubiera abofeteado. Dios sólo sabe a cuántas enfermeras ha perseguido para que se acostaran con él... probablemente a todas. Estoy segura que convenció a algunas que dormir con él formaba parte del aprendizaje de enfermeras... y las idiotas le creyeron, porque querían creerle. Además, últimamente se presentó dos veces a tomar servicio apestando a bebida. Tuve que encerrarlo en su oficina para que no anduviera paseándose así por las salas.

Año tras año las numerosas aventuras amorosas de Royd habían sido más raras y menos satisfactorias, y se emborrachaba con más y más fuerza. Conocía bien sus

debilidades, pero sólo podía encontrar consejo en sí mismo, y su voluntad era lo bastante fuerte para sostenerlo. A veces había estado tan deprimido que había llegado a convencerse que el único motivo que tenía para seguir viviendo era el placer de destruirse.

El martes por la tarde, cuando Glenn regresó a casa, contó a Gretta la renuncia de Royd Fillmore.

Gretta pareció algo tranquilizada y levemente interesada, aunque no tranquila del todo, cuando Glenn terminó de contarle lo ocurrido. No volvieron a mencionar a Royd, pero ella no podía dejar de pensar en lo que los invitados habrían dicho sobre ella después de la humillante escena de la fiesta. No había visto a nadie fuera de Glenn desde el sábado a la noche, y sentía que nunca iba a tener fuerzas para volver a presentarse en público. Secretamente, deseaba que Glenn hubiera renunciado a su cargo en la clínica en lugar de Royd, para poder irse a alguna ciudad desconocida, a miles de kilómetros de distancia, y empezar de nuevo la vida donde nadie supiera quién era ella ni de dónde provenía.

Aquella noche, después de comer, Glenn le preguntó si quería ir al cine. Sumergida en sus pensamientos, ella no contestó en seguida. Después, cuando vio que su marido buscaba el periódico de la noche para ver la cartelera de los cines, comprendió lo que Glenn hacía y le arrebató el diario.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza con decisión y poniendo el periódico fuera del alcance de él—. Por favor, no salgamos. No vayamos a ninguna parte. Prefiero quedarme en casa. No podría estar con otra gente.

—Pero hace tres o cuatro días que estás encerrada en el apartamento, Gretta —suplicó él, esperando hacerla cambiar de idea—. Cuando estemos en el cine te alegrarás de haber ido. Estoy seguro. ¿Por qué no eliges tú la película que prefieres ver?

—No —dijo ella rápidamente. En su rostro apareció una expresión turbada—. ¡No quiero... no puedo!

Entonces él no intentó hacerla cambiar de idea, y se acostaron más temprano que de costumbre. Se desvistieron de prisa y permanecieron abrazados en silencio durante mucho rato. Después, y siempre sin hablar, Gretta empezó a acariciarlo como si tuviera miedo de que aquella fuera la última vez que estaban juntos.

Luego, antes de dormirse, Gretta empezó a llorar bajito. Él le acarició el pelo cariñosamente.

—¿Qué te pasa, Gretta? —preguntó.

—Nada, querido, nada —murmuró ella.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Porque soy feliz.

—¿Qué te hace tan feliz?

—Soy feliz porque te tengo.

—Pero ya hace tiempo que me tienes. Me tuviste durante un mes antes de

casarnos, y ahora hemos estado casados casi otro mes.

—Pero no como ahora. No en la forma en que estamos ahora.

—¿Qué diferencia hay?

—Es difícil decir en qué consiste la diferencia. Es que me siento tan segura de tenerte... que nada me importa después de esto. Es como siempre me he querido sentir... como me siento ahora.

Al día siguiente, poco después de mediodía, Royd Fillmore se presentó inesperadamente en el apartamento de la calle Laurel. Glenn estaba en la clínica y Gretta estaba sola. Todavía llevaba las chinelas y el salto de cama que se había puesto aquella mañana al levantarse para preparar el desayuno.

No tenía idea de quién podía llamar a la puerta, hasta que abrió y vio a Royd de pie, con una expresión sombría y torva en la cara. Olía fuertemente a *whisky* y daba la impresión de no haber dormido en toda la noche.

Demasiado sorprendida para dar un portazo y atrancar la puerta antes de que él se moviera, Gretta lo miró atónita; Royd la hizo a un lado y entró en la sala. Llevaba un grueso sobretodo oscuro, una bufanda rojo brillante y guantes de cuero. Como de costumbre, no llevaba sombrero.

—Déjame que te cuente para qué he venido —dijo él, con voz monótona, mientras caminaba de un lado a otro, inquieto—. Supongo que quieres saberlo.

Conteniendo el aliento, Gretta esperó en silencio.

—He venido a pedirte disculpas —dijo él siempre con voz monótona—, es lo único decente que puedo hacer. He querido hacer una cosa decente y por eso he venido.

Cerrando la puerta, Gretta lo miró con desconfianza. Él siguió caminando de un lado a otro, con pasos rápidos y nerviosos.

—Lamento mucho la forma en que me porté —afirmó él, sin mirarla directamente. Se acercó a la ventana y miró el día gris y sombrío—. Lo siento y es verdad, y quiero que me creas. No sé qué más decirte, fuera de que quisiera que me perdonaras.

—No es necesario que hagas esto —dijo ella rápidamente, esperando convencerlo que se fuera en seguida.

—Para mí es necesario —dijo él bruscamente.

—Bueno, entonces... —Gretta vaciló.

Él se apartó de la ventana y la miró con el ceño fruncido.

—Así es, Gretta. Para mí es necesario. No podía irme de la ciudad con ese remordimiento.

Gretta seguía de pie, y no tenía intenciones de decir a Royd que se sentara. Él se quitó los guantes y la bufanda y los metió en uno de los bolsillos del sobretodo. Pudo ver que la miraba con algo de su grosera sonrisa y súbitamente una sensación febril la envolvió. Miró alrededor de la habitación, como si esperara encontrar allí el modo de escapar. Royd la miraba con intensidad.

—No te asustes tanto, Gretta. No tienes nada qué temer. No he venido a violarte. —La grosera sonrisa se extendió por su cara mientras se desabrochaba el sobretodo—. Te explicaré qué pienso. Tengo una filosofía que me da buenos dividendos. ¿Quieres que te explique en qué consiste esa filosofía?

Tiesa y aterrada, ella no contestó.

—Bien —dijo él—, te lo diré de todos modos. Creo que primero hay que ganar el corazón de una mujer, y después dejar que la naturaleza siga su curso. A veces da resultado. Y, cuando da resultado, paga los mejores dividendos. ¿No lo sabías?

Gretta lo miró con una expresión que no revelaba nada.

—Todos los que hacen una grosería como la que yo hice deberían disculparse —dijo con un pronunciado movimiento de cabeza—. Así es la ley, o debería ser así. De todos modos, hice una grosería muy grande. Por eso he venido. He venido a ofrecerte una gran disculpa. Obedezco una u otra ley, sea la que fuere. Vas a dejarme que me disculpe... ¿verdad?

—Ha sido amable que vinieras antes de salir de la ciudad —contestó ella inquieta—, pero será mejor que vuelvas más tarde, cuando Glenn esté aquí. Llegaré a las cinco.

Royd rió de la seriedad de ella.

—Vamos, Gretta, no seas tan seria y tan formal. Tranquilízate. Hace tiempo que echamos por la ventana las formalidades entre nosotros, y no creo que vuelvan. Sé buena y tranquilízate.

Después de observarla unos momentos, Royd se quitó el sobretodo y lo colocó cuidadosamente sobre un sillón. Después se sentó en el sofá tapizado de rojo, extendió cómodamente las piernas y miró el reloj.

—¿A las cinco? —preguntó levantando las cejas—. Todavía es temprano. A las cinco ya me habré ido. A esa hora ya no pienso estar en la ciudad. ¿No harías lo mismo, Gretta, si estuvieras en mi pellejo?

Ella hizo una leve señal de asentimiento.

—Pero hay algo que quiero decirte —afirmó él, mirándola fijamente—, hay algo que podría hacerme cambiar de idea. —Moviendo la cabeza de arriba a abajo, significativamente, añadió—: Una cosa, Gretta... ¿no quieres saber qué es?

Temerosa de lo que él podría decir si lo alentaba, Gretta guardó silencio.

—¿No eres curiosa, Gretta? —preguntó él, sonriendo.

Ella siguió sin contestar.

—Bien —dijo él con firmeza—. Te la diré de todos modos. Cambiaría mis planes instantáneamente, como un relámpago, si encontrara alguien que quisiera que me quedara en la ciudad. ¿Crees que hay alguien que desea que me quede en Unionville? Piensa bien antes de contestarme. Dime la verdad absoluta. No te equivoques.

—No sé —dijo ella cerrando más su salto de cama. Había estado de pie todo el tiempo y de pronto sintió que ya no podía mantenerse de pie. De repente se sentó en un sillón—. Te aseguro que no lo sé —dijo claramente.

Divertido por el tono seco de ella, Royd se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Tal vez lo sabes y tienes miedo de decirlo.

Gretta, mordiéndose los labios nerviosamente, no hizo comentarios.

—Bueno, ¡qué diablos! —dijo él encogiéndose de hombros con indiferencia—. Piensa un poco. Tienes tiempo.

—No es necesario —protestó ella.

Sin darse por enterado de la respuesta, Royd encendió un cigarrillo.

—Para recordar los buenos tiempos, Gretta —propuso— ¿no crees que deberías ofrecermelo un trago? Ya no debo ir a la clínica. He renunciado, ya lo sabes. O debes saberlo, porque todo el mundo está ya enterado en esta ciudad. El pelo duro de tu marido no es capaz de ocultarte una cosa así. De todos modos, la cosa no hubiera corrido más si la hubieran puesto en los titulares de un diario. La noticia ha cundido tanto que es como para pensar que la gente tenía ganas de oírla, y que han corrido por las calles anunciándola a grito pelado, como si fuera el fin de una guerra de cuarenta años, o la próxima venida de Jesucristo, o algo por el estilo. —La miró fijamente—. ¿Me convidas con un trago, Gretta?

Ella no mostró estar dispuesta a hacer lo que él le pedía.

Él la miró con resentimiento.

—Tal vez lo ignores, pero no me gusta que me rechacen cuando ofrezco un trago, o cuando lo pido.

Cuando comprendió que ella no prestaba atención a lo que él decía, Royd se levantó y fue hasta el armario donde Glenn guardaba los vasos y las botellas. Abrió la puerta del armario, echó *whisky* en un vaso y lentamente regresó al sofá.

Mirando su reloj, Gretta vió que eran solamente las tres, y que faltaban dos horas para que Glenn regresara a casa.

—Aquí está la gran disculpa de la que te hablaba, Gretta —dijo él, levantando el vaso con un gesto premeditado—. Realmente no creíste seriamente que viniera a disculparme cuando me presenté, ¿verdad? Creías que tenía otras ideas, ¿no es así? Bueno, te engañé. La otra noche me porté muy mal en tu fiesta, y ahora lo lamento. ¿Me perdonas?

Sin esperar la respuesta de ella, Royd bebió el *whisky* y colocó luego el vaso vacío sobre la mesa. Encendió un cigarrillo y volvió a reclinarse contra el sofá.

—No sé qué me pasó el sábado a la noche —comenzó a decir, frunciendo el ceño—, tal vez estaba celoso. Probablemente fue eso. Y todavía lo estoy. Muy celoso. Nadie sabe nunca lo que pueden ser los celos hasta que los experimenta, cuando se apoderan enteramente de uno. Yo lo sé muy bien. Y soy lo bastante sincero y valiente para reconocerlo. No quiero que seas de Glenn Kenworthy. Te quiero para mí. —La miró atentamente durante varios minutos—. Así es. Es como te digo. Te quiero. Tal vez no te necesitaba tanto antes que fueras de otro, pero ahora te necesito más que a nada. Por eso he venido realmente aquí..., si es que ya no te has dado cuenta. Claro está que me he disculpado, tenía que hacerlo. Pero hay algo mil veces más importante que eso.

En el otro extremo del cuarto, rígidamente sentada en el borde de la silla, Gretta guardaba silencio.

—Has oído lo que he dicho, ¿no es verdad? Entiendes lo que quiero decir, ¿no es así? Si no entiendes, puedo presentarte las cosas con mucha mayor claridad.

Ella asintió con una ligera inclinación de cabeza.

—Deja que te cuente de qué estoy hablando, Gretta —dijo él, inclinándose hacia adelante, y apoyándose en las rodillas—; he pensado mucho en ti últimamente... desde la noche en que te encontré, hace dos meses. Eres el tipo de muchacha que un hombre no se puede sacar de la cabeza cuando llega a conocerla de la manera que yo te conocí aquella noche. Así ocurre con algunas muchachas... y tú eres una de ellas. Todo lo que ellas hacen, deja una impresión duradera... cositas insignificantes, como encender un fósforo, o la forma en que te apartas el pelo de la cara. No importa qué sean esas cosas, pero se unen a algo grande y duradero. Pero si tuviera que recordarte por algo especial, sería por esa manera que tienes de sentarte en el suelo, de sacarte las medias... y de acercarte después, de rodillas. Nunca olvidaré eso. Tal vez todas las muchachas tengan una forma de hacer las cosas de manera especial, diferente de las demás... pero eso no me interesa ahora. Lo único que me importa es lo que tú haces. De todos modos, mientras yo no hacía más que pensar en ti, tú te casaste con ese genio de pelo hirsuto. Eso no me gustó... —Se detuvo, con ojos inquisidores, brillantes, fijos—. Si creyera que tú ibas a ser amable y amistosa como fuiste la primera vez, no me iría de la ciudad. Me quedaría a tu lado. Ahora ya sabes lo que pienso de ti, Gretta.

Comprendiendo todas las implicaciones, Gretta sacudió la cabeza, como enloquecida.

—Por favor, ¡no digas eso! ¡No puedes quedarte ahora en Unionville! ¡No puedes quedarte!

—Pareces muy excitada, Gretta —dijo él sorprendido—. ¿Qué te pasa?

—Quiero que te vayas y nos dejes solos —suplicó ella—. Por favor, vete. Tienes que irte.

Royd se miró las manos y cruzó los dedos nerviosamente. Aunque ella sentía ahora piedad por él, deseaba con toda su alma que se fuera. Sin mirarla, Royd empezó a hablar de nuevo.

—Eso no es muy amable, Gretta. No se puede decir así a una persona que se vaya de la ciudad. Es doloroso.

—No puedo evitarlo. Siento las cosas así. Tengo que pensar en mí misma.

Él la miró, con un lento y deliberado movimiento de cabeza.

—No hablaste así aquella noche que pasamos juntos, Gretta. ¿Recuerdas todo? Llovía. La cama estaba caliente, Realmente llegamos a conocernos bien. Entonces no decías que querías que me fuera. Decías que estabas sola y que yo podía verte siempre que se me diera la gana. Y lo decías seriamente. Me diste el número de la oficina donde trabajabas para que te llamara por teléfono. Dijiste que te encontrarías conmigo en el *Roundabout*, en tu apartamento, en el mío, en cualquier parte. Eso es lo que dijiste, Gretta. ¿Recuerdas ahora? ¿No lo decías acaso en serio, Gretta?



—¡Eso es cruel! —exclamó ella. Se cubrió la cara con las manos—. Por favor, deja de atormentarme así. Es demasiado cruel. No puedo soportarlo.

Él la miró varios minutos antes de decir nada más.

—Lo único que hago es recordarte cómo eran antes las cosas. Entonces no parecías enojada. No decías que yo era cruel. Todo te gustaba. Lo decías, además.

Gretta empezó a sollozar.

—¿Por qué me haces esto?...

—Hay una manera de terminar con todo en seguida —dijo él—. Es una manera rápida y segura. Lo único que tienes que hacer es decir que no quieres que me vaya.

—¡Nunca podría decir eso... nunca! ¡No quiero que te quedes! ¡Eres cruel... cruel!

Royd se levantó y caminó lentamente hasta el otro extremo del cuarto. Se detuvo junto a la ventana, silencioso y desdichado, y miró a las sombras de la tarde en la calle cubierta de nieve. Mucho rato después se volvió y la enfrentó de nuevo.

—No quería decir nada que te hiriera, Gretta. No quiero hacer eso. Lo único que quería decirte es que no he olvidado lo maravillosa que fuiste aquella noche, y que te necesito ahora. Tal vez una mujer pueda olvidar esas cosas, si quiere olvidarlas, pero un hombre no puede hacerlo. Y yo tampoco quiero olvidar. No olvidaré mientras viva.

Levantándose de golpe del sillón, Gretta corrió hasta la puerta.

—¡Por favor, vete! —gritó—. Por favor, vete... no te quedes ni un minuto más. ¡Por favor!

Abrió la puerta y permaneció allí de pie, esperando que él se fuera en seguida. Pero Royd atravesó la habitación a grandes pasos, cerró la puerta de golpe y dió vuelta a la llave. Después, agarrándola de un brazo, sin prestar atención a sus lágrimas y a sus protestas, la arrastró hasta el sofá, en el otro extremo de la habitación. Allí ella luchó hasta que ya no le quedó fuerza; después, exhausta y abandonada, cayó sobre el sofá.

—Estás turbada por lo que hiciste la primera vez que te encontré, Gretta —dijo Royd después de un rato—, y yo me porté muy mal al mencionarlo en público, pero te he pedido perdón, y lamento la cosa. Ahora estamos solos, sin embargo, y nadie se enterará nunca de lo que digamos aquí. Puedes estar segura de que nunca lo repetiré a nadie.

Gretta meneó la cabeza de uno a otro lado, esforzándose para no oír lo que él decía.

—Deja que te diga por qué no debes estar turbada, Gretta —prosiguió él—. Todas las muchachas aceptan que los hombres les hagan regalos. Es algo natural. Aceptan comidas. Bombones, Flores. Cigarrillos. Perfumes. Joyas de vez en cuando. Alguna vez una piel, alguna vez un automóvil. Algunas veces se hacen pagar el alquiler. Una cosa aquí, otra cosita por allá... Se hace siempre, en todas partes. Hasta se han escrito capítulos en los libros de etiqueta social enseñando a las muchachas a aceptar graciosamente los regalos, y cómo agradecerlos amablemente. Y bien sabes que no se puede decir que una muchacha sea mala porque ha recibido regalos... ¿verdad? Claro está que no. Por eso no debes avergonzarte de que yo te haya hecho un regalo. ¿Qué importa que haya sido en dinero? Para el caso, es lo mismo.

Royd la rodeó con su brazo y le hizo volver el rostro hacia él. No dijo más hasta que ella volvió a abrir los ojos.

—Gretta, imagina que me quedo en la ciudad, que no me voy después de todo. Imagina también que te hago un regalo cada vez que te veo. Cualquier cosa que desees, o dinero.

Ella estaba ahora enojada y quería decirle lo que pensaba de cualquier hombre que hablara de la manera en que él estaba hablando, pero sabía que iba a procurar no dirigirle la palabra. Si ella hablaba lo menos posible, tal vez él iba a cansarse y a irse. Gretta cerró con fuerza los ojos.

—Bien, si esa es tu respuesta —dijo él después de esto—. Voy a irme de la ciudad y quisiera llevarte conmigo. Si tú no quieres que me quede, yo quiero llevarte conmigo, Gretta. ¿Entiendes?

Ella trató de soltarse y apartarse de él, pero él la sometió nuevamente, con toda su fuerza.

—¿Qué te parece eso, Gretta?

—Estás completamente loco —dijo ella, todavía sorprendida por la propuesta—. Estoy casada con Glenn, lo quiero y pienso quedarme a su lado.

—Claro que ahora estás casada con él —dijo Royd, riendo—. Pero nadie puede cambiar tanto como tú pretendes haber cambiado. Hace dos meses fuiste muy cariñosa conmigo. Te acuerdas bien que fuiste muy cariñosa. ¿Eso no significa nada para ti, ahora? Si eres sincera y dices la verdad, reconocerás que me dijiste que yo podía tenerte cuando se me diera la gana. Y lo dijiste muy claramente. Por eso estoy

ahora aquí. Te necesito, Gretta.

—Entonces, he cambiado —dijo ella duramente—. Por favor, vete y déjame en paz.

—No —afirmó él, moviendo enfáticamente la cabeza—. Ahora no me iré. Quiero que te quedes aquí, a mi lado, y que oigas lo que tengo que decirte. Tengo que hablar contigo. Tengo que hablar con alguien y prefiero que seas tú antes que otra persona. Yo no soy hombre de decidir algo importante y dejar después que me derroten con argumentos. Y esto es importante, Gretta. Muy importante.

—No sé de qué estás hablando —dijo ella—. Y tampoco quiero saberlo.

Royd sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y silenciosamente le ofreció uno. Ella sacudió la cabeza. Él encendió un cigarrillo y ruidosamente exhaló el humo sobre sus cabezas.

—Óyeme, Gretta —suplicó después—. Deja que te explique de qué estoy hablando. Y hablaré muy claramente, para que no me digas que no entiendes. Te quiero; te necesito. Tú eres la única persona en el mundo que puede ayudarme ahora, y te necesito para mi propio bien. Naturalmente he sido egoísta, pero ha sido porque sabía lo que quería y lo que necesitaba. Ya sabes qué es lo que anda mal conmigo. Bebo demasiado. Soy inquieto. No tengo hogar. Necesito una mujer. Necesito hijos. Te necesito. No puedo seguir como he andado hasta ahora... aunque me vaya de Unionville y empiece a trabajar en otra parte. No daría resultado. Todo acabaría otra vez mal, como ha acabado tres veces mal en los últimos diez años. Conozco mis debilidades... las conozco tan bien que sé qué debo hacer para curarlas. Se necesita inteligencia para conocerse bien, y yo soy inteligente. Lo que hago es aplicar la inteligencia para conocer mi mal, del mismo modo que la aplicaría en el tratamiento de un enfermo.

Hizo una pausa y la miró, suplicante. Gretta permaneció impassible, incommovible.

—Gretta, necesito un verdadero cambio en mi vida, una nueva vida, algo que me inspire. Podríamos irnos a alguna parte y establecernos, y te aseguro que conseguiría buena clientela. Sé que puedo conseguirla, porque tengo práctica y experiencia. Siempre se necesitan buenos clínicos, y yo soy un buen clínico. Puedo hacerlo si me ayudas. Pero tendrás que estar a mi lado... solo no podré tener éxito. Tú eres la única... tú y nadie más. Puedo hacerte feliz... te lo prometo. Nunca he olvidado la noche que pasé contigo... es lo único que deseo de ahora en adelante... tú eres lo único que deseo, Gretta. Tú, y nadie más en el mundo. Es la pura verdad. ¿Quieres venir conmigo?

—Has perdido el juicio... estás loco —dijo ella bruscamente.

—No, no estoy loco. Soy humano, eso es todo. Nadie que te desee como yo te deseo... nadie que te quiera como yo te quiero, podría estar loco.

—Tú lo estás.

Sonriendo, él dijo:

—Sí, estoy loco... por ti. Y estoy contento de estarlo. ¿Quieres venir conmigo,

Gretta? Glenn Kenworthy no te querrá como yo te quiero. No tiene la misma capacidad. ¿Quieres venir?

—¡No, naturalmente que no!

—¿Sabes qué estás diciendo?

—Sé muy bien qué estoy diciendo —dijo ella vivazmente—. Lo sé más que bien.

—¿Y realmente hablas en serio?

—Naturalmente.

—¿Y no vendrás conmigo?

—No.

Dejándose caer con desesperación entre los mullidos almohadones del sofá rojo herrumbre, Royd guardó silencio un largo rato. Permaneció allí, con los ojos bajos, mirando sin ver la alfombra verde pálido. Después de un rato, con un suspiro de desconsuelo, deshizo el cigarrillo en el cenicero.

—Algo debe de andar mal en alguna parte —dijo, con un movimiento solemne y desesperanzado de cabeza—. Siempre he oído decir que si un hombre era capaz de probar a una mujer que la amaba más que ningún otro hombre en el mundo, ella dejaría todo para irse con él. Te he probado que te amo más de lo que nadie te ama, y, sin embargo, no dejas a ese Glenn Kenworthy y te vas conmigo. Uno de nosotros está equivocado y confundido. Debes ser tú: yo no lo estoy.

—No quiero hablar más de eso —dijo Gretta preocupada—, no quiero oírte hablar más de eso. No dejaré a Glenn por nada del mundo... y puedes estar seguro de que no lo dejaré por ti. Es tan simple que cualquiera puede entenderlo.

—Está bien, entonces —dijo Royd brutalmente. Inmediatamente se sentó muy tieso—. Entonces todo está arreglado. Pero voy a agarrarte y llevarte a la fuerza. Voy a secuestrarte, ¿entiendes? Te pondré en mi coche y nos iremos lejos. Será la manera de tenerte, si insistes en portarte como te estás portando. No temo a las consecuencias, y no creo que nunca las temeré. Estoy desesperado, Gretta.

—Llamaré a Glenn por teléfono. Eso te detendrá.

—No te dejaré acercarse al teléfono.

—Hay cosas que no pueden hacerse, Royd Fillmore.

—Esta no es una de esas cosas.

—Gritaré. Alguien me oirá y te detendrá.

Él rió.

—Gritar no servirá de nada. La gente creerá que es alguien en la radio. ¿Qué hará la gente si tú gritas?... Nada. Hoy en día la gente está acostumbrada a oír gritos de mujeres en la radio. Es un efecto muy frecuente.

Gretta lanzó una mirada hacia la puerta, preguntándose si tendría tiempo de abrirla y escapar antes de que Royd la detuviera. Pero él se desplazó hacia ella y la agarró con fuerza del brazo.

Mirándolo a los ojos sin miedo, Gretta meneó la cabeza, con confianza.

—No temo tus amenazas, Royd Fillmore. No harás nada de lo que dices. No te

atreverás a hacerlo. No lo harás porque sabes que te agarrarán. Alguien te detendrá.

Lentamente él volvió la cabeza, vencido por el seguro desafío de ella.

—No, creo que no lo haré —dijo resignado—. Tienes razón, Gretta no tengo valor. Me gustaría tenerlo. Si tuviera valor...

Royd la soltó y se cubrió la cara con ambas manos. Permaneció allí sentado, solo y desdichado, con el estremecido cuerpo inclinado hacia adelante.

—Si tuviera valor... —repitió.

Cuidadosamente, Gretta se apartó de él y se sentó en el otro extremo del amplio sofá, preguntándose siempre qué podía hacer. Temía que, si intentaba consolarlo, él se aprovechara de su actitud compasiva y procurara sacarla a la fuerza del apartamento. Eran cerca de las cuatro y faltaba una hora para que Glenn regresara a su casa.

Después del largo intervalo de silencio en la habitación, Royd dejó caer las manos que le ocultaban la cara.

Ella vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. No intentó secarlas.

—Está bien, Gretta —dijo con voz abyecta, casi inaudible—. Has ganado.

Ella esperó, sin atreverse a mirarlo.

—He procurado convencerte que te fueras conmigo, y no lo he logrado. Te he suplicado, y todo ha sido inútil. He procurado asustarte para que me siguieras, y tampoco sirvió de nada. ¿Qué más puedo hacer? Tú no quieres venir conmigo. Quieres seguir aquí. Estás decidida. Comprendo. Es muy simple... condenadamente simple.

Permanecía allí sentado, cruzando y entrecruzando lentamente los dedos. El crepúsculo invernal empezaba a invadir la ciudad y los colores y las formas de los muebles de la sala empezaban a confundirse.

—Sí, todo es muy sencillo —prosiguió él—; después de esto ya no puedo esperar nada. Estoy golpeado. Derrotado. Deshecho. ¿Para qué sirvo? Oh, basta ya. No me habría importado que me echaran de la clínica si te hubiera tenido conmigo. Contaba con eso. Eso me mantenía vivo. Esa esperanza. Ahora ya no la tengo. Todo se ha ido, ha desaparecido... como un puñado de polvo en el viento. Me han echado de la clínica y no te tengo. Si me voy solo e intento rehacer mi carrera en alguna parte, no me servirá de nada. La cosa no durará mucho, de todos modos. Terminaré en un fracaso... como aquí... y la próxima vez el fracaso vendrá mucho más rápidamente. Empezaré a beber otra vez... quiero decir, seguiré bebiendo, porque jamás he dejado de beber. Empezaré a compadecerme de mí mismo. No podré ocuparme de los enfermos. Lo sé. Descuidaré a mis enfermos. Eso es algo que un médico no debe hacer. Está en la ética de la profesión. Ya me conozco bastante bien... demasiado bien... después de los diez años que he ejercido como médico. Es inútil que intente engañarme por más tiempo... que trate de tomar actitudes desdeñosas, cuando sé profundamente que estoy liquidado... que soy un fracasado, que he buscado mi fracaso. ¿Sabes que no hay fracasado más grande que el que busca su fracaso?

Bueno, tengo que irme. Pero ahora sólo puedo irme de una manera. Y, como no quieres ayudarme, tengo que hacer las cosas a mi manera.

Se volvió y miró a Gretta que estaba sentada en el otro extremo del sofá.

—Ya no puedo hacer nada por mí. Gretta. Nadie puede ayudarme. Estoy acabado. Terminado. Ni tú podrías ayudarme ya, aunque quisieras hacerlo. Estoy al fin del camino. ¡Adiós, doctor Royd Fillmore!

Poniéndose pesadamente de pie, como si estuviera muy fatigado, atravesó lentamente la habitación hasta el sillón en donde había dejado su sobretodo. Recogió el pesado sobretodo como si fuera una carga necesaria, que estaba forzado a llevar. Después, sin decir una palabra, se dirigió al cuarto de baño. Un instante después la puerta fue cerrada con gran violencia.

Gretta había esperado tensamente durante varios minutos, preguntándose cuánto tiempo iba a permanecer Royd en el cuarto de baño, cuando oyó el ruido de un disparo. El eco se deshizo contra las paredes de la sala, una y otra vez; finalmente ya no se oyó nada.

Comprendiendo bruscamente lo que había pasado, Gretta se puso de pie. Mientras permanecía allí, temblando de miedo y de incertidumbre, el ruido seguía resonando ensordecedoramente en sus oídos. De alguna manera, por encima de todo, oyó un cuerpo que caía pesadamente en el cuarto de baño.

Atolondrada corrió hacia la puerta y la golpeó con fuerza. No hubo respuesta. Ella golpeó ahora con los puños cerrados, pero Royd no contestó. Después Gretta abrió la puerta cuidadosamente, aterrada, y vió el cuerpo tendido como una masa informe sobre el suelo de baldosas blancas. El pesado sobretodo había caído sobre uno de los lados de la bañera, y había un revólver al lado. De cierta manera, la bufanda de lana roja de Royd había escapado del bolsillo del sobretodo, y yacía junto a él sobre las baldosas blancas.

—¡Royd! —gritó ella con toda sus fuerzas—. ¡Royd!... ¿Qué has hecho?

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, en la luz que se iba lentamente; lo primero que recordaba es que había corrido hasta el teléfono. Excitadamente, llamó a Glenn. Pasaron varios minutos antes de que él viniera al aparato, y ella estaba demasiado aterrada para decirle qué había ocurrido. Lo único que pudo decirle fue que viniera en seguida a casa... porque había sucedido algo horrible... ¡que viniera lo antes posible!

Después de esto, se dejó caer pesadamente en el suelo junto al teléfono, sin recordar nada más, hasta más tarde, cuando abrió los ojos y vió que Glenn estaba inclinado sobre ella. Gretta empezó a llorar bajito, mientras él le preguntaba si se encontraba bien. Aunque trató de convencer a su marido de que así era, lo único que Gretta pudo hacer fue sonreírle agradecida.

Transcurrió una semana desde el suicidio de Royd Fillmore en el cuarto de baño del apartamento de la calle Laurel, y en el curso de aquellos siete días, como de acuerdo con los grises días sin sol del invierno, Gretta y Glenn fueron sintiéndose más y más tristes y deprimidos. La atmósfera alegre y despreocupada de los comienzos de la vida matrimonial se volvía ahora cada vez más siniestra y sombría.

Después de la tragedia de la muerte de Royd, pocas veces se entregaron ya a la alegría espontánea, que se producía antes por cualquier frase trivial sobre el tiempo, o sobre la conducta desvergonzada de alguna paciente en la clínica, o sobre los curiosos ruidos producidos por una pareja de recién casados que vivían en el departamento de arriba. Los ataques de risa, que habían sido una ocurrencia casi diaria desde que se casaron, y que a veces habían llegado a durar hasta una hora... unas risitas de niña, que se apoderaban de Gretta como estremecedoras convulsiones cuando preparaba el desayuno, cuando hacía el amor o cuando leía un libro... todas desaparecieron de su vida, como si Gretta ya no fuera Gretta, y se hubiera transformado en una desconocida que tenía su mismo nombre. Silenciosa y tristemente, ambos lamentaban y echaban de menos la alegría de vivir y la dicha que habían perdido.

Pero, por lo menos, el suicidio no se comentaba ya en los diarios. En cambio, Gretta y Glenn estaban siempre conscientes del fantasma que pesaba sobre sus vidas. Primeramente, estuvieron los groseros interrogatorios de la policía, después el sometimiento angustioso a las fotografías que tomaban todos los periodistas, y por último, finalmente, e inevitablemente, el abatimiento consiguiente a toda la historia. Muchas veces, pensando sola y sin atreverse a hablar de la cosa a Glenn, Gretta se preguntaba si el precio de la felicidad era siempre tan elevado.

El apartamentito, que Gretta había decorado y amueblado con tanto cuidado y devoción, y que al principio había parecido demasiado pequeño para contener su amor ilimitado, lenta y continuamente se transformaba en una prisión para el cuerpo y para el espíritu. Algunas veces leyendo, otras sentados, escuchando la música de la radio, Gretta y Glenn permanecían noche tras noche en el salón, ambos cautelosos y asustados, constantemente temerosos de llegar adonde podían llegar si expresaban sus pensamientos, mientras una deprimente atmósfera de desesperación invadía gradualmente cada rincón de su hogar. Ambos sabían que podían decirse muy pocas cosas que no trajeran el recuerdo amargo del motivo de su desdicha. Sólo en la cama, abrazados en la consoladora oscuridad nocturna, lograban escapar a las devastadoras consecuencias.

Pero inevitablemente llegó un momento en que, no pudiendo arrojar de su mente aquel miedo atroz, Gretta suplicó una vez más a Glenn que le dijera sinceramente si él era realmente capaz de perdonar y olvidar la vida que ella había llevado antes del matrimonio.

—No tenemos que hablar más de eso, Gretta —dijo él procurando tranquilizarla

—. Todo eso ha pasado ya.

—Por eso es tan importante —dijo ella, sentándose en la cama— precisamente porque ya ha pasado y yo no puedo olvidarlo. Si se tratara de algo que pudiera ocurrir en el futuro, sería diferente. Pero sucedió, y eso es el pasado. No podré olvidar mientras no esté segura...

Él trató de hacerla acostarse a su lado, pero ella rehusó moverse de donde estaba.

—Tendremos hijos, Gretta... muchos hijos. Entonces no tendremos tiempo de preocuparnos de nosotros. ¿Por qué no empezamos ahora mismo?

—No —dijo ella con voz decidida—, ahora no. No puedo tener hijos, ni siquiera un hijo, hasta que no esté segura de que nunca volverá a ocurrir algo parecido.

—Es poco probable que una cosa así suceda dos veces.

—Pero puede suceder.

—¿Por qué no puedes estar segura de ti misma?

—Porque hubo otros hombres, no sólo Royd Fillmore. Hubo otros, muchos otros. Ni siquiera recuerdo ahora los nombres. Pero eso no importa; hay otros, y alguno tal vez puede hacer algún día lo que hizo Royd Fillmore... meterse en mi vida y entonces, aunque yo trate con toda mi voluntad de ignorarlo o de olvidarlo, todo esto volverá a ocurrir. Y no podría soportarlo, ni siquiera una sola vez. Y hubo tantos hombres en mi vida antes de conocerte... tantos, tantos...

—Todas las muchachas han conocido a muchos hombres. Eso no es nada raro. Yo también he conocido a muchas muchachas antes de encontrarte.

—Pero no todas las muchachas hacen lo que yo hice.

—¿Qué quieres decir?

—Pedir dinero... suplicar que se lo den. Hacer cualquier cosa para conseguirlo.

—¿Por qué lo hacías, Gretta? No tenías necesidad. Habrá habido otro motivo.

—Por eso no me entiendo. No lo sabía entonces y todavía no lo sé ahora. Era algo que no podía evitar. A veces creo que fue lo que hice cuando era chica, muy chica. Entonces me sentía sola y tenía necesidad que alguien me quisiera, me hablara, se interesara en mí. El hombre de quien te hablé parecía entender las cosas del mismo modo. Me admiró, me habló, me dijo que era hermosa. Desde entonces, cuando me he sentido sola y desdichada, lo he recordado y he pensado en el dinero que me dió, y he deseado que alguien me dijera cosas maravillosas, de la misma manera que él me las dijo. Pero ¿por qué repito esto...? ¡Ya te lo he contado todo!

—¡Tal vez te haga bien volver a contarme eso cuantas veces quieras! Tal vez esto nos ayude más que todo lo que podamos hacer.

—No estoy tan segura —dijo ella con voz triste—, quizá fuera mejor no haberte dicho nunca nada. Ahora temo que no puedas perdonarme. Eso ningún hombre podría hacerlo, ningún hombre puede perdonarlo a su mujer... pese a que lo quieras con toda tu alma.

—Tal vez se necesite tiempo, Gretta, pero te probaré que, mientras yo viva, no tendrás que preocuparte por nada que haya sucedido antes de casarnos. Hasta que te



convenzas, recuerda que esa es mi promesa.

Ella entonces se acostó junto a él, y su cuerpo temblaba mientras lloraba desesperada. Glenn la apretó cariñosamente, le acarició el pelo y le besó la cara llena de lágrimas. Había ya pasado la medianoche cuando ella se quedó dormida entre los brazos de él; él permaneció aún una hora despierto, pensando en la oscuridad.

En el transcurso de la semana pasada, Glenn había cumplido con sus deberes en la clínica con el conocimiento seguro de que, si bien no existía una enemistad declarada o aparente de parte de las enfermeras y de sus compañeros, había de todos modos una decidida reticencia en torno a él. No era cuestión de algunos incidentes aislados; podía advertir cierta frialdad, una manera deliberada de evitar su compañía en los corredores, en las salas y en los salones de conferencias. Lo más evidente era el hecho de que muchos compañeros se mostraban menos y menos dispuestos a hacerlo participar en las bromas y juegos diarios, que él estaba tan acostumbrado a oír. Hasta las estudiantes de enfermera, que antes eran amistosas y coquetas en su presencia, tendían ahora a mantenerse distantes y a no hablarle. Únicamente los enfermos, cuyo interés principal en la vida era recobrar la salud y salir de la clínica lo más pronto posible, le hablaban con abierta espontaneidad.

Un día, al final de la tarde, Howard Winton, el patólogo más antiguo de la clínica, se presentó en la oficina de Glenn y cerró la puerta tras de él. Howard y su mujer, Mary, habían estado presentes en la fiesta dada por Gretta y Glenn, y hacía muchos años que Howard y Glenn eran amigos. Howard era un hombre alto, de cabello gris y prominente bigote oscuro, varios años mayor que Glenn. Después de sentarse y cruzar cómodamente las piernas, Howard encendió un cigarrillo. Aunque estaba prohibido a las enfermeras el fumar durante las horas de servicio, muchos médicos fumaban detrás de las puertas cerradas de sus oficinas.

Howard y Glenn permanecieron inmóviles, a pesar de tantos años de amistad y de intimidad, mirándose interrogativamente. Ninguno de los dos había demostrado ser abiertamente hostil hacia el otro, pero ambos eran conscientes de que una notable tensión se había desarrollado entre ellos en los últimos días. Cuando se habían cruzado en los corredores o en las salas, ya no entablaban la fácil charla a que se entregaban habitualmente cada vez que se encontraban.

—Hace bien sentarse a descansar un rato —dijo Howard, aspirando profundamente—. Él día ha sido largo.

Glenn hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—¿Cómo están sus enfermos dermatológicos, doctor?

—Mejorando... espero.

—No parece usted demasiado preocupado por sus pacientes, doctor.

—Profesionalmente lo estoy... no en otro sentido.

—Comprendo —afirmó Howard.

Se miraron interrogativamente unos momentos.

—Oye, Glenn —dijo Howard hablando súbitamente con naturalidad—, ese asunto fue atrocemente sórdido, ¿verdad? Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo fue —contestó Glenn en seguida. No podía dudar a qué asunto se refería Howard Winton—. Sí, Howard, fue atrocemente sórdido.

—Ha sido una desdicha, Glenn. Una gran desgracia. Lamento que precisamente tú te hayas visto envuelto en eso. Mejor dicho, lamento que tu mujer haya estado complicada en el asunto, porque tú eres sólo un testigo más o menos inocente.

Después de esto, Howard guardó silencio un largo rato. Mientras permanecía allí, fumando y mirando por la ventana, en aquel crepúsculo invernal, hacia el jardín lleno de nieve, las arrugas de su frente se fueron pronunciando más y más en la habitación confusamente iluminada. De vez en cuando meneaba lentamente la cabeza, como si reprobara al mundo, amable y firmemente, por todos los males que sufría la gente.

—La ciencia médica progresa todo el tiempo... en verdad, todas las ciencias progresan —afirmó Howard—. Es lamentable que las relaciones humanas no avancen de la misma manera. Las relaciones humanas, aparente y perversamente, se han detenido. Quizá tengamos que tomar medidas para ponerlas a la par en este estadio de la evolución, dedicando el pensamiento y el estudio a una cosa tan simple como la vida en común. Naturalmente, hablo como si la vida en común fuera una cosa muy simple. En realidad, es algo embrolladamente complejo. Dios sabe que no hay en el mundo nada más complejo que el ser humano.

—Quizá —contestó Glenn.

—No pareces muy entusiasta con mis teorías sobre la raza humana.

—Hablas generalidades, Howard. Yo pienso en algo que está muy cerca.

—Ya lo sé, Glenn —dijo el otro comprensivamente, volviéndose desde la ventana y contemplando la realidad que lo rodeaba—. Siempre lo he sabido. Simplemente no sabía cómo llegar al tema. Sé exactamente lo que sientes y lamento que sufras tanto. Me refiero a la segunda parte, claro está. Eso fue lo terrible. Me refiero al hecho de que Royd Fillmore fuera a tu departamento y se suicidara allí. La primera parte fue bastante mala, pero lo que vino después fue mucho peor. Si Royd se hubiera matado en otra parte... pero no lo hizo. Ese periodismo sensacionalista que buscan todos los diarios... y esos horribles retratos tuyos... de tu mujer... de los demás... hasta tomaron una fotografía del osito que tu mujer tiene sobre su cómoda... eso solo puede hacer daño a cualquiera... —Se detuvo y volvió a mirar por la ventana—. Espero no ser impertinente, Glenn; creo conocerte bastante como para poder decir ciertas cosas. Yo sé que si me encontrara en el mismo embr...

—¿Has estado alguna vez en el mismo embrollo, Howard?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes saber lo que siento?

—Soy hombre. Tengo una mujer. Entiendo.

—Sí, supongo que entiendes —asintió Glenn—. Adelante y dílo, Howard. Algunas cosas hay que decirlas tarde o temprano, y prefiero que me las digas tú y no otro. Hay charlas y chismes de un extremo a otro de la clínica. Lo sé, pero ignoro qué se dice.

—¿Estás seguro de que quieres que te lo diga, Glenn?

Glenn asintió:

—Sí.

—Bueno, hace ya varios días que pienso en el asunto, y todavía no sé cómo todo esto irá a afectarte personalmente, Glenn. Es un asunto muy delicado para que la mente humana pueda analizarlo con certeza. No existe una ciencia exacta para las especulaciones humanas... todo es cuestión de conjeturas y de especulación. De todos modos, lo que quiero decir es esto: ¿qué efecto tendrá todo este asunto en tu matrimonio y en tu carrera profesional? Estoy seguro que esas son las dos cosas más importantes de tu vida. ¿Tengo razón?

Glenn asintió gravemente.

—Tienes razón.

—No se trata, Glenn, de que el efecto sea bueno o malo. Sabemos que no puede ser bueno. Lo importante ahora es saber hasta qué punto puede ser malo finalmente. Pero ¿quién lo sabe? ¿Quién es capaz de saberlo? Yo no. No tengo bastante sabiduría para contestar una pregunta tan difícil. Sin embargo, al pensar en todo el asunto, hay un pensamiento que vuelve una y otra vez.

Howard se detuvo, incierto, tecleando nerviosamente con los dedos de una mano contra la palma de la otra.

—¿Qué es? —preguntó Glenn.

—Glenn, no puedo menos que pensar en cómo tu mujer se metió tan profundamente en todo esto. Ninguno de nosotros se sorprendió demasiado ante el comportamiento de Royd Fillmore en la fiesta, ni siquiera nos sorprendió su gesto final. Todo esto encajaba dentro del cuadro de su vida. Estaba condenado a terminar en esa forma. Pero ¿tu mujer, Glenn? ¿Sabías algo de ella antes de casarte, quiero decir... sobre su vida personal antes del matrimonio?

—La conocí un mes antes de casarnos. Exactamente un mes antes.

—Supongo que tuvieron relaciones durante ese tiempo; probablemente desde el principio.

—Llegué a conocerla muy bien.

—Un mes... —dijo Howard, mirando más allá de la cabeza de Glenn, hacia algún objeto apartado—. Un mes. Un hombre y una mujer. No es mucho tiempo, ¿verdad?

—No, no es mucho tiempo.

Howard aspiró con fuerza su cigarrillo y después lo deshizo en el cenicero, revolviendo el papel y el tabaco. Esperó hasta la desaparición del último hilillo de humo.

—Te diré cómo veo las cosas, Glenn. Se necesita mucho más que un mes para conocer, por lo menos con cierta profundidad razonable, algo sobre los orígenes de una persona... ya sea hombre o mujer... especialmente si es mujer. Mi experiencia me dice que generalmente la personalidad de un ser humano presenta tanta complejidad como la historia médica de un enfermo crónico. Ya sabes con cuánta frecuencia es difícil obtener una historia médica satisfactoria de un paciente. Las historias escritas frecuentemente están llenas de lagunas y de fallas, y las historias

orales pueden ser consideradas falsas desde el principio. Por eso te he preguntado si estabas enterado del pasado de tu mujer. Ya sabes a qué me refiero: a la familia, a la educación, a las costumbres. A la atmósfera de su primera infancia. A las fantasías infantiles. A las asociaciones. A las compulsiones. Ese tipo de cosas.

Glenn, preguntándose hasta qué punto conocía realmente a Gretta, guardó silencio unos instantes. Ella le había hablado mucho de su vida antes de encontrarlo, pero, aunque había sido sincera en ciertas cosas, indudablemente existían incidentes y experiencias que había ocultado deliberadamente y con reticencia; otros incidentes y experiencias los había ocultado inconscientemente por miedo. Glenn permaneció un rato sentado, mirando sombríamente a Howard Winton.

—¿Qué se comenta? —preguntó después, bruscamente.

—Bueno, según he oído... puros chismes, entiendes, nada más que chismes... ella ha conocido muchos hombres además de Royd Fillmore. Según tengo entendido, ella ha tenido relaciones con muchos de manera bastante personal.

—¿No lo hemos hecho todos, Howard? —preguntó Glenn, riendo nerviosamente.

—Sí, hasta cierto punto —asintió Howard con una débil sonrisa—. Parece que así es nuestra naturaleza bestial. Pero cuando se trata de una mujer que tiene numerosos amigos...

—¿No es normal que una persona soltera de tipo medio, hombre o mujer, tenga numerosas amistades?

—Amigos, sí —dijo Howard—, numerosos amigos si quieres, pero aquí se trata de un tipo especial de amistad.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Glenn bruscamente.

—Sólo lo que he dicho.

—He oído lo que dijiste, y me parece que detrás de esa frase hay otro sentido oculto.

—Entonces, ambos sabemos de qué estamos hablando —dijo Howard, moviendo lentamente la cabeza—. Espero que te hayas dado cuenta de lo que hacías cuando te casaste con ella, Glenn. Ya sabes que un médico tiene que presentar una fachada respetable ante el mundo. Este es uno de los elementos principales para crear la confianza del enfermo en el médico, y todos sabemos que la confianza de un enfermo en su médico tiene un gran valor terapéutico.

—Mi mujer es decente —protestó Glenn de pronto.

—No lo tomes a mal, Glenn. No he dicho que tu mujer no fuera decente.

—Podía suponerlo de tus palabras.

—Óyeme, Glenn —dijo Howard bondadosamente, inclinándose y mirándolo directamente—. Sólo trataba de ser objetivo en el asunto. Estoy tratando de ver las cosas sin dejarme llevar por el influjo de nuestra amistad, que podría apartarnos del verdadero propósito de esta charla. Antes que nada quiero serte útil. Entiendo que estás trastornado con todo esto. Cualquiera lo estaría. Y quisiera que entendieras la situación como si todo fuera a la inversa. Hemos sido amigos durante mucho tiempo

para que yo no trate de hacer todo lo posible por ayudarte en una ocasión semejante, y no sería un amigo verdadero si no tratara de serte útil ahora. Somos gente grande. Somos maduros. Tenemos cierta sabiduría. Y tú sabes tan bien como yo lo que son los chismes. Es algo que hay que enfrentar: algo que no es posible ignorar o dejar de lado.

—¿Qué has oído, Howard? —preguntó Glenn, cruzando y recruzando nerviosamente las piernas—. He procurado ignorarlo, pero comprendo que ya no es posible hacerlo. Quiero oírlo todo. Tengo que oírlo. Adelante, cuéntame.

—¿Quieres que te repita los chismes que he oído? —dijo Howard, como si quisiera asegurarse de que había llegado el momento de ser enteramente sincero—. ¿No es así, Glenn?

—Sí. Quiero saber qué se dice de mi mujer... de Gretta.

—No es nada agradable, Glenn.

—Adelante.

Howard encendió otro cigarrillo y se reclinó en el sillón. Lanzó una mirada al diploma médico de Glenn, que colgaba en la pared, encima del escritorio.

—Bueno, es difícil decirlo. En una semana han circulado toda clase de rumores, y se han extendido como una hoguera. Algunos son verdaderos, otros son falsos y, generalmente, todos son condenables. Cuanto más condenables son, más rápidamente se extienden.

—¿Por ejemplo?...

Howard aspiró pensativamente el cigarrillo antes de hablar, como si no estuviera muy seguro de lo que debía decir.

—Adelante, Howard —dijo Glenn con impaciencia.

—Para hablar claramente, Glenn, he oído que algunos médicos y enfermeras comentan que ella ha sido... bueno, para decirlo brutalmente, que tenía costumbre de tener su casa abierta para todos, por así decirlo, antes de casarse contigo, sobre lo que podríamos llamar una base comercial. No quiero decir que ella diera su nombre y dirección a choferes de taxi y a gente de ese tipo. Su método era algo distinto, pero el resultado era el mismo. Evidentemente, según se chismeaba, ella tenía la costumbre de recoger hombres todas las noches en ese bar... ya no recuerdo cómo se llama... con el apoyo activo del encargado del bar... y se dice además que recibía en su apartamento en una forma que generalmente no se espera en una mujer respetable, limpia. Se dice que sus actividades iban más allá de lo que se considera actividad ordinaria en tales casos... se chismeaba que en verdad era una actividad muy estilizada... Por Dios, Glenn... ya sabes de qué estoy hablando. Se trata de mucho más que el intercambio sexual rutinario, Glenn.

—¡Mentira! —dijo Glenn, levantando la voz enojado—. ¡Es una maldita mentira!

Howard esperó unos momentos antes de volver a hablar. Después preguntó:

—¿La has conocido acaso bajo diferentes circunstancias, Glenn?

—No. ¡Pero de todos modos es mentira!

—Naturalmente que lo es —dijo Howard, tranquila y comprensivamente—. Los chismes son así.

—¿Y tú lo crees, Howard?

—Claro que no, Glenn.

—¿Quién ha estado comentado esas cosas?

—No tiene importancia. Eso no cuenta. De todos modos, ya te he dicho que eran sólo chismes. Pero eso no altera el hecho de que se ha dicho y se repite.

—Debería de haber manera de terminar con todo esto.

—Me temo que no sea posible, Glenn. No puedes impedir que la gente hable. No hay manera en el mundo de parar los chismes mientras la gente quiera hablar. Y en cuanto se presenta la más leve sugestión de escándalo, especialmente cuando se toca a una persona de tu posición, siempre habrá alguien para hablar y alguien para escuchar. Se trata casi de la ley de la oferta y la demanda.

Glenn seguía sentado en la luz del crepúsculo, silencioso y sombrío, pensando en Gretta. Trataba inútilmente de echar de su mente todas las dudas e insinuaciones que gradual e inevitablemente llegaban ya a formar parte de su conciencia. Se preguntaba, no considerando ya el presente o el futuro, si sería capaz de olvidar todo lo pasado. En medio de sus pensamientos oyó una vez más la voz de Howard:

—Glenn: no olvidemos de qué estamos hablando. En primer lugar no podemos negar el hecho que Royd Fillmore, verdadera o mentirosamente, dijo algunas frases sorprendentes en vuestra fiesta; regresó unos días después y se suicidó delante de tu mujer. Esto indica algo. No sé qué. Pero de todos modos, la gente en general, o por lo menos la gente chismosa, se complace en unir todas estas cosas en una cadena de suposiciones escandalosas. Podemos decir lo que se nos dé la gana sobre Royd, pero nada de lo que hagamos o digamos cambiará el hecho de que él dijo e hizo cosas dañinas. De eso estamos hablando: de cómo estas cosas te afectarán a ti.

—Royd Fillmore era un desequilibrado mental —dijo Glenn—. El hecho de que se suicidara lo demuestra claramente.

—Todos estamos de acuerdo en eso —dijo Howard—. Creo que todos los médicos de la clínica han llegado a esa conclusión. Royd era un enfermo. Un hombre irresponsable e irracional. De todos modos, dañó a otras personas, fuera de sí mismo.

—Quieres decir que me hizo daño a mí.

—Sí, Glenn, les hizo daño a ti y a tu mujer.

—No la metas en esto.

—Desdichadamente, es imposible no hacerlo.

—Creo que tienes razón. Bueno, ¿qué crees que debo hacer, Howard? ¿Qué puedo hacer en todo esto?

Meneando la cabeza con un gesto de desesperanza, Howard se levantó de la silla. Caminó hasta la ventana y permaneció allí de pie, mirando la noche invernal que finalmente había descendido sobre ellos. Empezaba otra vez a nevar levemente y frágiles copos blancos flotaban en la oscuridad, destacándose como delicados dibujos

sobre un telón que desciende lentamente. Howard se apartó lentamente de la ventana y fue hacia la puerta. El timbre de una enfermera resonaba fuertemente en el corredor.

—Howard, ¿qué puedo hacer? —preguntó Glenn ansiosamente, poniéndose de pie.

—No lo sé, Glenn —dijo Howard, tan comprensivamente como le fue posible.

—Realmente no sé qué decirte. Dios sabe que no lo sé. Si lo supiera, te lo diría. Eso ya lo sabes, Glenn —se volvió, meneando la cabeza—. Quisiera saber qué decirte. Tal vez... tal vez tú seas el único que sabe lo que hay que hacer. Yo ni siquiera sé qué habría hecho si todo esto me hubiera ocurrido a mí, en lugar de ocurrirte a ti. Probablemente estaría donde estoy ahora, pidiéndote consejo.

—Y yo no hubiera sabido cómo aconsejarte, ¿no es así? —dijo Glenn—. O eso, o hubiera vacilado en intervenir en tu vida privada.

Howard asentía con la cabeza.

—Creo que así es. Pero tú no puedes tomar la decisión.

Sin decir más, Howard Winton abrió la puerta y salió. Glenn se sentó en la oficina oscurecida y procuró recordar qué se había dicho. Su mente atormentada, con un perverso rechazo de sus necesidades urgentes, vagaba perdida en todo el conjunto de su existencia. Podía recordar con sorprendente claridad lo que antes había sido vago... huidizos incidentes de la infancia, de los primeros tiempos del colegio, de su primera adolescencia. El recuerdo de todas estas cosas era agradable y satisfactorio pero, como los sueños diurnos, eran buenos únicamente por sí mismos y no podían darle ayuda ni consejo en aquella etapa de su vida.



Mucho después de su habitual hora de partida, Glenn se puso el sombrero, el sobretodo, los guantes, y salió de la oficina. Chapoteando entre la nieve recién caída para llegar hasta la playa de estacionamiento, subió a su automóvil y emprendió la marcha hacia su casa en medio de la noche fría y nevada.

Unos minutos después de las siete llegó al apartamento de la calle Laurel. Al abrirle la puerta, Gretta sonrió levemente, pero no le preguntó por qué llegaba de la clínica más tarde que de costumbre. Al verla, él se preguntó si ella no sabría instintivamente las cosas que él y Howard Winton habían hablado en la clínica. De todos modos, si ella estaba enterada, no dió señal alguna. Se acercó a él como siempre y él la besó en la mejilla.

—Está nevando otra vez, ¿verdad? —preguntó Gretta.

Él sacudió los copos de nieve que cubrían su sombrero.

—Empezó a nevar hace una hora —dijo.

—¿No será maravilloso cuando llegue la primavera? —preguntó ella, con un leve suspiro.

Él asintió.

—Parece que la primavera no fuera a llegar nunca —dijo ella—. Todos los años se retrasa más y más... ¿O es que la gente imagina eso porque cada año se vuelve más impaciente, a medida que envejece? Probablemente tenga algo que ver con la relatividad, ¿no es así?

Él sonrió.

—Es muy probable —asintió.

Gretta lo dejó entonces en el vestíbulo y se dirigió a la cocina. Él esperó, ansiosamente, pero ella no volvió la cabeza. Viéndola desaparecer de su vista, Glenn se preguntó qué le habría dicho ella, en caso de no haberse ido a la cocina. Podría haber dicho muchas cosas, podría haber hecho muchos gestos insignificantes... quizás hubiera habido miradas de desconfianza o de miedo... pero cualquier cosa que Gretta hubiera dicho o hecho hubiese sido mejor que lo que sucedía ahora. Glenn colgó el sobretodo en el armario y se dirigió a la sala a leer el periódico vespertino.

Después de la comida, él y Gretta se sentaron en el sofá rojo oscuro, cada uno de ellos sumido en el silencio, perturbado, inquieto. Apenas cambiaron unas palabras en toda la noche; finalmente él se levantó y empezó a caminar nerviosamente por la habitación. Casi inmediatamente, sofocando un grito de angustia, Gretta estalló en sollozos. Volviéndose, Glenn vió que ella se había dejado caer de bruces en el sofá. Inmediatamente, Glenn atravesó la habitación y se sentó junto a Gretta.

—Tenemos que hacer algo, Gretta —dijo desesperadamente. Poniéndole la mano en el hombro la acarició para consolarla—. No podemos ya seguir así. No podemos soportarlo. Nos está deshaciendo a los dos. ¿Qué crees que debemos hacer?

Por un largo rato ella sollozó desesperada, mientras él esperaba pacientemente,

acariciándole el cabello.

—Tenemos que hablar de esto, Gretta —dijo él después de un rato—. Por favor, dime qué te pasa.

—¡No puedo soportar más este lugar! —exclamó ella angustiada—. ¡Tenemos que irnos de este apartamento! ¡No puedo resistir más! ¡No puedo!

—Ya lo sé, Gretta —dijo él cariñosamente—. Tenemos que irnos de aquí.

Volviéndose, ella contuvo los sollozos y lo miró.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—He pensado mucho en eso —contestó Glenn—. Hace una semana que no pienso en otra cosa. Pero no sé qué hacer. Tal vez deberíamos irnos a otra parte... otro lugar... otra ciudad. A algún sitio, lejos. Yo no puedo aguantar la clínica mucho más tiempo. Me está deshaciendo.

Secándose las lágrimas, Gretta se incorporó.

—¿Acaso... te han pedido la renuncia? —preguntó, conteniendo el aliento—. Dime la verdad... ¡tengo que saberlo! ¿Qué ha sucedido?

—No. No es eso. Nada por el estilo. Nadie me ha pedido que me fuera. Por lo menos, todavía no lo han hecho. —Volvió la cabeza y miró a los lejos un instante—. Pero nadie lo lamentará si renuncio.

—Es lo que creía —dijo ella cubriéndose la cara con las manos—. Lo sabía.

Guardando silencio, él volvió a mirar a lo lejos.

—Todo es por mi culpa, ¿verdad? Todo es culpa mía, ¿no es así? —Aferrándose al brazo de Glenn lo apretó hasta que él volvió a mirarla—. ¡Es por eso! ¡Ya lo sé! ¡Es todo culpa mía! ¡Yo soy la culpable!

—No digas eso, Gretta —contestó Glenn, con voz firme.

—¿Qué dicen de mí? —preguntó ella, volviendo a sacudirle el brazo—. ¡Tengo que saberlo! ¿Qué andan diciendo?

—Nada fuera de lo que podía esperarse. Nada que no dijeran de cualquier otra persona. Ya sabes cómo es la gente. Charlas y chismes, Gretta, eso es todo.

—Yo sé cómo hablan esas enfermeras... y también cómo hablan los médicos. No necesitas repetir lo que dicen de mí. Ya lo sé. Dicen que yo era una puta y una mujer prostituida cuando me casé contigo... eso es lo que dicen. ¡Pero no es verdad... nada es verdad! ¡Yo no he sido una puta y una mujer vendida! Sé lo que he sido, y no era eso.

—Por favor, no hables así, Gretta —suplicó él—. Por favor, no lo hagas.

—¿Por qué tuvo que venir aquí ese hombre, a mancharnos...? ¿Por qué tuvo que ocurrirnos a nosotros?... ¡Una cosa semejante! ¡Lo que él hizo! —Empezó a sollozar otra vez, mientras su cuerpo temblaba patéticamente—. ¡Fue atroz, fue una cosa horrible lo que hizo ese hombre!

—Naturalmente, Gretta —dijo Glenn para aplacarla—. Naturalmente. Pero de todos modos ahora no nos sirve de nada echarle la culpa. Todo ha terminado. No se puede hacer nada contra lo que ya ha sucedido. Tenemos que hacer algo por nosotros

mismos. Ahora es nuestro turno.

—Pero ¿qué... qué podemos hacer? —preguntó ella con más calma.

Él meditó en silencio un largo rato antes de contestar.

—Yo podría renunciar... y nos iríamos a otra parte. Podría conseguir un cargo fijo en una media docena de hospitales. Podríamos empezar de nuevo. Nadie hablaría de la historia en otro hospital distante. Podríamos borrar todo el pasado y recomenzar juntos una nueva vida. —Se detuvo y meditó un momento.

—Pero, no sé... detesto dejar todo lo que he trabajado aquí para abrirme paso en esta clínica. Se necesita mucho tiempo para crearse una reputación dentro de mi profesión... años y años y años. Significará recomenzar enteramente toda la práctica de la medicina. Y ya no soy tan joven como la primera vez.

Transcurrieron algunos minutos. El único ruido que se oyó fue un fuerte portazo en alguna parte del edificio.

—¡Todo es culpa mía... yo soy responsable de todo! —exclamó Gretta al fin acusadoramente, llevándose las manos a la cara como si tuviera vergüenza de ser vista—. He arruinado tu carrera. Nada de esto es culpa suya... todo es culpa mía. ¡Nunca me lo perdonaré! ¡Nunca!

—No hables así, Gretta. No nos hemos casado para echarnos la culpa de lo que nos ha ocurrido. Es tan culpa tuya como mía. Somos inocentes. Las cosas han ocurrido así.

—Pero ¡si no hubiera sido por mí... si no fuera responsable de lo que ha sucedido!

—De todos modos, éste no es el fin del mundo, Gretta. Ya encontraremos la manera de salir de este embrollo. En poco tiempo todo habrá pasado y estará olvidado.

—Si te hubieras casado con otra... con cualquier otra... ¡nada de esto te habría sucedido! Oh, Dios mío, ¿para qué me metí nunca en algo semejante? ¿Por qué fui a aquel bar y conocí a gente como ese hombre... como Royd Fillmore? Sabía lo que estaba haciendo, y sabía que no debía hacerlo, pero ¡lo hice... lo hice! No pude evitarlo. ¡Algo me arrastraba noche tras noche, una y otra vez! ¡No podía huir... y tampoco quería huir!

Levantándose, Glenn hizo que Gretta también se pusiera de pie. Después, rodeándola con sus brazos, la besó en la boca, en la frente, en las mejillas húmedas de lágrimas. Temblando, el cuerpo de ella se entregó, lleno de gratitud, a aquel apretado abrazo.

—No olvides que yo me he metido contigo, Gretta —murmuró—, y estoy contento de haberlo hecho. Si no me hubiera metido contigo cuando lo hice, tampoco te tendría conmigo ahora.

—Querido, ¿hablas en serio? —preguntó ella, casi sin aliento, rápidamente—. ¿Es verdad, realmente, que estás contento de haberte metido así conmigo... que estás contento aun después de las terribles cosas que han pasado?

—Sí, Greta: estoy contento. Muy contento. Y siempre estaré contento, porque te tengo. Nada podrá cambiar jamás mis sentimientos hacia ti.

Por primera vez en más de dos semanas Glenn salió de la clínica con el sentimiento de que ya no tenía motivo para preocuparse por el futuro. Si las habladurías aún continuaban, él ya no podía presentir nada; por el contrario, estaba seguro de percibir una atmósfera mucho más amistosa cuando cumplía sus tareas. Las enfermeras ya no lo evitaban; en realidad, algunas de las más jóvenes eran más campechanas que nunca, y muchos médicos del establecimiento se apartaban un instante de sus tareas para hablarle, como si estuvieran deseosos de asegurarle su lealtad y su amistad.

Exaltado y contento corrió a su casa, para ver a Gretta.

En cuanto abrió la puerta del apartamento y penetró en la sala, Glenn tuvo la sensación de que había ocurrido algo desusado. En primer término Gretta no lo esperaba en la puerta, como hacía generalmente cuando él llegaba tarde de la clínica; la encontró tirada boca abajo en el sofá, como si estuviera enferma o dormida. La llamó, pero no hubo respuesta; entonces él encendió una luz, para ver mejor en la oscuridad creciente.

—¡Gretta! —gritó—. ¡Gretta!

Se quitó los guantes y el sobretodo y los arrojó a un lado mientras atravesaba la habitación; después se sentó en el borde del sofá y tomó el pulso a Gretta. Aunque el pulso era casi normal y la frente no estaba afiebrada, Gretta continuó ignorándolo. Glenn se sentó junto a ella y la miró, intrigado por su comportamiento, aunque comprendía que Gretta no estaba enferma.

—Gretta, por favor dime algo para convencerme de que estás bien —suplicó.

Ella pareció no haber oído.

Intrigado y perturbado, Glenn contempló el pelo revuelto de ella, sus ropas arrugadas, las chinelas que habían caído en el suelo; después se inclinó sobre ella y la besó en la nuca. Cuando los labios de él tocaron su carne cálida, Gretta tembló levemente, pero siguió sin hablar y sin mirarlo. Juguetonamente él le mordió la oreja. Por primera vez desde que la conocía, Gretta no se retorció y rió de deleite.

—Si no te das vuelta y me miras, Gretta —murmuró Glenn—, voy a creer que ya no me quieres. Y tú no quieres que yo crea eso, ¿verdad?

Todo el cuerpo de ella se estremeció, como si bruscamente hubiera sentido frío.

Mientras pensaba en todas las cosas que podían hacer que ella no quisiera hablarle o mirarlo, Glenn se inclinó sobre el sofá y esperó pacientemente alguna forma de respuesta. La mesita baja, junto al sofá, estaba llena de objetos de Gretta, colocados tan desordenadamente, que parecía que ella hubiera llegado a la casa y no hubiera tenido tiempo de poner nada en orden.

Aquella mañana, cuando él salió de su casa, Gretta le había dicho que pensaba salir de compras por la tarde, y había añadido que estaría de vuelta temprano para esperarlo; él pensó que probablemente ella había regresado cansada, exhausta, y se había quedado dormida al echarse un rato a descansar. Sobre la mesa vió el sombrero

blanco de su mujer y los guantes; la cartera de cuero rojo y las llaves y tres o cuatro paquetitos con la envoltura de una gran tienda. Además, y totalmente incongruentes, aparecían varios billetes sucios, que aparentemente ella había apretado con fuerza en la mano antes de tirarlos sobre la mesa. Cuanto más miraba el dinero más sucio y arrugado le parecía. Hacía mucho tiempo que no había visto unos billetes tan asquerosos.

Glenn se inclinó sobre Gretta y le besó otra vez la nuca. Esta vez ella no se estremeció.

—Gretta, ya estoy en casa —dijo él, con voz ronca y agitada—. ¿No quieres despertar y dejar que te vea? Ya ha pasado mucho tiempo desde esta mañana. He olvidado cómo eres. ¿Tienes siempre esos maravillosos ojos y esa hermosa sonrisa?

Ella no dió ninguna señal de haber oído lo que él decía.

—Gretta, por favor, di algo —suplicó él—, tengo que saber que no te ocurre nada malo.

Como tampoco hubo respuesta de ella, él se acercó más, escuchó nuevamente el ritmo de la respiración y le tomó el pulso. No descubrió nada anormal ni en la respiración ni en el pulso; quedó allí inmóvil, procurando explicarse todos los motivos posibles para justificar el comportamiento de su mujer. Nunca la había sentido tan alejada de él desde que la conocía.

—Dime qué te pasa, Gretta —suplicó, sacudiéndola suavemente pero con firmeza—. Tengo que saberlo. ¿Qué te pasó en la ciudad para que estés ahora así? ¿O fue algo que sucedió aquí, en el apartamento?

Como si las preguntas de él la turbaran, torturándola, y no pudiera ya soportar aquello, ella sacudió la cabeza con violencia. Era la primera vez que contestaba de alguna manera desde que Glenn había llegado.

—No puede haber ocurrido algo tan terrible —dijo él comprensivamente. Le acarició el pelo una y otra vez—. Nada puede ser tan terrible, Gretta, sea lo que fuere. No sé qué ha sucedido, pero lo peor es que todavía no me has besado, y ya hace un rato largo que estoy aquí. Siempre me besas cuando llego a casa, y me vas a hacer sufrir mucho ahora si no continúas con la costumbre.

Nuevamente, ella sacudió la cabeza con violencia. Él vió que ella tenía las manos apretadas con fuerza, como si estuviera decidida a aferrarse a su silencio.

—Realmente no entiendo, Gretta —dijo Glenn.

Se inclinó una vez más y miró pensativamente el dinero arrugado que estaba sobre la mesa. Había cinco billetes sucios de un dólar, y él se preguntó por qué había cinco, y no cuatro, o seis, o cualquier otro número. Los billetes eran gastados, viejos, sucios y grasientos, y él se preguntaba por qué ella los había dejado caer con tanto descuido sobre la mesa al llegar a casa. Gretta tenía la costumbre de guardar el dinero cuidadosamente en la cartera; por otra parte, era raro que aceptara como cambio un dinero tan sucio cuando compraba en las tiendas. Muchas veces la había oído pedir a algún empleado que le diera billetes nuevos, en lugar de los viejos y sucios. Nunca

había pensado antes en esto, pero ahora comprendía que siempre la había admirado por pedir billetes limpios en lugar de los viejos y gastados. Cuanto más miraba el dinero desparramado sobre la mesa, más asqueroso le parecía.

—Gretta, quiero que me hables —urgió Glenn, y su voz resonó con fuerza en la habitación—. Por favor, ¿quieres mirarme y decirme qué pasa? Esto no puede seguir toda la noche. Además, ya hace rato que estoy aquí.

Pasaron unos momentos y Gretta seguía con la cara oculta. Tomándola de los hombros, Glenn la obligó a volverse a la fuerza. Inmediatamente Gretta se cubrió la cara con las manos, pero, en un instante, él vió que los ojos y las mejillas de ella estaban empapados en lágrimas, como si hubiera llorado durante largo rato.

Al principio, él había creído que ella estaba bromeando y que, después de dejar que la cosa se prolongara por tanto tiempo, se había avergonzado de reconocer que se trataba de una broma; ahora, al verla, comprendió que Gretta no había bromeado en ningún momento. Glenn quedó convencido que ella estaba violentamente turbada por algo ocurrido durante el tiempo que él había permanecido fuera de casa, desde la mañana hasta poco después de las cinco de la tarde. Cualquiera cosa que fuera, Glenn comprendió que era algo grave, pero aún no tenía idea de qué podía haber provocado toda aquella angustia.

—Mírame, Gretta —dijo él, acariciándole la mejilla con la mano—. Tienes que decirme qué ha sucedido. Tengo que saberlo.

—No te lo puedo decir —dijo ella débilmente, hablándole por primera vez. Hablaba como si estuviera a mucha distancia—. Es demasiado horrible... ¡no puedo decirlo!

Él la miró, totalmente confundido por la respuesta, y después la besó largamente en la boca. Los labios de ella se hallaban fríos, rígidos...; no contestaron el beso. Él nunca la había encontrado antes así.

—No te entiendo, Gretta —dijo—. Eres como una persona a quien no conociera.

—No puedo evitarlo —contestó Gretta—. Y no puedo decirte nada.

—Entonces está bien —afirmó él, con fingida gravedad—. Si rehúsas decirme lo que te sucede, te daré una paliza. Ésta es tu última oportunidad, Gretta. No bromeo. Te hablo en serio. Voy a contar hasta tres. ¡Ya va...! Uno... dos... tres...

Después, Glenn, esperó confiando en que ella respondería de alguna manera a lo que siempre había sido para ellos un intervalo divertido... pero, después de pasar los minutos, ella siguió lejana y aparentemente desinteresada. Poniéndola de lado y levantándole el vestido, Glenn la palmeó ligeramente en las nalgas. Cuando él se detuvo, ella siguió sin dar señales de sentirse divertida o enojada por aquella paliza en broma. Él recordó muchas otras oportunidades en el pasado, cuando el comportamiento de ella había sido juguetón y provocativo, cuando había reído y se había estremecido como una niña cuando ambos se precipitaban en una lucha íntima, bromista, que generalmente terminaba en una apasionada unión física, ya se encontraran en la cocina, en la sala o en el dormitorio.

—Gretta —dijo él sacudiendo la cabeza como enloquecido—, esto es muy serio. Nunca has estado antes así. Algo anda mal. ¿Qué te pasa?

—¡Déjame sola! —gritó ella y su voz se convirtió en un alarido agudo y excitado—. ¡Por favor, déjame sola! ¡No me toques! ¡No me toques!

Apoyándose en el sofá Glenn miró intensamente el sombrero y los guantes de Gretta, la cartera roja, los paquetitos sin abrir y los billetes arrugados sobre la mesa. Volvió a contar el dinero desde donde estaba, siempre sin tocarlo. Había cinco billetes de un dólar, arrugados y sucios. Se sentía herido por la actitud de ella, pero, sobre todo, estaba confundido y profundamente preocupado. Ella nunca le había hablado antes con voz tan histérica, y él comprendía que no hubiera hablado así si no hubiera estado muy trastornada por algo que había sucedido durante el día. Había procurado hacerla hablar de todas las maneras posibles; había buscado una explicación, pero Gretta seguía apartada, dura, reservada.

—¿Por qué me has dicho que te dejara sola, Gretta... que no te tocara? —preguntó él angustiado.

Ella meneó la cabeza.

—Tienes que decírmelo, Gretta. Quiero saberlo.

Retirando momentáneamente las manos de la cara, ella le lanzó una mirada rápida, aterrada.

—¡Porque se me da la gana!

—Esa no es contestación, Gretta —dijo él pacientemente. Sin embargo estaba contento de que, por lo menos, ella ya no estuviera encerrada en sí misma—. ¿No puedes decir más que eso, Gretta?

—Déjame sola... ¡eso es todo! —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar sola.

—Sabes que no puedo irme y dejarte así. Tú no querrías que lo hiciera, ¿verdad?

Casi inmediatamente el cuerpo de ella se agitó nerviosamente, al comprender lo que él decía.

—Gretta: no voy a dejarte sola hasta que sepa el motivo de todo esto. Es demasiado serio para que pueda irme así como así. Estás inquieta por algo y quiero saber qué es. Ya sabes que quiero ayudarte. Dime ahora qué ha sucedido... en la calle o donde sea. Porque ha pasado algo, ¿verdad, Gretta?

Esperó, pero ella no quiso contestar.

—¿Qué es, Gretta? —persistió—. No pienso moverme de aquí hasta que me lo digas.

—¡No sé... no sé!

—Mírame y dime todo, Gretta.

Ella sacudió la cabeza con violencia.

—No puedo mirarte... ¡nunca más te podré mirar!

—¿Por qué no? —preguntó él tiernamente—. ¿Por qué dices eso?



—Porque no puedo... eso es todo.

—¿No serías capaz de mirarme y de hablarme si yo te pido que lo hagas?

—No.

Tomándola firmemente de las muñecas, él le apartó las manos de la cara. Ella apretó los ojos con fuerza, mientras las lágrimas corrían por su cara, y sacudió la cabeza con decisión.

—¿Por qué dices que no puedes mirarme, Gretta? —preguntó él con insistencia. Se inclinó sobre ella y le secó la cara con el pañuelo—. Hay un motivo para tu comportamiento y quiero saber cuál es. Por favor, dímelo. Soy tu marido. Puedes decírmelo, sea lo que fuere.

Él pudo ver la agitada respiración de ella, aunque siguió echada sobre el diván. Transcurrió un largo rato antes de que se dijeran nada, y él esperó pacientemente, sujetando siempre las muñecas de Gretta con la mano. Gretta no luchó para soltarse, pero todo su cuerpo permanecía rígido, alejado. Él se inclinó y le besó las mejillas y la frente.

Entonces ella abrió los ojos, lo miró directamente a la cara por un instante y después, lentamente, volvió a cerrar los ojos, como si temiera todo cuanto la rodeaba.

—Gretta —la llamó él suavemente.

—No puedo decírtelo —dijo ella tras un momento—. No puedo decírtelo porque he hecho algo atroz... ¡terrible!

—¿Qué has hecho que sea tan terrible? —preguntó él ligeramente, esperando facilitar las cosas para que ella hablara—. Veamos. ¿Qué puede ser algo terrible? ¿Te enojaste y te fuiste de alguna tienda sin pagar? ¿Pisaste a algún bebé y lo hiciste gritar? ¿Saliste de prisa y atropellaste a alguna vieja en la calle? Sea lo que fuere, estoy seguro que no es nada que merezca tanto llanto. Bueno, ¿he acertado en alguna de mis preguntas?

Casi en seguida los ojos de ella se inundaron de lágrimas. Glenn le secó la cara con el pañuelo.

—No quieres ayudarme, Gretta —dijo, reprendiéndola suavemente—. Ya sabes que te quiero. Que te quiero mucho. Por favor, ten confianza en mí y dime qué te pasa. No nos servirá de nada que guardes las cosas para ti sola.

Los ojos de ella se abrieron súbitamente del todo y lo miró con expresión aterrada, como si estuviera frente a un demonio.

—Ya sabes todo... puedes adivinar qué es... ¡no me obligues a decirlo! —exclamó—. ¡No me tortures más... no puedo soportarlo... ya lo sabes todo! ¡Por favor... por favor!

—No sé nada de nada —dijo él, secando las lágrimas que continuaban cayendo por las mejillas de Gretta—. Y naturalmente no quiero torturarte, Gretta. No sabía que lo estaba haciendo. Pero ya estoy harto de esto y tienes que decirme qué te ha ocurrido.

Ella meneaba la cabeza.

—Pero es atroz...

—Sea o no sea atroz, quiero saber qué es. Mírame y dímelo.

—Sea lo que fuere... ¿deseas realmente saberlo?

Él asintió para animarla.

—Sí, naturalmente.

—Ya sabes lo que he hecho antes... antes de conocerte... ya te lo he contado... desde que era una chiquita...

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Glenn.

Gretta lo interrumpió.

—... ¡cosas que de alguna manera no puedo menos que hacer... cosas que quería hacer!

—No entiendo —dijo él.

—Hoy... te he sido infiel...

Mientras él la miraba, y las palabras de ella todavía resonaban en las profundidades de su mente, ella sacudió la cabeza asintiendo en un nervioso espasmo de movimiento, como si estuviera forzada y obligada a volverse convincente.

—Eso fue todo... ¡te juro ante Dios que es la verdad! —La oyó decir Glenn—. ¿No me crees? Tienes que creerme. ¿Entiendes?

Lentamente, él se apoyó contra el sofá. Un estremecimiento helado atravesó su cuerpo, su mente quedó prisionera en una especie de opacidad. Mientras había estado sentado en el sofá, junto a Gretta, la sospecha de lo que ella acababa de confesar se había presentado una y otra vez a su mente, pero, cada vez había logrado rechazar la idea de su conciencia. Ahora ya no era posible ignorarlo. Las palabras de Gretta continuaban resonando en su mente con un agudo dolor.

Miró a Gretta. Ella parecía sumergirse, desaparecer en un mundo de niebla densa que giraba. Glenn la aferró con fuerza, para impedir que ella desapareciera de su vista. Tenía miedo de no encontrarla nunca más si ahora la perdía.

—¿Me has oído? —dijo ella, con voz baja y penetrante, dentro de la densa niebla de la habitación—. ¿Has oído lo que he dicho? ¿Lo has oído?

Él se apretó con fuerza los ojos, para disipar la enceguedora niebla.

—Sí. Y eso que has dicho... ¿qué sentido tiene? —preguntó, azorado—. ¿Qué quiere decir?

—Ya lo he dicho... ¡significa nada más que lo que ya he dicho! —exclamó ella angustiada—. ¡No me obligues a decirlo de nuevo! ¡Oh, por favor, no me obligues a repetirlo!

Súbitamente las manos de él cayeron sin fuerza, y la miró desesperado, con los brazos caídos a los lados del cuerpo.

—Me odio a mí misma, me detesto... —la oyó decir.

—¿Qué hiciste, Gretta?

—Glenn —exclamó ella entre sollozos entrecortados—, ¡no pude evitarlo! ¡Dios sabe que no pude evitarlo! ¡Tienes que creerme, Glenn! ¡Ya sabes que me ha ocurrido

antes! ¡Te lo he dicho!... ¡Me ha sucedido toda la vida... y temo que siempre sea lo mismo! Esta vez no pude evitarlo. ¡Simplemente no pude..., no pude evitarlo!

Él la miraba sin ver. Todo el cuarto estaba a oscuras y giraba en medio de un torbellino de niebla.

—Me crees, ¿verdad, Glenn? —preguntaba Gretta—. Sabes que no pude evitarlo, ¿verdad? Dime que me crees... por favor, dílo.

—Sí, te creo —dijo la voz de él tras largo rato—. Comprendo que no pudiste evitarlo. Algunas cosas son inevitables y probablemente esa es una de ellas. Me lo has dicho y debe ser verdad. Pero estoy desesperado, Gretta.

—Yo también estoy desesperada... y me detesto.

Los ojos de él la buscaban en algún punto dentro de la densa niebla. Sabía que ella estaba allí, en la habitación, porque la oía respirar, y se preguntaba por qué era tan difícil verla, estando tan cerca. Nuevamente se frotó los ojos enceguecidos.

—¿Con quién estuviste, Gretta?

—No lo sé... ¡te juro que no lo sé!

—Te pido que me digas con quién estuviste, Gretta.

—No puedo... no sé... Esa es la verdad.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque no lo sé... ¡y no quiero saberlo!

Él sintió una extraña tentación de risa, cuando nada lo invitaba a reír. De todos modos oyó el ruido de su propia voz, que llenaba la habitación. Era una voz conocida, pero, por primera vez, resonaba sarcástica, provocadora, y se preguntó si, por el resto de su vida, siempre conservaría en el tono aquellas penosas implicaciones. Luego, en cuanto comenzó la risa, la voz se desvaneció. Después su cuerpo y su mente se sintieron vacíos e inútiles. Sabía que con seguir interrogando nunca podría cambiar lo que ya había sucedido; pero de todos modos no se podía detener.

—Gretta, quiero saber...

No sabía exactamente qué quería saber ahora, ignoraba los motivos que lo forzaban a formular preguntas.

—Quiero saber... —dijo nuevamente.

—Glenn —exclamó ella terriblemente angustiada—, ¡por favor, no sigas preguntando! No pude evitarlo. Tienes que creerme. No sé por qué lo hice. No quería serte infiel. Nunca he pensado jamás en engañarte, desde que nos casamos... ¡He procurado con todas mis fuerzas ser fiel! Te quiero tanto... te quiero tanto... ¿No entiendes?

—Si me quieres, ¿por qué hiciste eso? —preguntó de mala gana—. Eso es lo que quiero saber.

—No lo sé... ya te lo he dicho... no pude evitarlo... te juro que esa es la verdad. Tienes que creerme... tienes que creerme...

Poniéndose de pie, él caminó de uno a otro extremo de la habitación. El aire

estaba ahora sorprendentemente diáfano y no se veían huellas de niebla. No quería oír ni una palabra más sobre lo que había sucedido, sabiendo que nada podía cambiar lo pasado y, sin embargo, comprendía que debía seguir interrogándola para conseguir un poco de paz mental.

Cuando finalmente volvió al sofá, se detuvo antes un instante y miró el dinero sucio y arrugado que yacía sobre la mesa. Había estado allí todo el tiempo, ante sus ojos, provocándolo, aunque él había procurado ignorar lo que representaba. Ahora ya no era necesario preguntar de dónde venía el dinero: él sabía tan bien como ella por qué estaban allí los billetes.

Gretta vió que miraba el dinero con ojos inexpresivos. Esperó tensa, con las manos apretadas sobre el regazo.

Glenn se apoderó de los sucios billetes, los estrujó en el puño y fue hasta la cocina. Allí los arrojó con toda su fuerza en la pileta, encendió un fósforo y quemó aquel dinero asqueroso y arrugado. Cuando sólo quedaron trozos de papel chamuscado, hizo correr las cenizas por el desaguadero, con toda la fuerza del agua. Cuando desapareció la última partícula, Glenn volvió lentamente a la sala y se sentó en el sofá. Nunca en su vida se había sentido tan descorazonado e infeliz como en aquel momento.

—Querido... —balbuceó Gretta, intentando tocarle la mano.

Él se volvió y la miró fijamente.

—¡Dios mío! ¿Por qué lo hiciste? —preguntó rudamente.

Echándose sobre él, Gretta lo abrazó y se aferró a él desesperadamente. Él sintió el nervioso estremecimiento de sus labios mientras le besaba la cara y la boca.

—No me lo has dicho, Gretta —dijo Glenn, procurando apartarse—. Quiero que me digas... tengo que saberlo.

Ella se apretó contra el cuerpo de él, mientras su abrazo se estrechaba más y más.

—Querido, no sé por qué lo hice... pero es algo muy profundo en mí... algo que siempre me obliga a hacer cosas atroces. Esa es la verdad y tienes que creerme. Sea lo que fuere lo que me obliga a hacerlo, es una fuerza tan terrible y poderosa que no puedo hacer nada contra ella. Es la primera vez desde que nos hemos casado... te lo juro... la primera y la única vez... Tuvo la culpa ese hombre... hace tiempo... cuando yo era chica... no puedo olvidarlo... no puedo sobreponerme... Fue tan maravilloso que alguien me dijera que era bonita y atractiva... y cuando pienso en eso... entonces, nuevamente deseo que alguien, aunque sea un desconocido... sea quien fuere, me diga que soy bonita y atractiva... ya no puedo impedirlo... no soy capaz de detenerme... porque realmente no quiero detenerme... eso es lo más terrible. ¿Entiendes?... ¡No quiero detenerme...!

—¿Por qué no quieres detenerte?

—Porque tengo miedo de volver a quedarme sola... tan sola como estaba antes. Y ya no podría soportarlo.

—Pero ahora todo tendría que ser distinto, Gretta. Estamos casados. Conmigo ya

no estás sola.

—Ya sé que debería ser diferente, y quiero que lo sea, pero ¡no lo es! Sigo teniendo miedo... miedo de quedarme sola... y haré cualquier cosa para que eso no suceda.

—¿Hasta serme infiel?

—Sí —dijo Gretta con voz clara y firme.

—Creo que es mejor que consultemos a un especialista de estas cosas, Gretta —dijo Glenn pensativamente—. Hemos llegado a ese punto.

—¿Qué clase de especialista?

—Un médico... un psiquiatra.

—Pero tú eres médico... y quiero que me cures.

—No sé si podrá hacerlo. No es mi especialidad y carezco de práctica en esas cosas.

—Por Dios, inténtalo —suplicó ella—. No quiero hablar con nadie de lo que me pasa... no podría hacerlo. Tienes que ayudarme... ¡Únicamente tú puedes hacerlo!

—Tal vez el motivo por el que no quieres ir a un especialista es que no deseas que las cosas cambien, Gretta... quizás quieres seguir siendo como eres. ¿No es así, Gretta?

Gretta no contestó.

Pasaron un largo rato sin hablar. Glenn permanecía sentado, mirando fijamente la pared del extremo de la habitación. Procuraba pensar qué debía hacer, pero su mente no respondía. Nunca se había sentido antes tan atrozmente desamparado.

—Querido —dijo Gretta suplicante—, vas a ayudarme, ¿verdad? ¡Por favor, di que vas a ayudarme! ¡Te necesito tanto!

—Sí, lo intentaré —dijo él decidido.

Tenía que saber qué había sucedido... tenía que saberlo para quedar tranquilo... Pero hubiera deseado saberlo en otra forma, y no tener que permanecer allí inmóvil, escuchando el relato de Gretta. Su alma estaba llena de terror, sin considerar si él u otro médico podría curar a Gretta, porque ella era su mujer y él la amaba, y tal vez no pudiera nunca librarse de la angustia que le provocaba el que ella le hubiera sido infiel. Se preguntaba si sería capaz de resistir, porque, en algún punto, aquella angustia iba a quebrarlo.

—Está bien, Gretta —dijo—. Vamos, cuéntame todo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella, escondiendo la cara.

Él se sorprendió, porque tuvo la sensación de que ella ansiaba hablar.

—¿Dónde fuiste hoy?

—A un hotel.

—¿Qué hiciste?

—Fui a un cuarto... con alguien... no sé quién era. Nunca lo había visto antes... no quiero volver a verlo...

—¿Era uno de los médicos de la clínica?

—No. Estoy segura de que no era médico, pero no sé quién...

—¿Cómo fuiste a dar a ese hotel?

—Pasaba por allí... volvía a casa... había hecho compras en la tienda... quería llegar a casa temprano para esperarte...

—¿Cómo sucedió?

—Pasaba junto al hotel y alguien me habló... súbitamente sentí esa sensación atroz... como siempre la he sentido... quería que alguien me dijera que yo era bonita y atractiva...

—¿Entonces, fuiste con él a un cuarto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Qué hiciste cuando llegaste allí?

El cuerpo de Gretta empezó a temblar.

—¡Ya te he dicho bastante! ¡Ya sabes lo que hice! ¡Tú sabes todas mis cosas! Por favor, no me obligues a decirlo. Ya lo sabes... ya lo sabes...

Con manos temblorosas él buscó un cigarrillo y lo encendió. Estrujó en la mano el paquete vacío y lo arrojó sobre la mesa, junto al sombrero y los guantes de Gretta. Súbitamente recordó el dinero arrugado que había recogido de la mesa y que había quemado en la piletta. Ya había oído bastante, pero ahora no podía echarse atrás.

—Bien —dijo—, no quieres decirlo, pero tendrás que hacerlo, y eso depende de mí. Fuiste al cuarto, te sentaste en el suelo y te quitaste las medias. ¿No es así, Gretta?

—Así es.

Él aspiró varias veces el cigarrillo, ávidamente.

—Te sacaste las medias como lo haces siempre, y él dijo que nunca había visto antes una cosa igual. Dijo que nunca había contemplado nada más fascinante. Quizás dijo «arreatador» y no «fascinante». Pero no importa cuál sea la palabra... ambas significaban lo mismo... cuando te sientas en el suelo de esa manera... —Glenn rió nerviosamente. Se inclinó y deshizo el cigarrillo en el cenicero.

—Estoy enterado de todo, ¿verdad? Hiciste eso la primera vez que te vi. Yo también te encontré fascinadora. Y arreatadora. Pero ahora estamos casados y tú no te sientas en el suelo para quitarte las medias, y yo no te miro y no te digo que eres arreatadora y maravillosa. Algún otro tiene que hacerlo... un desconocido. —Rió amargamente—. ¿Por qué no habría de decirlo un desconocido?... Yo te lo dije... Royd Fillmore te lo dijo... todos te lo han dicho. Es un espectáculo fascinante. Y también arreatador. Cualquiera puede decirlo. Y cuando cualquiera te lo dice, tú te desnudas y haces el amor con él, para agradecerle de todo corazón por haberte dicho cosas lindas. Siempre tendrás una buena excusa, porque siempre dirás que no podías impedirlo... que se trata de algo que empezó cuando eras una niña cuyos padres habían muerto y a quien nadie quería. Conozco la historia tan bien como tú. Tengo que conocerla, porque me la has contado muchas veces.

Se volvió y la miró de frente. Mientras Glenn la contemplaba, furioso y herido, ella suplicaba, silenciosamente, comprensión y entendimiento.

—He olvidado algo —dijo él con rudeza brutal—. Una parte de la historia ha sido omitida. Después que hiciste el amor ese hombre te dió un poco de dinero... dinero que tú pediste... el dinero que trajiste a casa y que tiraste sobre la mesa. Lo pusiste allí deliberadamente... orgullosamente... para que yo no dejara de verlo. El dinero era tan importante como todo lo demás, ¿no es así, Gretta? ¿No es así?

Ella asintió casi imperceptiblemente.

—Bueno, la cosa es bien asquerosa... ¡cada detalle! —gritó Glenn. Era la primera vez que le hablaba enojado y ella retrocedió aterrada ante él. Glenn comprendía lo que estaba haciendo, pero ya no podía dominar sus sentimientos. Además, no quería controlarlos. No deseaba hacerla sufrir, pero, al mismo tiempo, tenía que liberarse del intenso sufrimiento que ella le había causado.

—¿Qué te parece? —preguntó—. He quemado el dinero en la pileta... ¿Qué dices de esto?

—Me alegro, querido —dijo Gretta débilmente, procurando contener las lágrimas que inundaban sus ojos—. ¡Si supieras qué contenta estoy... quería que hicieras eso! —Súbitamente empezó a sollozar histéricamente.

—¡Querido! —exclamó llorando—. Por favor, por favor, querido, perdóname...

—Claro que ahora están contenta. El dinero cumplió su misión.

Glenn comprendía que Gretta necesitaba que él dijera algo cariñoso, comprensivo, amistoso, pero no se le ocurría nada qué decir. Empezaba a arrepentirse de haber perdido el control y de haberle gritado. Comprendía que ella había sido honesta y sincera y, precisamente porque ella no había ocultado nada, él se había enfurecido irrazonablemente.

—No sé qué decirte —hablaba como consigo mismo—. Realmente, no lo sé.

—Querido, si dejas de amarme, me mataré. Lo digo seriamente. No podría soportar que dejaras de quererme... ¡No podría vivir! Por favor, no dejes nunca de quererme... pase lo que pase...

Él se puso de pie, evitando la mirada suplicante de ella, se apartó del sofá y empezó a caminar de un extremo a otro de la habitación. Una y otra vez caminó y caminó.

—¿Qué vamos a hacer..., qué vas a hacer conmigo? —preguntó Gretta con voz tensa.

Él siguió caminando.

—No lo sé —repitió una y otra vez—. No lo sé. Realmente no sé.

—Pero, querido, tienes que hacer algo —urgió ella, desesperada.

—Tal vez no pueda hacer nada por ti... quizás sólo tú puedas hacer algo para salvarte —dijo él.

Como si soportara una tortura intolerable, Gretta se dejó caer boca abajo sobre el sofá, lanzando un grito angustiada. Glenn se detuvo y la miró. Comprendió que ella

estaba a punto de perder el control, y tuvo miedo de que intentara hacerse daño si él no hacía algo para impedirlo.

Se dirigió a la cocina, llenó un vaso de agua y extrajo algunas píldoras de su botiquín médico. Se sentó después junto a Gretta, le levantó la cabeza y le hizo tomar el sedante y el vaso de agua. Después encendió otro cigarrillo y esperó que el remedio hiciera efecto. Unos minutos después, Gretta yacía tranquilamente en el sofá, y él la levantó en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Cuando él terminó de desvestirla, ella estaba completamente dormida, y él la cubrió con una manta. Después de unos momentos, la dejó y regresó a la sala.

Primeramente tomó una botella de *whisky* y un vaso, se sentó en el sofá y miró la mesa. Mientras miraba los guantes y el sombrero de Gretta, la cartera roja y las llaves, los paquetes todavía sin abrir, imaginó que todavía estaban allí, desparramados, los sucios billetes. Con un movimiento del brazo lanzó todo al suelo. Después pasó los dedos sobre la suave superficie de la mesa, como para asegurarse de que ya no había allí nada.

Llenando el vaso de *whisky* bebió un poco, sin dejar de contemplar los paquetes que había tirado al suelo. Se preguntaba qué habría comprado Gretta en las tiendas, pero, aun entonces, no tenía deseos de abrir los paquetes para saber qué contenían. Tal vez había comprado un regalo para él. Naturalmente, era así. Siempre le traía algún regalito cuando salía de compras. Tal vez le había comprado unos guantes nuevos, o una corbata, o un par de chinelas. Ella no era capaz de regresar a casa sin traerle algo.

Echó más *whisky* en el vaso.



Glenn Kenworthy marcó la tarjeta de salida en el establecimiento médico a las tres de la tarde de un helado día de febrero, dos horas antes de lo acostumbrado.

La enfermera de guardia se dirigió amablemente a Glenn, sonriendo mientras hablaba, pero él, sin oír lo que decía la mujer y sin que esto le importara, se volvió bruscamente y se alejó. Avanzó pesadamente por el corredor iluminado, hasta su despacho, en el ala occidental del edificio. Su cuerpo estaba agotado después de haber pasado sin comer y sin dormir veinticuatro horas. Deseaba echarse en una de las camas de la clínica y no despertarse más.

Como excusa para no realizar la visita diaria a los pacientes, Glenn había garabateado casi ilegiblemente en la tarjeta celeste de la oficina de entradas, que tenía que ausentarse el resto del día para que le arreglaran una muela. No tenía idea de por qué había elegido aquella excusa. Era el primer pensamiento que se le había presentado, pero cualquier excusa le habría parecido buena si servía para quedar libre el resto del día.

Oyó que una de las enfermeras le hablaba, llamándolo por su nombre, pero él pareció no oír el saludo y ni siquiera levantó la vista del suelo.

Al atravesar en un estado de terrible depresión las salas, los laboratorios y las salas de operaciones, Glenn comprendió que el verdadero motivo para hacer lo que hacía es que se sentía demasiado angustiado y deprimido para poder continuar ocupándose de sus pacientes. Por primera vez desde que se había recibido ya no le importaba que los enfermos empeoraran o sanaran, que vivieran o murieran. Estaba en un momento de la vida en el que ya ni siquiera le interesaba su profesión por razones de rutina.

Atravesó toda el ala occidental, vagamente consciente de que algunas enfermeras y médicos le habían dirigido la palabra, pero sin importarles quién hubiera hablado ni lo que hubiera dicho. En el momento que abría la puerta de su despacho una de las enfermeras de cirugía, Martha Holloway, apareció en el corredor, procedente de una de las habitaciones contiguas.

Martha sonrió rápida e impersonalmente al reconocerlo, y de inmediato se alejó por el corredor, sin hablarle. Hacía medio año que estudiaba en la clínica, y siempre se había mostrado tímida y retraída en presencia de Glenn.

Con la mano en el picaporte, Glenn se detuvo y miró el leve balanceo de las caderas de la muchacha, que se alejaba caminando velozmente, como si quisiera desaparecer cuanto antes de su vista. Mientras la miraba, se preguntó por qué Martha Holloway, al revés de otras enfermeras, no tenía la costumbre de mirar por encima del hombro. Súbitamente, sintió que se apoderaba de él la angustia del desamparo y de la soledad.

—¡Martha! —llamó con voz potente, que resonó en todo el corredor—. Martha... venga aquí... ¿Me oye?

La joven enfermera se detuvo y, con una expresión de sorpresa, se volvió apenas. Aunque Glenn le hizo rápidas señas de que se acercara, ella seguía mirando como si no supiera si debía huir o volver hasta donde él estaba.

En los últimos tres meses, las horas de trabajo de Martha habían coincidido con las de Glenn, y él la había visto con frecuencia. Había adquirido recientemente la costumbre de hablarle cuando se encontraban en el corredor y, aunque la timidez de la muchacha era obvia, siempre se había mostrado cordial y amable. Era una muchacha robusta, de menos de veinticinco años, con pelo corto y oscuro, que generalmente tenía aspecto poco cuidado. Al revés de la mayoría de las jóvenes enfermeras, era fea y no particularmente atractiva. Tenía una gran cara redonda, de pesadas quijadas, y la nariz y la boca eran pequeñas y mal proporcionadas. Pero aunque no tuviera atractivo físico, era cordial, seria y muy consciente en su trabajo. Todos tenían la impresión de que su único interés en la vida era el cuidado de los enfermos. Muchos pacientes, después de haber sido atendidos por ella, solicitaban sus servicios mientras permanecían en la clínica. Recibía más regalos de los enfermos curados que todas las otras enfermeras juntas. Aquello la turbaba mucho, y siempre insistía en compartir los regalos con sus compañeras.

Martha no se movió cuando Glenn la llamó. Permaneció allí de pie, en su immaculado uniforme, mirándolo, como una estatua que simbolizara a la enfermera en el mundo entero. Por un instante, él se sintió orgulloso de su profesión y de todas las enfermeras asociadas a ella. Después comprendió que Martha, moviendo apenas la cabeza, se alejaba en lugar se acercarse.

—¡Venga aquí, Martha! —gritó, haciéndole señas desesperadas.

Vacilando, ella se acercó un poco, pero se detuvo mucho antes de llegar hasta él.

—¿Qué pasa, doctor Kenworthy? —preguntó con su aire tímido, apresurado.

—Vamos a tomar un café, Martha.

Como si estuviera de antemano decidida a rechazar cualquier sugerencia de él, Martha meneó la cabeza antes de que Glenn terminara de hablar.

—No puedo, doctor Kenworthy.

—¿Por qué?

—Porque estoy ocupada con el informe de las tres de la tarde. —Empezó a retroceder—. Realmente no puedo tomar un café ahora.

—Usted puede, si a mí se me da la gana —dijo él rudamente—. Y yo lo ordeno. Que otra haga los informes. Hay muchas enfermeras que pueden hacerlo. ¿Entiende?

—Pero nadie puede...

—Sí, alguien podrá hacer sus informes.

Martha permaneció allí vacilante, como si no supiera qué debía hacer.

—Le ruego, doctor Kenworthy...

—Usted conoce las reglas, Martha —dijo Glenn frunciendo el ceño con paciencia—. Usted está obligada a hacer lo que cualquier médico de esta clínica le ordene hacer. ¿No es así, Martha?

Ella asintió de mala gana.

—Así es, doctor Kenworthy —y añadió—: Como usted quiera.

—Bueno, esto va un poco mejor, Martha —dijo él, sonriendo un poco—. Empezaba a sospechar que teníamos una enfermera que no obedecía las órdenes. No me gustaría nada tener que informar eso de usted.

—Lo siento —dijo ella, bajando la cabeza.

—Bueno, eso ya no tiene importancia, Martha. No se preocupe. No haré ningún informe. Vaya, traiga mucho café para los dos y vuelva. La espero en mi despacho.

La vió volverse y caminar veloz por el corredor, mientras el movimiento de sus caderas parecía aun más contenido que antes. Cuando la enfermera se perdió de vista, Glenn entró en su despacho y cerró la puerta. Encendió las luces y bajó las persianas. Había sido otro día invernal y gris, sin sol, y la penumbra del fin de la tarde empezaba a confundir las líneas de los árboles pelados que surgían sin vida del suelo helado y cubierto de nieve.

Mientras esperaba que Martha Holloway regresara con el café, Glenn caminaba con nerviosas zancadas de uno a otro extremo del cuarto. Cuando firmó la tarjeta de salida, había tenido la intención de dejar la clínica y regresar inmediatamente a su casa. Ahora comprendía que había cambiado de idea, consciente o inconscientemente, y ya no quería volver a casa. Cuanto más recorría la habitación más comprendía que nunca había querido regresar a su casa, y que no quería vivir allí en lo que le quedaba de vida. Después de unos minutos, supo que su decisión era firme, fija, inalterable. Nunca más volvería a su casa.

Glenn seguía paseándose inquieto por la habitación cuando llegó Martha con el café, y cerró la puerta. Ninguno de los dos habló pero ella le lanzó una mirada furtiva, como si aún estuviera turbada por lo que había ocurrido y tuviera miedo de quedarse con él a solas en la oficina. Siempre sin hablar, Martha llevó el café hasta el escritorio y lo colocó allí. Miró a Glenn y esperó vacilando. Él le hizo una seña e indicó las dos tazas.

Mientras ella servía el café humeante, Glenn fue hasta la puerta y le echó la llave. Ella, al comprender el gesto de él, miró alrededor con aire asustado en su cara redonda, de pesadas quijadas. Un poco de café se derramó sobre el escritorio.

—Doctor Kenworthy, ¿por qué ha hecho eso? —preguntó la muchacha, con la voz contenida y casi sin aliento.

Él siguió inmóvil, como si no la hubiera oído.

—Doctor Kenworthy...

—¿Qué pasa?... ¿Qué dice?

—¿Por qué ha cerrado la puerta con llave?

—He cerrado la puerta porque no quiero que me molesten —contestó él inmediatamente—. No quiero que nadie venga aquí. Hago esto siempre que no quiero ser molestado. ¿No cierra usted la puerta cuando quiere estar tranquila? Para eso se han hecho las cerraduras, ¿no es así?

—Pero, doctor Kenworthy —protestó la muchacha, mientras se retorció las manos—, esto es contra las reglas y...

Glenn le lanzó una mirada mientras ella permanecía allí, meneando la cabeza.

—¿Qué reglas? —preguntó.

—Doctor Kenworthy: no está permitido que una enfermera permanezca en el cuarto de un paciente, o en el despacho de un médico, o en un laboratorio, con la puerta cerrada —recitó ella con precisión—. Yo tengo muy buenas clasificaciones desde que he ingresado en esta clínica como estudiante de enfermera, y no deseo...

Glenn rió ante la seriedad de ella.

—Conozco las reglas tan bien como usted, Martha. Pero las mando al diablo... —añadió con un desdeñoso encogimiento de hombros—. Sé lo que hago. Deje de preocuparse por las reglas. Deje que sea yo quien se preocupe de eso. Hace mucho tiempo que ejerzo y sé mejor que usted qué debo tener en cuenta. Por otro lado, quizás yo haya ayudado a establecer esa regla de la que usted habla... ¿Por qué no voy a cambiarla si se me da la gana?... Probablemente ya es hora de que esa regla sea transformada y puesta al día.

—Pero si la supervisora Tanner descubre que yo he estado en su despacho con la puerta cerrada...

—No se preocupe —dijo él con indiferencia—, no se acuerde de Norma Tanner. A mí no me preocupa, ¿por qué tiene que preocuparse usted?

Ella asintió con un nervioso movimiento de cabeza, como si tuviera miedo a seguir hablando del asunto.

Glenn fue hasta el escritorio, tomó una de las tazas y empezó a beber café negro y muy caliente. Martha, inquieta y tensa, se sentó en una silla en el extremo del escritorio. Permaneció allí, mirando sus manos, que mantenía apretadas con fuerza sobre la falda. Glenn bebió la mitad del café antes de dejar la taza.

—Ya le he dicho que sé lo que hago ¿no es así, Martha? —preguntó después de un momento. Esperó que ella lo mirara antes de proseguir—: Y sé lo que hago. Lo sé demasiado bien. Nadie lo sabe mejor que yo. ¿Sabe usted cuándo está segura de algo, Martha?

—Sí, doctor Kenworthy.

—Bien, yo también sé lo que hago. Pero ¿sabe usted lo que estoy haciendo?

—No, doctor Kenworthy.

—Se lo diré. Es muy sencillo. Voy a hablar con usted. Tengo que hablar con alguien y quiero que usted me escuche. Usted puede escuchar bien. Es comprensiva. Es el tipo de mujer que no se aburre al oír las desdichas del prójimo. ¿No es así? ¿Verdad que no se aburrirá, Martha?

—No, doctor Kenworthy —replicó ella, sacudiendo rápidamente la cabeza.

—Así me gusta —dijo él—, es lo que esperaba.

Recogió la taza, bebió más café y después fue hasta el extremo del cuarto. Allí se volvió y la miró pensativo unos momentos. Después regresó y se sentó en el sillón

del escritorio.

—Usted me interesa, Martha —dijo—. Hace un año casi, que la veo en la clínica, pero todavía no he tenido ocasión de hablar con usted. Hábleme de usted. ¿Tiene familia? ¿Tiene padres?

—Sí, doctor Kenworthy.

Él sonrió un poco.

—Supongo que siempre han sido con usted cariñosos y que usted es una hija modelo. No es así.

Ella asintió.

—Sí.

—Entonces, tendría usted que ponerse de rodillas y agradecerle a Dios noche a noche, por el resto de su vida.

Martha lo miró un instante, sorprendida.

—¿Tiene usted novio? —preguntó él después de un instante.

Ella dijo que no tenía novio.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Simplemente no lo tengo.

—¿Ha estado enamorada alguna vez?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Es usted virgen?

La cara de ella se puso roja y miró las manos, que seguía teniendo apretadas sobre el regazo.

—Dígame, Martha. Quiero saberlo. ¿Es usted virgen?

Él esperó largo rato, pero ella no contestó.

—Creo que ya sé la respuesta —dijo él, moviendo la cabeza meditativamente—. Usted es virgen. Eso me gusta. Me agrada saberlo. Siga mi consejo y sea virgen todo el tiempo que pueda. Mientras lo sea, realizará dos cosas en la vida... dos grandes cosas. Usted no será desdichada, y no hará desdichado a nadie.

Apartándose de ella, Glenn llenó la taza de café y bebió rápidamente.

—No he terminado aún —le dijo—, hay otra cosa que deseo saber. Es importante. Si un hombre le dijera que usted le gusta y si la deseara ¿le pediría usted dinero?

—¡Claro que no! —contestó la muchacha con énfasis.

—¿Entiende usted lo que quiero decirle?

—Sí, creo que sí.

—Creo que me ha entendido y por eso lo ha dicho. Quería oírsele decir, porque quería convencerme que no todas las mujeres son como una mujer que conozco. Ya empezaba a dudar.

Esta vez echó café en las dos tazas. Tendió una a Martha.

—¿Está usted contenta de que su vida sea como es, Martha?

—Sí, creo que sí —contestó ella.

—¿Por qué?

—¿Por qué? No lo sé exactamente, doctor Kenworthy. Creo que soy feliz porque no hay nada que me haga desdichada. Me agrada mi trabajo en la clínica y...

—No sabe usted la suerte que tiene, Martha —interrumpió él—. Mientras las cosas sigan así, será usted una de las personas felices del mundo, en lugar de una de las más desdichadas. Si quiere saber cómo es uno de esos seres desdichados, tómese su tiempo y míreme bien. —Rió para sí, mientras ponía de lado la taza vacía—. Puedo darle esta clase de consejos porque sé todo lo que hay que saber sobre el asunto.

—Parece usted preocupado por algo, doctor Kenworthy —dijo ella con aire comprensivo.

—¿Por qué iba a hablarle de este modo si no fuera así? —preguntó él.

—¿Le ha ocurrido algo? —Rápidamente añadió—: Quiero decir... ¿Ha pasado alguna otra cosa?

—Lo que ya ha sucedido es suficiente para cualquier hombre. No podría haber soportado más. Ya ni siquiera puedo soportar lo que ha pasado.

—Lo siento mucho —dijo ella conmovida—. Lo siento muchísimo, doctor Kenworthy.

—Gracias, Martha —dijo él, agradecido.

Con movimientos nerviosos, Glenn encendió un cigarrillo. Después arrojó el fósforo encendido descuidadamente hacia el cenicero. El fósforo cayó al suelo.

—Martha ¿sabe usted por qué firmé la salida hace un rato... dos horas antes de lo que hubiera sido justo? —Estrujó el paquete de cigarrillos semivacío que estaba sobre el escritorio—. ¿Sabes por qué hice eso?

—No, doctor Kenworthy.

—Porque creí que iba a volver a casa.

Ella contuvo el aliento.

—¿Y no piensa usted volver a su casa?

—No. No volveré a casa. He cambiado de idea. Mejor dicho, la idea se cambió sola. Algo me hizo cambiar. Pensé en algo mejor que hacer... quiero decir, a mi mente se le ocurrió algo mejor. Algo muchísimo mejor. Eso indica la inteligencia humana, ¿no es así? Siempre se piensa en hacer algo mejor. El progreso humano no existe si el hombre no encuentra la manera de hacer mejor las cosas. ¡Míreme! —Se golpeó el pecho con el puño—. ¡Míreme bien, Martha! ¡Estoy contribuyendo al progreso de la civilización!

Ella observaba el extraño comportamiento de él, preguntándose de qué estaría hablando.

—Al diablo con la civilización —dijo Glenn—. Lo importante es que cambié de idea porque pensé en hacer algo mejor. Algo que personalmente sería mejor para mí. Ahora me importa un cuerno la civilización... lo único que importa soy yo mismo. —Glenn le lanzó una mirada, como provocándola a que reprobara lo que había dicho—. Nunca más volveré a casa. ¿Qué le parece, Martha?

—Habla usted de una manera tan extraña, doctor Kenworthy... nunca le he oído antes hablar así —dijo la muchacha, inquieta. Nerviosamente se apretaba las manos una y otra vez—. ¿Qué le pasa?

—No se preocupe tanto, Martha —dijo él, riendo de la seriedad de ella—. Sé lo que hago.

—Pero algo debe haber ocurrido...

—Está usted equivocada, Martha. Todo está muy bien y marcha magníficamente ahora. No podría marchar mejor... nada podría mejorarse. Eso es lo bueno del asunto... cuando se logra la perfección se consigue el máximo en la vida. Míreme bien. Soy un hombre transformado. Ya no me importa lo que digan usted o las otras enfermeras, o todos los médicos de la clínica. Me importa un comino lo que todos digan. Por eso he cambiado. Por mucho tiempo me importó, porque las cosas que se dijeron me hirieron hondamente. Los chismes también herían, aunque no llegué a enterarme de todo, pero suponía lo que estaban comentando. Eso ha pasado ya. Ya no siento dolor. Las enfermeras, los estudiantes, los médicos, los pacientes, todos podrán decir lo que se les dé la gana de un extremo al otro de la clínica, y a mí no me importará nada. Hace mucho tiempo que no puedo dormir de noche. Paso las horas en vela, preguntándome qué se comenta en la clínica y si debo renunciar, huir y esconderme en alguna parte, o qué otra cosa puedo hacer. Pero eso también ha pasado ya. Ya no pienso preocuparme, gracias a Dios. Es maravilloso que ya nada me preocupe. Me siento como un hombre transformado. Y soy otro hombre. ¿No parezco un hombre distinto? Míreme bien y dígame si no parezco otro. ¿Qué ve usted, Martha?

—Doctor Kenworthy, no parece usted estar en sus cabales —dijo Martha, mientras una honda preocupación se pintaba en su pálido rostro—. Ni siquiera sé de qué está usted hablando. No entiendo nada. Todo lo que usted dice es tan raro y tan fuera de lugar...

—Usted sabe de qué estoy hablando —dijo él, con provocadora seriedad—. Sabe lo que todos han dicho de mí de un extremo a otro de la clínica. Usted ha oído todos los cuentos y los chismes sobre mi mujer. Bueno, voy a decirle algo: todo es verdad. Todo lo que han dicho es cierto. Podrían haber chismeado aun más, si hubieran estado más enterados. Y todo habría sido también verdad. Cuando empezaron los chismes yo afirmé que todo era mentira. Lo dije porque me negaba a creerlo, y porque quería convencerme de que era mentira. Por un tiempo logré engañarme, pero ya no me engaño. Todo que ha oído usted sobre mi mujer es la más pura verdad. Todas las porquerías que han dicho.

—No, doctor Kenworthy —protestó ella—, por favor, no diga eso.

—Sé lo que digo. Ella empezó a ser lo que es cuando tenía nueve, diez años o poco más. Tal vez once o doce. Eso no hace al caso. Y no ha cambiado desde entonces. Ella misma me lo ha dicho. Por eso sé que es verdad. Procuré olvidarlo... apartarlo de la mente... hacerlo desaparecer. Pero no pude hacerlo. Vuelve siempre...

cada vez con mayor fuerza. Eso es lo que ocurre cuando tratamos de ignorar o de olvidar una cosa así. ¿Sabe usted lo que ella hace, Martha?

—No, doctor Kenworthy —repuso la muchacha rápidamente—. Pero, por favor, no siga diciendo...

—A mí me toca hablar y a usted escuchar. Mi mujer recibe dinero de los hombres. No le importa quién le dé el dinero. Cualquiera sirve. Cualquier hijo de p... Royd Fillmore fue uno de sus hombres. Yo fui otro... sí, también yo. Ella misma no sabe cuántos hombres ha tenido en los últimos años. Ha perdido la cuenta. Centenares. Le aseguro que han sido centenares.

—Debe usted estar equivocado, doctor Kenworthy —dijo Martha, meneando la cabeza con incredulidad—. No puede ser verdad. Debe usted estar horriblemente equivocado. Las mujeres no son así... no hacen esas cosas. ¡Es vergonzoso!

—No he dicho que todas las mujeres sean como ella. No he dicho que usted lo sea. Pero ella es así.

—Debe de haber un error —protestó Martha.

—No hay error. Pero daría todo lo que tengo en el mundo por estar equivocado.

—Pero, doctor Kenworthy...

—Déjeme terminar. No me interrumpa. Quiero decirle por qué no he renunciado a la clínica y me he ido de la ciudad. Algunos de ustedes se han preguntado por qué no renunciaba y me iba a otra parte. He pensado hacerlo. He pensado mucho. En un momento me pareció lo único posible... la única salida inteligente. ¿Sabe usted?... Irse, olvidar el pasado y comenzar una nueva vida en otro ambiente. Así se hacen las cosas, supongo, y creo que eso es lo que haría una persona sensata, pero no he podido hacerlo. Sé que seguiría viviendo conmigo mismo... y con ella... y pensando siempre esas terribles cosas de mi mujer, fuera donde fuera. Nunca podré olvidar lo sucedido aquí, en Unionville... nunca podré convencerme de que eso no sucederá otra vez. Usted sabe lo que ha ocurrido, Martha. Me enamoré y me casé. Era la primera vez que me enamoraba seria y profundamente, y eso me parecía lo más maravilloso del mundo. No; nadie me obligó a casarme con ella. Tenía los ojos bien abiertos. Me casé con ella porque la quería. Porque estaba enamorado. Nunca me había casado antes y creía que todas las mujeres eran ángeles... por lo menos lo creía de la mujer con quien me casé. Después descubrí que algunas mujeres no desean ser ángeles... o no pueden serlo... y ese descubrimiento me trastornó. Desde entonces no he podido rechazar los pensamientos que me carcomen la mente. No soy bastante fuerte para suprimirlos. Soy, por lo contrario, muy débil. No soy bastante hombre. Además, hay otro lado de la cuestión: no podría dejarla... no podría divorciarme de ella. Le he prometido que nada de lo ocurrido en el pasado podrá jamás ser causa de que la abandone o de que me divorcie. Es una promesa, y yo soy hombre de principios. Ella me creyó y ha confiado en mí, y yo no puedo retirar mi palabra.

Glenn hizo una pausa respirando profundamente. Martha permanecía sentada con expresión de sorpresa en su pálida cara, como si todo lo que Glenn decía fuera



incomprensible para ella.

—Usted entiende lo que digo, ¿no es así, Martha? —preguntó él de pronto.

—No estoy segura —contestó ella, meneando la cabeza.

—Claro que usted entiende —dijo él con una risa nerviosa—. Usted es mujer. Usted sabe exactamente a qué me refiero. Le estoy diciendo por qué no puedo olvidar el hecho, o aceptar que mi mujer sea una prostituta... no una prostituta vulgar, claro que no... en modo alguno... es una prostituta de categoría... podríamos clasificarla como una prostituta neurótica y artística, con ciertos ribetes de clasicismo. Existe mucha diferencia, sabe usted, entre la antigua ramera que recorría las calles y una prostituta moderna y neurótica. La primera es una obrera, la segunda una artista. Eso establece una diferencia de alto grado. Además, también hay diferencias sociales. La prostituta neurótica contemporánea se sentirá insultada si una antigua ramera de las calles intenta hablar con ella. De todos modos, es necesario verla actuar para apreciar su arte. Por ejemplo: existe una manera especial de sentarse en el suelo y de quitarse las medias. No puede describirse, de la misma manera que no podemos describir un *ballet* a alguien que jamás haya visto uno. Pero, puede usted creerme bajo palabra, la exhibición es fascinante... o, como dirían otros, es una exhibición arrebatadora. Es como una fantasía soberbiamente representada... una escena altamente estilizada de *ballet*, que la primera bailarina ha ensayado desde los diez años. Todas empiezan a ensayar cuando tienen diez años... ¿no es así?... Las bailarinas y las prostitutas neuróticas. Bueno, de todos modos, ella tiene sus motivos especiales y personales para hacer lo que hace, y supongo que mucha gente creerá que es una teoría muy interesante, pero, para mí, es como si ella sufriera de cleptomanía. Ella no puede menos que disfrutar de su arte, de la misma manera que un cleptómano no puede menos que ir a una tienda y robar, nada más que por la satisfacción de hacer un latrocinio común. Es una necesidad compulsiva.

—Pero, doctor Kenworthy —dijo Martha inquieta, mientras seguía retorciéndose los dedos—, eso no quiere decir que ella seguirá siendo lo que es. Usted podría ayudarla. Usted sabe que una cosa así es posible. Si la llevara usted a un médico psiquiatra, o a algún sanatorio donde le hicieran un tratamiento...

—Naturalmente, eso la ayudaría... si ella quisiera ser ayudada. Pero ella no quiere que la ayuden, no quiere cambiar, porque es feliz tal como es. Sería desdichada si no pudiera entregarse a su arte. Me lo ha dicho. De todos modos, eso no me ayudaría a mí, y ahora tengo que pensar en mí. Tengo la mente enferma. No podría volver a mirarla en todo lo que me quede de vida mientras piense en lo que ha sido, en lo que es, y en lo que seguirá siendo. Por eso no puedo volver a casa. Tal vez esté equivocado, espero estarlo, pero ahora no puedo evitarlo. Ya no tengo voluntad para seguir haciéndolo. Esto ha ido demasiado lejos, se me ha metido hondamente en el alma. La ciencia médica ha encontrado cura para muchas enfermedades dañinas, y yo padezco una enfermedad de este tipo. O, sería mejor decir, padecía una de ellas.

—¿Qué quiere usted decir, doctor Kenworthy? —preguntó ansiosamente la

muchacha.

—¿No le parece que la cosa es obvia... después de lo que le he dicho, Martha?

—No entiendo...

—Ya entenderá —dijo él riendo un poco—; es la manera de terminar con todo, en lo que a mí concierne. Después, ya no habrá más tormento. La naturaleza ha arreglado las cosas.

—Doctor Kenworthy, por favor no...

Se puso de pie. Su rostro redondo estaba pálido y perturbado; sus manos temblaban. Mirando el teléfono que había sobre el escritorio, se acercó allí, pero Glenn le cerró el paso.

—No, Martha —dijo tranquilamente, moviendo la cabeza—. No haga eso. Deje que haga las cosas a mi manera. Usted ha hecho lo que yo quería que hiciera. Gracias por su ayuda. Usted me ha escuchado. Usted ha comprendido. Ahora, yo me encargo de lo demás. Puede retirarse ya. Ya no la necesito. Váyase, por favor.

—Doctor Kenworthy, prométame por favor que no hará nada...

—No se preocupe, Martha —dijo él, empujándola hacia la puerta—. Recuerde únicamente que me hizo mucho bien poder hablar con alguien. La conversación, aunque sea casi un monólogo, como en este caso, tiene gran valor terapéutico. Ahora me sentiré bien. Vaya y ocúpese de sus enfermos, como es su deber. No olvide nunca su profesión, Martha. Sea siempre una enfermera consciente, seria. Honre a la profesión, como honra su propia alma. —Abrió la puerta y la hizo salir.

—¿Qué va usted a hacer, doctor Kenworthy?

—Ahora voy a recostarme y a dormir un rato. Necesito un largo descanso, y procuraré que no me molesten. Quiero pedirle ese favor.

Glenn la empujó hacia el corredor.

—Gracias por el café, Martha. Me calmó los nervios y me dió valor, y valor era lo que más necesitaba.

Apartándola rudamente de la puerta, rápidamente cerró y volvió a echar llave. Al acercarse a su escritorio, oyó que Martha corría por el corredor.

Al sentarse junto al escritorio, Glenn tuvo la alegría de ver que todavía quedaba algún café. Lo echó en la taza y bebió un poco. Se sorprendió al comprobar cuán de prisa se había enfriado, y un ligero estremecimiento atravesó su cuerpo. Después, como si bruscamente recordara lo que había planeado hacer, extendió el brazo hasta el armario que estaba sobre el escritorio y sacó de allí una botellita, que vació en la taza de café. Después de beber el resto del café de un trago se puso de pie y camino lenta y tranquilamente hasta el diván que estaba en un rincón del despacho, y se tendió allí a dormir.

**TERCERA PARTE**

**Y AL FIN...**

# 1

El largo invierno había terminado.

Tras varios días de un cielo claro y un sol resplandeciente, con cálidas brisas del sur, se derritió la nieve que aún quedaba y, en aquella noche de principios de abril, caía una ligera llovizna. Eran poco más de las nueve. A esa hora sólo unas pocas personas transitaban por las calles mojadas, y la mayoría de las tiendas y almacenes estaban oscuros y cerrados. De vez en cuando algún automóvil pasaba, haciendo chirriar los neumáticos sobre el pavimento húmedo.

Gretta estaba de pie, en un zaguán de la esquina de su casa, cuando el taxi que había llamado, salpicando de agua al acercarse a la vereda, se detuvo en la curva. Gretta corrió bajo la lluvia, protegiéndose la cabeza con una bufanda para que el cabello no se le mojara, se metió en el taxi y dió al chofer la dirección del bar *Roundabout*, en calle de Woodbine.

—Va a llover toda la noche —dijo el chofer, volviéndose y mirándola por encima del hombro—. Antes de que amanezca será un diluvio. No está mal para el negocio de taxis, pero lo siento por la gente que tiene agujeros en la suela de los zapatos.

Gretta guardó silencio.

El coche avanzó una cuadra y después el chofer volvió a mirarla. Era un hombre grueso, maduro, con una amplia sonrisa y rizado pelo castaño.

—¿No nos hemos visto en alguna parte? —preguntó—. Me parece que usted es cara conocida.

—Probablemente —contestó ella.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en Unionville?

—Un año o dos.

—Estoy seguro que la he visto antes, si hace tanto tiempo que vive por aquí. En mi oficio, esta ciudad no es muy grande. Un chofer anda mucho. Y también llega a conocer mucha gente. Usted se sorprendería de la cantidad de gente que conozco en esta ciudad. Y me tuteo con muchos. Así es... Un chofer tiene que andar de aquí para allá si quiere ganarse la vida y pagar los créditos y las deudas. Yo trabajo para ganarme la vida como cualquiera. Y también ahorro para que los créditos no se me vengán encima.

Cuando el taxi se detuvo frente al *Roundabout*, el chofer se volvió hacia Gretta y le tendió una tarjeta.

—Vea —dijo con tono confidencial—, si alguna vez puedo serle útil en algo, llámeme a este número. Pregunte por Don. Así me llaman. Trabajo de seis de la tarde a seis de la mañana y estoy a su disposición cuando a usted se le ocurra. Tengo buenas amistades y soy un hombre de mundo. No se olvide.

Sin contestar, Gretta metió la tarjeta en la cartera, que había abierto para pagar el taxi. Además, dió al hombre una pequeña propina.

—Adiós —dijo él familiarmente, cuando Gretta bajó del taxi—. Cuídese bien.

En el *Roundabout* había seis o siete hombres cuando ella entró y se sentó en uno de los taburetes junto al bar. Hacía cinco meses que había estado allí por última vez, pero la escena era tan conocida que tuvo la sensación de haber faltado sólo unos pocos días. Estaban amontonados los conocidos vasos de diferentes formas y tamaños en el estante detrás del bar; allí estaba la adormecedora y suave música; el fuerte olor de tabaco saturaba el aire; y allí estaban también los hombres, inclinados y silenciosos, sentados frente a las botellas de cerveza y a los vasos de *whisky*. Se alegró de que se hubieran producido tan pocos cambios en aquel tiempo.

Gretta colocó la cartera sobre el mostrador del bar, dobló cuidadosamente su bufanda mojada y se apoyó en los codos.

—Un *whisky sour*, Phil —dijo al grueso mozo, que acaba de vaciar un cenicero y de colocarlo ante ella.

Phil, sin reconocerla inmediatamente, se volvió para sacar un vaso del estante. Pero, en el momento en que tendía la mano para tomar el vaso, se volvió de golpe y miró fijamente a Gretta.

—¿Te acuerdas de mí, Phil? —preguntó ella, viendo la atónita expresión del mozo.

—Bueno, ¡bienvenida a la casa! —exclamó, mirándola un momento, mientras una amplia sonrisa iluminaba su rubicundo rostro—. Gretta... ¡eres tú! ¡Hemos vuelto a los viejos tiempos! Nunca creí que te habías ido para siempre. Hace mucho tiempo que no nos vemos ¿verdad?

Contenta de ser recordada y de que se le diera la bienvenida, ella sonrió con placer.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, Phil —dijo, asintiendo con la cabeza—. Cinco meses.

—Por lo menos... —dijo él, observándola con un rápido movimiento de ojos—. ¿Cinco meses? Por lo menos. Cinco meses enteros y tal vez más. Muchas veces he pensado en ti, Gretta. Una chica como tú no puede desaparecer sin dejar una fuerte impresión. Lo malo es que yo no sabía...

—Por favor, dame fuego, Phil —interrumpió ella.

Mientras él hablaba, ella había sacado un cigarrillo de la cartera. Rápidamente, Phil encendió un fósforo.

—Gracias, Phil —dijo Gretta cuando el cigarrillo estuvo encendido.

—Como te decía, Gretta, pensé muchas veces en ti, pero no sabía a qué conclusión llegar. Ya sabes qué quiero decir. En cierto modo, esperaba que volvieras alguna vez, pero no estaba muy seguro de ello. Debo confesarte que deseaba que volvieras. ¡Y ahora estás aquí! Bueno, ¡me alegro tanto de verte otra vez, Gretta!

Ella sonrió agradecida.

—También me alegro de verte otra vez, Phil.

—¿Has estado en la ciudad todo este tiempo?

Ella contestó que así era.

—Hace unas noches alguien estuvo preguntando por ti —dijo él, inclinándose hacia ella y bajando la voz—. Y ¿sabes qué contesté? Le dije al hombre que no pensara más, porque nunca ibas a volver por aquí. ¡Fijate si estaba equivocado! Aquí estás en carne y hueso, ahora mismo, bonita como una muñeca... como si nunca te hubieras ido. Eso demuestra que nunca se puede estar seguro de lo que se dice, ¿no es así, Gretta?

—Creo que tienes razón, Phil —asintió ella.

Él terminó de preparar el copetín que Gretta había pedido y lo puso frente a ella. Gretta tomó el vaso y empezó a beber inmediatamente.

—He leído en los diarios cosas tuyas no hace mucho tiempo, Gretta —apoyó los brazos en el bar y se acercó más—. Me di cuenta en seguida que se trataba de ti, aunque te llamaban por otro nombre, la señora Tanto y Cuanto, porque reconocí tu retrato en los diarios. Me dije que no podía tratarse más que de Gretta. No pudieron engañarme, aunque te llamaron por otro nombre. Leí en los diarios que te habías casado con un médico de la clínica, y que después hubo otro médico que fue a tu casa y se suicidó en el cuarto de baño. Además había muchas otras cosas, pero todo parecía mezclado y no me di muy bien cuenta de lo que pasaba. De todos modos los diarios se ocuparon mucho del asunto, ¿no es así? Los periódicos siempre adornan las cosas, suavizan y recortan cuando se trata de algo serio, como un hombre que se pega un tiro por una mujer... o a quien pegan un tiro por el mismo motivo.

Llevándose el vaso a los labios y asintiendo ocasionalmente, Gretta seguía bebiendo el *whisky sour*.

—Leí todo lo que se escribió en los diarios —dijo después Phil—, y apuesto a que todo el mundo en la ciudad lo ha leído también. Pero, fuera de eso, yo estaba interesado porque se trataba de ti. Además, todo el mundo lee de cabo a rabo las historias en las que hay un tiroteo o algo por el estilo a causa de una mujer. Estoy seguro que te divertiste mucho, Gretta. A mí la historia no me sorprendió mucho, porque se parecía a lo que uno puede esperar de ti. Los hombres siempre han perdido la cabeza por ti y, por algún motivo, es como si los médicos se hubieran entusiasmado más que los demás. Me di cuenta de eso el último otoño, cuando venías aquí casi todas las noches. Cada vez que salías con alguien era un médico..., o lo era casi siempre..., aunque, alguna vez, te fueras con un abogado. De todos modos, sé lo que digo: los hombres siempre se van a enloquecer contigo. Médicos o no médicos, tú eres así. No podría decir lo mismo de otras muchachas que han pasado por el *Roundabout*. Tomemos, por ejemplo, al tipo que ha estado viniendo aquí últimamente y...

Viendo que Gretta fruncía el ceño, se detuvo cautelosamente y esperó que ella hiciera algún comentario. Pero ella se limitó a terminar el copetín y a tenderle el vaso vacío. Phil preparó otro *whisky sour*.

—No estás muy habladora, Gretta —dijo, mirándola interrogativamente.

—No, no mucho —contestó ella brevemente.

—Bueno, ya sabes que no me gusta decir cosas malas respecto de ti, y que me cortarían la lengua antes que decirlas. No he hecho más que repetir a los periódicos. Eso es lo que sucedió..., ¿no es así?... ¿Lo que decían los diarios?

—Sí —contestó ella bruscamente, siempre con el ceño fruncido—, pero no hablemos de eso..., no hablemos nunca más de ello.

—No sabía... —dijo él, intentando disculparse.

Ella lo interrumpió severamente.

—Bueno, ahora lo sabes.

Sorprendido, Phil guardó silencio y siguió mirándola con aire sorprendido.

—Como quieras, Gretta —dijo después, asintiendo—. Pero hay algo que quisiera saber.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Siempre estás casada, ¿no es así?

—No —contestó ella rápidamente.

—¿De veras que ya no estás casada?

—No.

—Pero yo creía...

Gretta sacudió la cabeza.

—¿Por qué no, Gretta? ¿Qué ha ocurrido?

—Mi marido murió.

—¿Murió? —preguntó Phil sorprendido—. ¿Realmente?

Ella asintió y siguió mirando el fondo del vaso.

—¿Cómo fue eso, Gretta?... ¿Se pegó un tiro como el otro médico, o qué sucedió?

—No quiero hablar de eso.

Confundido y turbado, Phil asintió cortésmente.

—No sabía nada de nada y te aseguro que lo siento mucho, Gretta. Lo siento de veras. Cuando alguien así muere..., bueno, ya sé a qué atenerme. Es una lástima que haya pasado eso, porque no hacía mucho que estaban casados. Una cosa así es terriblemente dura para una mujer.

Se apartó de ella, siempre turbado, y fue al otro extremo del bar. Pasaron unos minutos antes de que regresara y volviera a llenar el vaso de Gretta. Ella había encendido otro cigarrillo y nerviosamente arrojaba la ceniza en el cenicero. Los hombres del bar seguían siempre inclinados sobre sus vasos, oyendo la música arrulladora. Ella miró varias veces a los hombres, pero ninguno le había dirigido aún la palabra.

—De todos modos, Gretta —dijo Phil cuando regresó, inclinándose sobre el bar y bajando la voz—, me alegro de verte ahí sentada. No has cambiado nada. Quiero decir, tu aspecto no ha cambiado. Eso puedo garantizarlo. Estás tan bonita como siempre..., tal vez un poco más bonita. Todos te lo dirán... —Hizo una pausa significativa—. ¿Piensas venir ahora con frecuencia?

Ella se irguió muy tiesa y asintió con la cabeza.

—Sí, pienso venir seguido —contestó con voz tranquila—. Y pienso librarme de esa muchacha de la que hablabas. Lo digo en serio, Phil. Quiero librarme de ella. He vuelto y no quiero que nadie más ande por aquí. ¿Entiendes? No debes dejarla volver después de esto.

—¿Realmente hablas en serio, Gretta? —preguntó él en seguida.

—Lo digo en serio.

—¿Realmente piensas venir aquí... como venías antes?

—Así es —afirmó ella—. Y quiero que te ocupes de mí y de nadie más de ahora en adelante. Quiero que las cosas sean así.

—Bueno, espléndido, Gretta —dijo él con una risita breve y nerviosa—. ¡Fantástico! Me alegro mucho que me lo digas. —Después de esto guardó silencio por un largo rato. Antes de volver a hablarle vació el cenicero y cuidadosamente secó el mostrador con la servilleta—. Ya que tú lo has mencionado —dijo después, inclinándose sobre el mostrador—, te diré que varios tipos han preguntado por ti. Los mismos que conociste aquí hace cuatro o cinco meses, antes de que desaparecieras. Cada vez que se mencionaba el asunto, ellos preguntaban si podían ponerse en contacto contigo, y si volverías pronto, y cosas por el estilo. ¿Qué podía hacer yo? Cada vez que me preguntaban por ti les decía que no sabía nada. Creí que preferías eso, ya que te habías ido y te habías casado; por eso les presenté a esa otra muchacha de la que te he hablado. No podía hacer otra cosa, ¿no te parece, Gretta? Naturalmente, si yo hubiera sabido que ibas a volver...

—Todo eso ha terminado —interrumpió ella—. Ahora quiero que eches a esa otra muchacha, como ya te dije.

—Ya sabes cómo son las cosas, Gretta... Tal vez no se pueda cambiar de buenas a primeras, pero yo...

—Tómate desde ya tu tiempo, Phil —dijo ella con firmeza—. Hablo en serio.

Sin contestar, él fue al otro lado del mostrador para servir a un cliente. Cuando regresó, después de unos minutos, le palmeó la mano amistosamente.

—No te preocupes, Gretta —aseguró—; yo me encargaré del asunto. Todo va a marchar muy bien de ahora en adelante. Puedes estar segura. Antes te hiciste de muchos amigos aquí, y seguirás haciéndolos. Eres ese tipo de muchacha. Y ahora que has vuelto, ya sé qué tengo que decir la próxima vez que me pregunten por ti. Ven cuando te dé la gana. Todas las noches, si quieres. Sabes que serás siempre bienvenida.

—Y esa otra muchacha, ¿no estará por aquí?

—Así es. No andará por aquí. Conozco un tipo que dirige un bar en la calle Walnut. Yo arreglaré las cosas.

Gretta sonrió.

—Gracias, Phil.

Sacó un cigarrillo de la cartera y él encendió un fósforo.



—¿Dónde vives ahora, Gretta? No creo que vivas en el mismo lugar de antes, en la calle Cedar.

—En el mismo lugar —contestó ella—. En el mismo apartamento. Cuando pueda pagar algo mejor, me mudaré. Tal vez dentro de uno o dos meses. Ya estoy decidida.

—¿Piensas volver a tu antiguo empleo..., el empleo que tenías antes de casarte?

—No.

—¿De veras? —dijo él sorprendido—. ¿Por qué?

—No importa —contestó ella.

—Comprendo. —Phil movió la cabeza—. Comprendo qué quieres decir.

Gretta sacó dinero de la cartera y lo colocó sobre el mostrador, mientras Phil le preparaba otro copetín. Cuando él vió lo que Gretta acababa de hacer, volvió a meterle el dinero en la mano.

—Nada de eso, Gretta —dijo, sacudiendo la cabeza—. Guarda ese dinero. Esto va por cuenta de la casa. Es una especie de fiesta de bienvenida.

Gretta le dió las gracias.

—Será como antes en todo..., ¿eh?

Gretta sonrió débilmente.

—Así es. Será todo como antes, Phil.

Alguien llamó a Phil en voz alta, pidiendo otra botella de cerveza. Cuando el mozo se fue, Gretta miró alrededor, para ver si la muchacha de la que había hablado Phil estaba en el *Roundabout*. Sólo vió hombres en la habitación.

Cuando Phil regresó junto a ella, volvió a preguntarle por la muchacha.

—Bueno, ahora que todo está claro entre nosotros, te hablaré francamente, Gretta. No he tenido suerte con esa muchacha..., se llama Annette..., y ya antes de que te presentaras yo había decidido transferírsela a otro en la primera oportunidad. Por eso me alegré tanto de verte. Lo malo de Annette es que no tiene la fuerza de atracción que se necesita. Es bastante bonita y joven, y sabe vestirse, pero le falta lo principal: no sabe atraer. Algunas noches ha permanecido sentada aquí en el bar hasta la hora de cerrar, sin conseguir ni un solo copetín extra. Te das cuenta que eso no me conviene. Y en todos estos meses sólo dos o tres hombres han vuelto a preguntar por ella. ¿Comprendes lo que quiero decir? Eso no sirve. No basta con tener el físico; también hay que saber atraer. Eso es lo que vale. Algunas veces he pensado en el caso de Annette, y he llegado a la conclusión de que no hace las cosas de corazón. Parece que se considerara demasiado importante para este asunto: es como si se diera aires y viniera aquí nada más que con la idea de encontrar alguien con quien casarse o arreglarse de otra manera. Si Annette tuviera cabeza haría mejor en casarse o en buscar algún buen empleo, además de éste. No es como tú, Gretta. Tú tienes el físico y la atracción.

Phil se alejó hasta el otro lado del bar, mientras Gretta bebía el *whisky sour* y escuchaba la música. Los hombres más cercanos la miraban a veces curiosa e interesadamente, pero ella no miraba a ninguno. Estaba segura que, tarde o temprano,

alguien iba a sentarse junto a ella y a dirigirle la palabra.

Hacía unos quince minutos que permanecía allí, con los ojos bajos sobre el vaso, cuando Phil le trajo otro *whisky sour*. No dijo nada en seguida, pero ella lo miró interrogativamente.

—De parte de aquel tipo alto en el extremo del bar —dijo con voz sofocada, guiñando un ojo significativamente—. Es aquel del traje gris y la corbata azul. Hace una hora que está aquí y lo he estado estudiando. Nunca lo he visto antes, y probablemente no sea de la ciudad, pero no me parece mal tipo. No creo que te vaya mal con él. —Volvió a guiñar un ojo y se volvió a preparar un copetín para otro cliente. Sin dejar de trabajar, se inclinó un momento sobre el mostrador—. No lo apures hasta que yo tenga ocasión de verlo hablar contigo. Creo que va a acercarse ahora en cualquier momento.

Poco después el hombre alto del traje gris dejó su asiento en el extremo del bar y se sentó junto a Gretta. El desconocido no le dijo nada en el primer momento, pero ella pudo ver por el rabillo del ojo que la observaba minuciosa y apreciativamente. Gretta miró la imagen del hombre reflejada en el gran espejo detrás del mostrador y comprobó que él estudiaba los movimientos de sus manos cada vez que ella las movía. De vez en cuando, con creciente excitación, el hombre miraba el perfil de su cara y el bulto de sus pechos. Ella tuvo la certeza de que el desconocido estaba interesado en ella y que no pasaría mucho tiempo sin dirigirle la palabra.

Phil pasó distraídamente, en apariencia ocupado en otros menesteres, pero lanzó una mirada de reojo al hombre.

—La convido con otro copetín cuando guste —dijo entonces el hombre, con voz grave y agradable. Hubo una pausa y él la miró fijamente; después insistió—: ¿Me permite?

Gretta esperó un instante antes de volverse a mirarlo. Después lo miró y asintió amablemente con la cabeza. Lo miró larga y detenidamente y vio que el desconocido estaba bien vestido y era de apariencia próspera; le gustó también su gran sonrisa amistosa y cordial. Después el hombre dejó de inspirarle confianza o desconfianza, y decidió aceptar su compañía sin temer ya que se tratara de un policía que le tendía una trampa. Sin embargo, esperó para contestar a que Phil le hiciera una señal aprobatoria.

—El mozo me ha dicho que usted no se oponía a que yo la invitara con una copa —dijo el desconocido, con el mismo tono de voz profundo y agradable—. Me alegro mucho que lo haya aceptado.

Después esperó con una sonrisa esperanzada y, como ella no habló, él sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y le ofreció uno. Ella tomó el cigarrillo y él encendió los dos.

—Es una noche muy lluviosa, ¿verdad? —dijo él entonces—. No me gusta andar por la calle en una noche así. Y todavía es peor cuando se está solo, como yo. Prefiero estar aquí con usted, a regresar al hotel. Me alegro que me haya dejado

sentar a su lado a conversar un rato.

Gretta se volvió y lo miró con sonrisa aprobatoria.

—Gracias por el copetín y por el cigarrillo —dijo, acercándose y cruzando las piernas. Su rodilla rozó la del hombre—. Muchísimas gracias.

—No hay de qué, no hay de qué, se lo aseguro —contestó él inmediatamente.

Gretta bebió lenta y deliberadamente el *whisky sour*, mientras se preguntaba quién era el hombre que estaba a su lado. Había observado ya que tenía manos gruesas y hombros musculosos, probablemente por haber sido atleta cuando más joven; las leves arrugas que se formaban en su cara indicaban que tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. La piel estaba ligeramente tostada y sus facciones eran rudas. Gretta tuvo la convicción de encontrarse frente a un hombre de negocios o un profesional.

Mientras seguía allí sentada, observándolo, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Con un rápido movimiento puso el vaso sobre la mesa.

—Por favor, dígame una cosa —dijo, conteniendo el aliento—: ¿Es usted médico?

—No, no soy médico —contestó él, sorprendido—. ¿Por qué pregunta eso? ¿Tengo aspecto de médico?

La respuesta fue tan convincente, que ella no dudo más. Ahora ya no le importaba quién o qué fuera. Era un hombre y eso bastaba.

—Dígame —insistió él—, ¿por qué me preguntó si era médico?

—Porque no lo sabía —contestó ella, recogiendo el vaso—, pero ahora todo está bien.

—¿Está bien porque yo no soy médico? —preguntó él sonriendo.

—Sí.

—Me gustaría saber por qué dice eso.

—No tiene importancia.

—Bueno, de todos modos espero que no tenga prejuicios contra los médicos, porque son gente muy necesaria. Nunca sabemos cuándo podemos necesitar de ellos. ¿No le parece que es cierto? —Hizo una pausa, esperando la respuesta, pero ella guardó silencio—. Supongamos que yo fuera médico: ¿qué diferencia haría eso?

Gretta siguió guardando silencio.

—Soy abogado —dijo él, como si no quisiera dejarle ninguna duda—. Ejercicio en un pueblito a unas ciento cincuenta millas de aquí; vengo una o dos veces al año a Unionville, para consultar con un cliente que vive aquí. Por eso, ando ahora por aquí..., en Unionville, quiero decir, no en este bar. Me metí aquí sobre todo para protegerme de la lluvia. Me alegro de haberlo hecho, porque así la he conocido. De todos modos, mañana regreso a mi pueblo.

Dejó de hablar e hizo señas a Phil para que les preparara nuevos copetines. Sacó la billetera y colocó un billete grande sobre el mostrador. Gretta miró a Phil y vió que éste le hacía una señal aprobatoria.

—Permítame que me presente —dijo el hombre—. Me llamo Bryce Payson y realmente soy abogado y no médico. Me gustaría mostrarle algún papel que me identificara. Tengo una tarjeta como miembro de una asociación de bares en la cartera.

—No es necesario eso —dijo ella.

Phil colocó los vasos frente a ellos y se retiró.

—¿Quiere decirme ahora cómo se llama usted? —preguntó él.

—Gretta.

—Gretta... ¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo ella secamente—. Soy únicamente Gretta.

Él guardó silencio por un instante y meditó. En aquellos instantes ella tuvo miedo que él insistiera en saber más sobre ella.

—Gretta —dijo él, repitiendo el nombre para sí—. Es un nombre muy bonito. No creo haber conocido nunca a nadie que se llamara Gretta. No lo olvidaré fácilmente... y tampoco la olvidaré a usted.

Aliviada, ella sonrió levemente, no temiendo ya que él insistiera en saber más sobre ella. Lanzó una mirada a los otros hombres del bar y se alegró de que fuera éste y no otro quien estaba sentado a su lado.

Él la miró intensamente.

—Quisiera hacerle una pregunta, Gretta. ¿Piensa quedarse aquí mucho tiempo..., quiero decir, aquí en este bar?

—No lo sé. No he pensado.

—¿Tiene usted otros planes?

—No.

—¿Dónde pensaba ir al salir de aquí?

—A casa.

—¿Vive usted sola?

Ella contestó que sí.

—Hasta ahora todo parece muy interesante —dijo él con una sonrisa.

—¿De veras?

Él asintió pensativo.

—¿Dónde queda su..., dónde vive usted?

—A unas pocas cuadras de aquí.

—Afuera llueve mucho. ¿Quiere que llame un taxi y la acompañe hasta su casa?

—¿Quiere usted hacerlo? —dijo ella con calma.

—Sí, me gustaría mucho, Gretta. Hay algo en usted que me atrae enormemente, y me gustaría conocerla mejor. No tenía intenciones de hablar con nadie, ni hombre ni mujer, cuando vine aquí al caer la noche, pero hay algo en usted que me atrajo poderosamente, aunque estaba sentado en el otro extremo del bar. Ahora que la he hablado, reconozco que nunca he conocido a nadie como usted. Déjeme que la acompañe hasta su casa, Gretta. ¿Quiere?

Ella sabía ya lo que iba a responder, porque sabía que iba a sentirse desdichada, desilusionada y atrozmente sola si él no la acompañaba hasta la casa, pero deliberadamente esperó unos instantes con la esperanza de que él siguiera insistiendo.

—¿Quieres, Gretta? —dijo él con tensa ansiedad.

—Bueno —contestó ella, mirándolo a la cara y asintiendo levemente—. Vamos.

Desde el momento en que Bryce Payson se sentó a su lado aquella noche, Gretta había sabido que terminaría acompañándola a su apartamento. Aquello había sido inevitable desde el principio, aun en el caso de que Phil no hubiera aprobado. Y ahora, en parte porque se sentía feliz y en parte porque era desdichada, tuvo deseos de llorar. Sacó un pañuelo de la cartera y escondió en él la cara.

Sentada allí, frente al espejo del bar, tuvo la sensación de que allí se reflejaban infinitos recuerdos de su vida hasta aquel mismo instante; podía ver como en una serie de fotografías mostradas lentamente, el cuadro de su vida con Glenn. Había conocido a Glenn en aquel mismo bar, probablemente había estado sentada en la misma silla, esperando que alguien se le acercara, y las circunstancias habían sido muy similares a las actuales. Había estado allí aguardando ilusionada que alguien se acercara a hablarle, y Glenn se había sentado a su lado y le había pagado varios copetines y después ambos habían ido al apartamento de ella a pasar la noche..., Glenn y Gretta..., Gretta y Glenn... El momento en que comprendió que él la amaba. El lento surgimiento de su amor por él. Las promesas que se habían hecho. La excitación de la boda. La dicha de la luna de miel. El arreglo de la casa. Glenn y Gretta cocinando juntos, y la intensa alegría de estar frente a él. Gretta y Glenn oyendo música en la radio, y el deleite casi insoportable del contacto de su mano. Gretta y Glenn besándose en el hermoso sofá rojo oscuro. Glenn y Gretta ocupados reverentemente del rito de retirar las coberturas del lecho. Gretta y Glenn despertándose y haciendo el amor en la tranquila soledad de la medianoche... No había nadie más en aquellos cuadros..., no había nada más que recordar... No había allí una fila de hombres silenciosos sentados en los taburetes de un bar, ni ningún desconocido contemplaba su cuerpo como receptáculo para su pasión, ni había noches solitarias, ni una atroz angustia del corazón... ¿Por qué había perdido lo que más deseaba en el mundo? ¿Por qué había sucedido? ¿Por qué había permitido ella que sucediera? ¿Es que, acaso, todas las mujeres pierden tarde o temprano lo que más han deseado en la vida? ¿Por qué? ¿Por qué no había podido guardar aquello, protegerlo y cuidarlo hasta el fin de su vida? ¿Por qué se le había dado la felicidad y por qué se la habían quitado después? Las lágrimas inundaron súbitamente sus ojos, ennegueciéndola, hasta que sólo vió el confuso contorno del espejo del bar. Apretando el vaso en la mano temblorosa lo llevó a los labios para beber, pero el vaso estaba vacío. El vaso se soltó de su mano y cayó roto en innumerables pedazos sobre el bar.

—¡Quiero otra copa! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Me oyes? ¡Tengo que tomar otra copa!

Sorprendido por el súbito grito, Bryce Payson le puso la mano sobre el brazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Puedes tomar todas las copas que quieras —dijo él pacientemente—, pero ¿no te parece que te haría bien no tomar tanto?

Hizo una seña a Phil para que volviera a llenarles los vasos. El mozo no dió indicaciones de haber oído lo que ellos hablaban.

—¡No me importa que me haga bien o que me haga mal! —dijo Gretta sacudiendo la cabeza con un movimiento de desesperación—. ¡Yo sé lo que quiero! ¡Quiero emborracharme! ¡Tengo que emborracharme! ¡Es la única forma! Tengo que hacerlo... ¿Has oído?

—No entiendo —dijo él, perplejo.

—No es necesario que entiendas —dijo ella rudamente—; yo soy la única que tiene que entender, y sé lo que hago.

—Gretta —dijo él cariñosamente—, quisiera saber qué te pasa. Tal vez podría ayudarte. Déjame intentarlo al menos.

—No quiero ayuda de nadie.

—Tal vez haya algo que te preocupa y, si me lo dices, te aliviarás.

—No. No tengo nada que decirte.

—Quizás desees que me vaya y te deje sola.

Ella se aferró al brazo de él con ambas manos.

—¡Oh, por Dios, no..., no! —exclamó—. ¡No te vayas! No podría soportarlo.

—Bueno, Gretta —aseguró él—, me quedaré contigo mientras no me digas que me vaya.

No dijeron nada más en los minutos que siguieron allí sentados bebiendo sus copetines. Cuando el vaso estuvo vacío, Gretta lo apartó tan descuidadamente que el vaso cayó a un lado.

—¡Ahora sí que estoy borracha! —exclamó riendo estrepitosamente—. ¡Bien borracha! ¡Eso es lo que quería! ¡Ahora puedo olvidar! Es la primera vez que me emborracho en cuatro meses..., cinco meses..., no sé cuánto tiempo. No me emborrachaba porque quería ser una buena esposa, y una buena esposa no se emborracha. Quería ser una buena esposa para no echarlo todo a perder. Eso es lo que deben hacer todas las mujeres que quieren ser buenas esposas. Ahora todo se ha arruinado y ya nada me importa. ¡Todo me importa un comino! ¿Qué podría importarme nada, si ya todo está arruinado? ¡Adelante..., vámonos!

Payson tomó a Gretta del brazo, se apoderó también de su cartera y la ayudó a salir, tambaleante, del bar. Phil, sin decir una palabra, corrió hasta la puerta y la abrió para dejarlos pasar.

Un taxi estaba parado en la esquina; ellos subieron y en silencio hicieron las pocas cuadras hasta el apartamento de la calle Cedar. Después de buscar largo rato en la cartera, finalmente ella encontró la llave y se la extendió a Payson. Al entrar en la habitación, Gretta encendió la luz. Después, arrojando su tapado al suelo, se dejó caer sobre el diván. Bryce recogió el tapado, lo dobló y lo colgó en una silla. Después se sentó junto a ella.

Gretta se volvió y lo miró.

—¿Estás casado, verdad, Bryce Payson..., doctor Payson? —dijo sonriendo un

poco—. Claro que eres casado. Me doy cuenta. Los hombres como tú se casan siempre. Tienes mujer e hijos en tu pueblo. Eres un hombre muy respetable. Gozas de excelente reputación en el pueblo donde vives. Pagas puntualmente tus cuentas y tienes un buen seguro de vida, y das dinero para obras de caridad y para la iglesia los domingos. Eso es maravilloso. Es lo que debe hacer todo jefe de familia. Debes estar orgulloso de ti. Hay otra cosa que casi olvidaba. Probablemente enseñas en la escuela dominical todos los domingos. ¿No es así, doctor Payson?

—Ya no lo hago —dijo él, riendo satisfecho—. Pero acostumbraba a hacerlo.

—Estoy segura que tu mujer está orgullosa de ti —dijo ella solemnemente—. Si no lo está, tendría que estarlo.

—No lo sé. No he pensado mucho en eso. Probablemente esté orgullosa.

—Es una mujer de suerte —dijo Gretta—. Y hay muy pocas mujeres de suerte en el mundo. La mayoría son como yo..., desdichadas.

Él le ofreció un cigarrillo. Después que Payson le dió fuego, Gretta se tendió cómodamente en el diván.

Meneaba la cabeza.

—Pero tu mujer no estaría orgullosa de ti si te viera en este momento, ¿no es así, doctor Payson? No estaría orgullosa y no entendería nada. No, no entendería. No podría entender cómo un hombre como tú se siente desamparado al estar lejos del hogar y se convence a sí mismo de que puede tener una aventura de paso con una muchacha como yo. Naturalmente, tú no te permitirías tener una aventura de paso en el pueblo donde vives. No, nunca. Sería demasiado peligroso. Porque, de alguna manera, la historia se sabría y tarde o temprano sufriría tu reputación. Pero la cosa te parece bien cuando estás lejos de tu casa, en una ciudad donde nadie te conoce. Así son las cosas. Lo sé muy bien. Ha sucedido antes y seguirá sucediendo una y otra vez. Porque la gente se siente sola, ¿no es así, doctor Payson?

—¿Te sientes sola, Gretta? —preguntó él suavemente.

—¿Yo? Naturalmente... —dijo ella con un movimiento de cabeza—. ¿Por qué crees que sé tanto sobre el asunto? Claro que estoy sola. Es algo que nadie puede ocultar. Y ¿quién no está solo... en mis circunstancias? Por eso estás tú aquí, y por eso estoy yo aquí. Procuramos no sentirnos solos. Se necesita mucho tiempo y mucho esfuerzo para no sentirse solo, ¿no es así? Te aseguro que se necesita mucho esfuerzo... —Estudió gravemente el rostro de él—. Pero soy algo más que eso. No me importa decirte la verdad. Soy desdichada y estoy borracha. A partir de ahora cada vez seré más desdichada y me emborracharé más. Cuando soy desdichada, me emborracho. Cuando estoy borracha, me siento desdichada. No tengo tiempo para nada más. Eso me ocupa enteramente.

—Tiene que haber algún motivo para que hables así..., para que sientas las cosas que sientes —dijo él—. Nadie es desdichado sin motivo. ¿Qué te pasa, Gretta?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué no?



—Porque eres un desconocido. Ahora estás aquí, pero te irás mañana. Porque eres un desconocido. Además, no entenderías. Nadie entiende..., fuera de mí.

—Siempre no has sido así, ¿verdad? Quiero decir, no siempre te has sentido tan desdichada...

Ella ocultó la cara entre las manos y lloró.

—Durante cinco meses no fui desdichada.

Acercándose a ella, él preguntó:

—¿Cómo fue eso?

—No te lo puedo decir. Es demasiado personal. Ahora no puedo hablar de eso. No quiero hablar, tampoco. Es lo único que me queda ahora en el mundo, y quiero guardarlo enteramente para mí. Si te lo dijera a ti..., si se lo dijera a alguien..., lo compartiría, y entonces ya no sería enteramente mío. No me hagas más preguntas íntimas..., no me preguntes nada sobre mí. Lo único que deseo es ser desdichada y emborracharme.

Empezó a llorar otra vez y Bryce, acercándose aun más, la rodeó con el brazo para consolarla.

—¿Para qué has venido aquí? —preguntó ella después de un momento.

—Para estar contigo.

—¿Y quieres quedarte?

—¿Tú quieres que me quede?

—¡Quédate, por favor! —suplicó ella desvergonzadamente, aferrándose a él con toda la fuerza de sus brazos—. ¡Quiero que te quedes! ¡Tienes que quedarte! ¡No te vayas y me dejes sola!

—No pienso irme y dejarte, Gretta.

Un momento después ella se secó las lágrimas y se sentó junto a él.

—Cuando estés a punto de irte..., no ahora..., después..., quiero que me hagas un regalo —dijo ella mirándolo a la cara—. Es importante. Es muy importante.

—¿Qué quieres que te regale? —preguntó él—. No tengo nada que pueda darte ahora. Mañana te compraré un regalo y te lo haré enviar. ¿Qué quieres que te regale? Te daré lo que quieras. ¿Deseas algún perfume? ¿Alguna alhaja?

—No. —Ella meneó la cabeza una y otra vez—. No es ese tipo de regalos. Eso es para la gente que está enamorada. Yo quiero otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó él, perplejo.

—Sí, me has entendido. El regalo que se hace a mujeres como yo. Ya sabes qué quiero decir. Otra cosa.

—Pero yo no estoy seguro...

—Dinero —dijo ella—. ¿Comprendes?

—Bueno —él asintió lentamente—, te lo daré, Gretta.

Dejándolo en el diván, Gretta se sentó en el suelo frente a él. Sonriendo dichosamente, empezó a sacarse las medias. Levantándose la falda desabrochó una media y la enrolló a lo largo de la pierna. Fascinado, él observó el movimiento de las

manos y de las piernas, la ansiosa sonrisa en la cara de Gretta, el infantil movimiento de su cabeza, los graciosos movimientos de su cuerpo.

—¿Siempre te sientas en el suelo para quitarte las medias? —preguntó Payson excitado—. Quiero decir, ¿como lo haces ahora? ¡Nunca he visto nada igual! Es como... ¡No sé qué!

Lentamente, sin contestar, Gretta empezó a sacarse la otra media.

—Dime —suplicó él— ¿algún otro te ha visto haciendo eso?... Quiero decir, ¿haciéndolo como lo haces ahora?

Gretta le lanzó una mirada de sorpresa atónita. Después, él no pudo verle el rostro por largo rato, pero creyó percibir una sonrisa de suprema felicidad que iluminaba el rostro de ella en aquel breve y pasajero instante.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.